Camila Villegas

LO DEMÁS ES SILENCIO

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

ÍNDICE

Un sueño

Primera parte
EL FUEGO

1. Arde la fe
2. *Brandy* Don Pedro
3. Leo de Leandro
4. Trinos de tordo
5. Tos de tizne
6. En invierno sueña
7. Vienen cantando
8. Hijo de cura
9. Huele a quemado
10. Canta la memoria
11. Es una liebre
12. Llamada por cobrar
13. Casi son todos

Segunda parte
LA TIERRA

14. Espíritu de Dios
15. Danzar o morir
16. La risa fácil
17. Los Tres Chiflados
18. Resaca de dudas
19. Cosas de Dios
20. Mientras, el silencio
21. El Judas blanco
22. Voto de obediencia
23. Esperanza y condena

24. Tortillas de harina
25. Sueños de niña
26. Lenguas secas
27. *Sucristo, tamí natemá*
28. A grito pelado
29. Siguen soñando
30. Triste y tarde
31. Es una rana
32. Cineclub los jueves
33. La Sierra descobijada
34. Mirada de odio
35. Plegaria de primavera
36. Vuelve la alegría
37. Miguel, a secas
38. Compadres, ahora sí
39 . Las tres huastecas
40. La navaja suiza
41. Una plaga bíblica
42. Cuatro *nutémas*
43. Llueve adentro
44. Un baile más
45. Quemar las naves
46. Juegan a crecer
47. Una calma musical
48. Corazón de montaña
49. Silencio nocturno
50. Cachucha roja
51. Un olote quemado
52. Una pedrada
53. Cascada en Tónachi
54. Un silencio vacío
55. La abuela Inés
56. En chiringo
57. Camión pasajero
58. Soñar con el mar
59. Se fueron muchos
60. Alto calibre
61. Tocar la guitarra
62. Agua estancada

63. Nacer dos veces
64. Un vestido raro
65. La doctorcita
66. Cuánto borlote
67. Tan bonita Cándida
68. Descanse en paz
69. Aviso en la XETAR
70. Que regresen

Tercera parte
EL AGUA

71. Montejo
72. Miguel
73. Matiana
74. Leandro
75. Necha
76. Eulogio
77. El juicio
78. Soñar
79. Resurrección
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

A mi padre,
que soñaba con escribir historias
que hoy no puede recordar.

LA FAMILIA DE MONTEJO

LA FAMILIA DE PÁNFILO

No puede llorar. No quiere rezar.
Aúlla.
De rodillas, los brazos en cruz, el clamor del incendio caldeándole la cara.
Montejo aúlla.
Por él, por su manada. El aullido suplicante de un hombre.
Su plegaria.

Un sueño

Tuvo un sueño el mismo día que llegó. Hecho de fuego, tierra y agua. Un puñado de brasas incandescentes cantaban como lo hacen los gorriones, como lo hacen los niños, como lo hacía él con su guitarra. Era el mismito fuego el que contaba historias milenarias, cánticos; lo hacía igual que lo han hecho los pueblos alrededor de su calor por los siglos de los siglos, amén.

Podía sentir la quemazón en el merito centro de su pecho, cómo ardía con fuerza, y entre relatos alcanzaba a oír a lo lejos el andar del río y a oler la tierra recién bautizada por la lluvia.

Se despertó feliz, feliz y desconcertado, pensando que tanta tomadera le había hecho confundir las realidades; la de adentro, del corazón; y la de allá afuera, la del mundo. Se talló sus ojos azules antes de levantarse para enjuagarse la cara en una palangana.

Y es que bebieron harto la noche anterior. Para darle la bienvenida habían cocido *teswino* y hasta matado un chivo para recibirlo, como se hace en la Sierra, todos juntos. Con tanta bebida, tanta comida, la cotorreada duró la noche entera y por eso ya no sabía si su confusión era resaca o presagio.

Habrá sido el maíz fermentado, pensó, el que ahorita mismo le reburujaba las entrañas, debe ser eso, el recién llegado tratando de explicar el incendio que empieza a consumir su realidad… Pero no es eso, ni cien litros de agua podrán aplacar el fuego que se le ha instalado dentro, ardor de tierra. Algunos días atizará más recio en sus entrañas y, entonces, la rabia se le atorará en la garganta.

Las brasas lo habitan. Los días que más le quemen se desgañitará en aullidos, muchas veces lastimeros. El incendio amenaza con consumirlo…

Pero ¿a quién le pertenece el fuego, Montejo?

Primera parte
EL FUEGO

1
Arde la fe

El aullido lo despierta. El sueño de Pedro pronto será pesadilla. A las carreras se calza, nomás abriendo la puerta del internado el fogonazo lo asfixia. La iglesia está bien juntito a la escuela y a los dormitorios. Entonces lo ve. Es su padrino.

El fuego canta de forma extraña cuando es verano. Y sí, escupe quejidos guturales del mero centro de las entrañas que nada tienen que ver con los arrullos que tarareaba en medio de la nieve para calentar a todos. Gruñe furioso. Cuando hace calor pela sus dientes y asoma sus garras para espantarnos. Pedro siente miedo. Se le olvida que antes la lumbre lo arropaba con su aliento de brasas. Ahora es pura amenaza.

Y Montejo aúlla. Grita más fuerte que el incendio para que lo oiga la luna. Montejo Lobo. Así le han dicho desde siempre o desde que el tiempo empezara a correr de verdad, en el instante justo en que pisó estas tierras, cuando aún no pasaba todo lo que pasó. Antes.

Esos aullidos ya los escuchaba Pedro desde bien niño. En un entonces en el que Montejo podía ser todo, podía ser cura, podía ser padre, compañero, amante, amigo. Y era feliz. Seguido llegaba a su casa de visita en compañía de su chamaquito Miguel para emborracharse, pasaba las horas frente al *teswino* junto con su papá, el Pánfilo, el otro hijo pródigo de la iglesia, el que era hermano marista.

Mientras los dos hombrones empinaban el codo, salud para acá, salud para allá, Pedro jugaba con Miguel, su mejor amigo. Cómo se reían cuando Montejo aullaba.

No hacía falta ni que estuviera borracho para que se pusiera a jugar con ellos. Y no sólo sabía aullar, imitaba gallos, perros, cabras y otras cosas. Ya desde el seminario provocaba las risas de sus compañeros. El Lobo junto con el Gavilán, la Iguana, el Cacomixtle. La Fauna. Tenían su grupo de rock cristiano, bien cristiano, y así se llamaban: La Fauna. Cantaban en los retiros, en las misas, en las pachangas. Venían

arrastrando desde niños sus apodos y sus instrumentos musicales por el camino del Señor que los guio hasta la Compañía de Jesús, y de ahí a los votos perpetuos, y de los votos perpetuos a las misiones.

Cuántas horas pasaron Miguel y Pedro tratando de aprenderle el modo a tanto animalerío, pero nunca pudieron. Hay cosas para las que uno nace así, porque sí, y a ellos no les salía de la garganta nada parecido a nada.

Ahora que lo ve ahí, de rodillas, brazos en cruz, cómo le gustaría que Montejo se acordara para qué era bueno. Los aullidos eran lo que mejor le salía. Sólo que antes divertían los bramidos; ahora nomás dan lástima.

Pedro tose, el humo empaña el aire, las flamas ya asoman por las ventanas del templo, la puerta está atrancada, no puede abrirla. Pero ¿por qué? Si siempre se mantiene abierta. Entonces corre, tosiendo rodea el templo hasta el campanario. Va a tener que esquivar un laberinto de lumbre para subir a tocar la campana, tose y corre, dos escalones al hilo, tres, dos, tres. Por fin los tañidos, el hierro incandescente que alerta.

Redobles a medianoche son siempre de mal augurio y no tardan en aparecerse como si fueran almas en pena, uno por uno, hasta juntarse toda la gente, que es bastante en Norogachi, a ver por qué tanto alboroto. Tuvieron que asomarse de sus sueños para darse cuenta de qué se trata.

La bola de fuego rebasa la punta de los cerros que enmarcan lo que en unas horas va a dejar de ser la iglesia. La gente corre de un lado al otro en un caos organizado. Nadie habla, es como si conocieran de sobra la coreografía: las mujeres alzan niños y animales que acarrean hasta el otro lado del río para ponerlos a salvo, los hombres pasan de mano en mano tambos y cubetas que viajan repletos desde el cauce hasta el atrio. Pero el agua no calma la sed de ese gigante que está por devorar el internado, la clínica, las esperanzas.

Casi hay silencio. Las miradas bien clavadas en la inmisericorde luz. Sólo Pedro le pone atención, sólo Pedro lo escucha bien. ¿Cómo es posible? ¿No lo oyen, pues? Montejo aúlla de rodillas, a un lado de la cruz del atrio. Tiene las manos llenas de tizne y los ojos bien nublados. Por fin se le escapan unas míseras lágrimas, por fin puede llorar. A él también comienzan a rodarle por la cara, de ver a su padrino, pero no van a servir de nada, ni para apaciguar un cerillo. ¿Para qué llora? ¿Qué gana con eso? La iglesia que tanto quiere arde frente a sus ojos.

¿Por qué no se apresta a apagar el fuego como todos?

¿Qué le voy a decir a Miguel? Al cabo es su papá, piensa Pedro.

Y trata de levantar a Montejo, pero no se deja. Nunca lo había visto tan borracho, o tan así, y no quiere que nadie más se fije en cómo anda. Si se apura le da tiempo de llevárselo a su casa y regresar con los demás a ver si aplacan juntos el infierno.

—Ándele, pues, Lobo, yo lo llevo, qué va a hacer aquí, nomás lo van a llevar entre las patas.

Como si se lamiera una herida, Montejo Lobo se levanta, casi abrazado al amigo de su primogénito, su larguirucha figura se derrumba de pronto, junto con la torre del campanario que de milagro no aplastó a cuatro. Al silencio lo rompen los gritos y Montejo aúlla frunciendo aún más las arrugas de su boca. Pero ya no como lobo, ahora como hombre. Sus ojos azules brillan. Arde su fe y eso le quema por dentro.

—No llore, padrino. No le van a alcanzar todas las lágrimas para aplacar la quemazón ni aunque quiera. Mejor ya duérmase. Ándele, pues.

Arropado el lastimero cachorro, seguro en una casa, Pedro puede irse ya al relajo. Si supiera más, lo habría dejado en la clínica, pero la urgencia es así, resuelve lo que se mira primero y no puede ver lo que trae su padrino adentro.

Entonces sale con dos cubetas a cuestas y la sospecha que siembra el pantalón quemado de su padrino, sus huaraches ennegrecidos y esos sollozos de animal herido. Solo. Lo peor es el olor a gasolina que lo impregna. ¿Por qué? Cuando llegó, lo halló afuera, postrado de rodillas y persignándose, viendo todo de lejos, pasmado, ¿cómo se le llenaron de hollín las manos?

Más vale pensar en eso luego.

Montejo es casi su padre. La lástima es algo canijo, ni los perros se la merecen. Ya sabrá cómo se la sacude después, porque ahora la hoguera es un canto de sirenas y sólo puede concentrarse en ella. Pedro corre hasta allá, cada vez más lejos de los lamentos.

A la luna llegan los aullidos, las chispas, las sospechas. Arde también su fe.

Al chiquito le subió la fiebre desde la medianoche. A su mamá sólo le queda abrazarlo y él tose. Es el séptimo niño con tuberculosis que atiende Necha este mes. No le sorprende porque las heladas fueron duras, largas, testarudas. El invierno pasado apenas pudieron pasar algunas trocas con las medicinas. Con las medicinas y los Faros, las Maruchan, las Portola, el Don Pedro, el Nescafé, la sal, el jabón, el azúcar y las cobijas.

La clínica no está tan lejos y el camino de terracería es bueno, pero cuando cae nevada nadie entra y nadie sale. Así que esta vez se habían preparado desde la primavera para ver a todos esos enfermos en el verano. Un invierno así vaticina mucho más que una tos para cuando calienta un poco. Inés, la Necha, fue quien se dio cuenta.

Al principio, las monjas no le hicieron caso, al fin y al cabo, qué iba a saber ella, una sinrazón como les dicen los *chabochis*, los blancos, pero ella se puso a registrarlo todo. Seis años duró apuntando las lecturas del termómetro en diciembre, enero, febrero. Los casos de tuberculosis en julio y en agosto. «Este patrón está clarísimo», un médico de España, uno de esos Médicos sin Fronteras, fue quien lo dijo en el comedor frente a las hermanas. Sólo entonces alcanzaron a ver más allá de su piel morena, su falda rarámuri, sus trenzas. Sólo entonces empezaron a planear mejor. Ahora si el invierno es duro piden más medicinas. En verano, cuando llega mucha más gente, casi siempre hay tratamiento para todos, aunque no todos se curan.

Mientras inyecta al niño, Necha piensa en su padre. Bien temprano lo vieron merodeando por el arroyo. Mirando para arriba. Le hubiera gustado salir a saludarlo, sacarlo de su cabeza un rato, no se imagina qué cosas pensará Montejo ni por qué pasa tanto tiempo mirando la cruz, pues ¿qué le mira si no es la luna ni las nubes ni las estrellas? Ya verá si mañana sigue allí su papá, ya verá si tiene un rato para salir, ya verá si… Pero el chiquito sigue con fiebre y ya va para el tercer

día. Ya verá. Tres días. Tosen sus dos años, tose su mamá, tose sangre… Necha ahora sabe más y espera menos. Ganó la beca y la carrera, pero se le fueron las ganas de rezar.

—Nechita, *tewequita* bonita, vamos a rezarle a Papá Bueno —su papá todas las noches.

Necha tiene reservadas al menos dos botellas de *brandy* Don Pedro en su pequeño dormitorio. Nunca se sabe. Desde que regresó de Guadalajara duerme sola, como cualquier otro médico que haya pasado por esa clínica. Las habitaciones dobles las comparten las enfermeras; las asistentas que tienen mucha buena voluntad y poca preparación sueñan en dormitorios comunales. Hay dos barracas. Ella siempre estuvo en la del lado derecho, la que está junto a Pediatría. En la noche escuchaba llorar a los bebés, a las niñas, a los *towicitos*. Cómo le angustiaba eso, pero ahora si no escucha nada es peor… Cuando no hay llantos es cuando bebe. El silencio es el heraldo de la muerte. Al menos así es con los niños. La primera botella está casi vacía, no le va a alcanzar el Don Pedro este mes y necesita estar borracha para rezar un padrenuestro. Qué silencioso verano. Lo mezcla con un té de canela y azúcar, antes de darle un trago se persigna. Se persigna y reza. No puede tomar alcohol si no ha rezado antes y no puede rezar si no ha tomado. Culpa de su padre. Mañas de cura.

Si vive, si el niño sigue vivo cuando amanezca tendrá que quedarse, aunque ya le hayan avisado que su papá anda muy raro. Reza. Ella quiere que llore, que grite, que viva, y reza. Pero también quisiera irse temprano, salir al alba, y reza. Siente las náuseas de enterrar un niño más y reza. Pero quiere estar con él, entender al Lobo antes de que sea demasiado tarde. No por él, por su *nana*. Reza por el niño. Se llama Filiberto, Fili. Reza también por su propia mamá. La hija de Eulogio, el de Murachárachi, la mayor de sus *tewekes*, la que aprendió a leer con las monjas y que luego trabajó en la parroquia…

Reza por ella, Inés, la Necha. La hija del padre Montejo. Bebe y reza hasta que el vino le gana a la devoción y ya ni siquiera escucha el llanto del chiquito. Ni el llanto ni el alboroto afuera, las carreras, la iglesia que cruje, nada. No hay arrullos como los de Don Pedro.

3
Leo de Leandro

Las piernas le arden, le queman, ajenas a esa otra quemazón a cientos de kilómetros, le queman peor que cuando se alborotaba la lumbre y le caían las brasas en los pantaloncitos. Su mamá Matiana, su *nana*, detenía aprisa la chispa cuando eso pasaba para que no quedara negra y agujereara la mezclilla.

Le queman pero no piensa detenerse. Boca arriba empuja con sus pies, presiona. Ahora lo que ve es el techo con sus humedades, la tubería expuesta. No se ven las estrellas, ni las nubes, ni el sol. La pintura es verde. Verde limón oxidado. Brillante bajo las luces fosforescentes. Suda el techo y suda él. Tantos años de atravesar corriendo su pueblo Norogachi, las brechas, subir y bajar las colinas, kilómetros y kilómetros que le pusieron las piernas flacas y correosas. De chichicuilote. ¡Chichicuilote tu madre! Él no quiere piernas de garza, las quiere de búfalo, de hombre de verdad, como en las revistas.

Qué importa si el muchacho salió bueno para correr, de los mejores, casi como su hermano Miguel. Qué le hace lo que piensen en la comunidad, si allá no entienden nada; de qué sirve ganar las carreras en la Sierra si nadie lo mira a uno.

¿Perder el tiempo y explicarles lo que no van a entender? Si son muy necios. Casi ni se reconoce en ellos. Menos ahora. A ver qué le dice su *nana* Matiana cuando lo vea. No ha querido regresar porque se lo imagina. Y su papá… pues ése qué puede decirle, con qué autoridad.

Presiona, pero la barra con las pesas apenas se mueve. ¡Chingada!, la palabrota le da fuerza como siempre, le gusta decirlas en español y en inglés, sobre todo en inglés, como en las películas. Pero nomás le vuela la cabeza hasta los pinos y los arroyos de su casa y con ella se le va la fuerza. Algo debe haber pasado, el corazón le brincotea, se encoge, presiente.

¡Más me vale que me concentre! ¡*Focus*, Leandro!, piensa como si lazara el pensamiento de vuelta a un corral imaginario.

No es fácil conseguir mil seguidores y mucho menos si nadie sabe de fisicoculturismo allá donde creció uno. #Orgullosodemiraza #PiesLigeros #CorredoresUltra. Tampoco es enchílame otra eso de agarrarle el modo a las redes. Porque ahora no sólo se trata de entender cómo funciona la ciudad, también se arrejunta el afuera con lo que pasa adentro de la pantallita de su celular.

Hashtag #Pinchenombre.

No le gusta su nombre. Tiene que encontrar uno que lo represente, nada de Eulogios, ni Arnulfos, ni Isidros, ni Bautistas. Eso es cosa de indios y él, él ya no es indio… Pero se llama Leandro. ¡Y eso qué! ¡Acércate y dímelo aquí si te atreves, *fucker*! No se atreven. Es tan alto como su padre el Lobo y sus músculos no los tiene nomás de adorno, él viene del campo. Allá los músculos sí sirven para hacer cosas, no sólo *selfies*. Ahí tienen a su tío Reyes, que se llevaba al lomo el tronco más ancho y le duraba dos inviernos completitos de tanta leña que le exprimía al palo. #elPípila. Es culpa del nombre. Eso cree Leandro. Y se lo va a cambiar.

Además en la Sierra uno se nombra como uno quiere, como cuando Bautista Cubésari le puso a su niño Juan Palma. Y nadie dijo nada. Ese nombre le pusieron y ese nombre tiene ahora su mejor amigo. Juan Palma, el Yoni, su carnal, Palma para los hermanos, Juanito para las monjas, el Yei para la banda. Y así. Juntos en Mazatlán, el Yoni y Leandro. Pero ¿Leandro?

Pues nada le viene a la cabeza por más que piensa. Está harto de que le digan el Towí. Pues ni que fuera qué. Hace mucho le salieron los pelos en los sobacos; de escuincle ya no tiene nada.

Tampoco quiere que le digan Leandro, así le dice su *nana*, casi la puede escuchar: bajita la voz, jugando, y él tenía que aguantarse y no voltear. «Leandro», atrás de sus orejas, el vaho en la nuca.

Leandrito-Leandro-Leandrito, las cosquillitas del aliento de Matiana en el cuello.

Trataba de aguantarse con todas sus fuerzas, seguirse, no voltear. Siempre perdía, giraba la cabeza y allí estaba ella, jugando. ¡Cómo se reían en medio de la siembra! Junto con los tordos. Los dos, quietos sus pies, de cuclillas entre las matas de chile, equilibrándose para no acabar con meses de trabajo si se caían sobre los retoños que recién asomaban su cabeza entre los surcos.

Pues no se le ocurre. Leandro, Leandro… ¡Leo! Leo de Leandro. Bonito el nombre. Perfecto, por ahora. Sirve para las redes. Si funciona se lo va a tatuar. Leo con un poquito de bosque, de campo, de estufa de leña. Leo con otro tanto de carros, calles, playa, mar. ¡*Focus*, Leo!

Ya se imagina su foto de perfil: levantando pesas con la barranca de la Sinforosa atrás. Los brazos morenos, bien marcada la musculatura. Habrá que tomarla de abajo arriba, en picada para que se vea más alto, o menos chaparro, que para el caso es lo mismo. Rey de la Sierra de Chihuahua. Señor de la Barranca del Cobre. Luego una en su mera tierra, con la iglesia de Norogachi de fondo. La de *likes* que va a acumular. Pero para hacerse ese retrato…

Voy a tener que esperarme hasta la fiesta del Pilar para ir, piensa Leo. Aún no sabe que lo van a llamar, a cobro revertido, y va a tener que pedir licencia en la «Fábrica de Bestias» para ausentarse por lo menos una semana.

Una semana nomás y aprovecho para actualizar las cuentas de Instagram, va a prometerles. Ya no se va a tomar nunca la foto, la que se imaginaba sobre el muelle, con el mar atrás, en el mero malecón.

El gimnasio es pequeño pero bien equipado. Uno de los mejores del puerto. Desde que llegó hace años, Leo ha ido trepando casi como trepan las ranas al monte cuando presienten las lluvias: sin que nadie se dé cuenta. Sólo él que sabe de ranas, de lluvias, de hambre.

De donde viene, uno hace de todo o lo agarra el invierno y lo enfría. Por eso nada le costó barrer, trapear y hasta alzar la caca de los escusados. Aunque allá en el monte uno deje ahí lo suyo sin necesidad de limpiarlo. Para hacerlo se imagina que es lodo, que remueve la tierra para echar semillas de calabaza, y apenas le da asco.

—¿Conque cosa de viejas? ¡Ven! ¡Dímelo a la cara!

Le gusta estar ahí. Sudar. Sudar es lo que más le gusta, desde niño le ha gustado, por eso está fuerte y ni sabe por qué. Como es domingo pasará ahí todo el día. Presionando la barra, mirando la herrumbre verde. Diario. Hasta que le llame su hermana la Necha. Y ya le va a llamar, al rato. ¡*Focus*, Leo!

4
Trinos de tordo

El molino está afuera, en el portal de la casa. Dentro sólo hay dos cuartos de adobe y la cocina, chiquito todo para que la lumbre recaliente bien la casa entera. El techo de laja se extiende hasta cubrir la pequeña plancha de cemento colado que remata el frente y está bordeada por el barandal de madera que talló su papá, Eulogio, un barandal bien ancho para poder poner sobre él el molino de maíz. A Matiana le gusta más vivir ahí que en Norogachi, pero a Montejo no. En Murachárachi hay menos gente, más silencio, por eso se nombra así, «el lugar de la calma».

Desde su ventana se mira todo. El campo en el que asoman de a poquito las mazorcas, primero unos palitos que se van tantito despeinando hasta que echan elotes bien tiernitos, grandes, blancos, azules, amarillos. Matiana muele el maíz en el portal todas las mañanas mientras contempla el amanecer. Entonces se imagina que el sol recién nacido entra a los granos, como en gotitas de luz, que luego son las que pasan por la boca de la tolva estañada, por sus muelas de metal, para hacerse polvo de brillo que aterriza en su cesto de pino. Y se le figura que amasa la luz del día con sus manos…

Antes, cuando sus manos eran lisas como las piedras del río, le gustaba ver cómo sus tres chamacos —Miguel, Necha, Leandro— comían en silencio las *remekes* de maíz recién infladas que sacaba del comal. Con la luz de esas tortillas sabía que iban a crecer bien fuertes, así como el sol hace crecer las matas de frijol, los repollos, el *mecuásari*. Así ella crecía a sus hijos con sus tortillas.

Pero hoy el sol no quiere asomarse bien, apenas dispersa la bruma de la mañana. Apoyada en el barandal, Matiana mejor cierra los ojos y vuelve al tiempo de las corretizas, los llantos, los sobresaltos. ¿Qué verán sus hijos ahora en sus despertares? ¿Y Montejo, que ha andado con la mirada perdida? Ninguno tiene al río delante, ni sus tierras, ni el monte con sus pinos. Por algo habrá tenido ese sueño; quiere

espantar la pesadilla de anoche y concentra sus ojos arriba. A ver si adivinando el lugar exacto donde arranca el camino que sube por la ladera, ahí donde crecen los madroños y los matorrales, donde se esconden las cascabeles, ése de las piedras donde anidan las arañas patonas, se le va el desasosiego. Más abajo están el arroyo y los surcos. Hasta allí llega a descansar la vista.

El agua siempre le recuerda a Necha, no sabe por qué. A la niña ni siquiera le gustaba bañarse. Allí andaban sus hermanos, brincando de piedra en piedra, salpicándose, enseñándose a nadar donde no había corriente, pero ella no. Ella apenas los veía de lejos, sentada en la orilla arremojándose los deditos de los pies. Y así como se escurre el río hasta la barranca de Batopilas, así se le escurren a veces los ojos, como ahorita que piensa en los tres, pero más en su niña.

Entonces distrae el recuerdo mirando la casita de su vecina Rosa; aunque es la más cercana, está lejos. A ver qué día se encamina hasta allá para ver a su amiga. Seguro andará ahí, está saliendo humo por el tiro de la chimenea. Andará echando tortillas, preparando café, cociendo frijoles. Su casa ya huele a ocote, así mero ha de oler la de Rosa. Ella nomás hizo café, ni ganas le han dado de poner frijoles. Ya no están sus hijos en sus ojos y el corazón le duele un poquito. Es como si el sol se hubiera escapado de las mazorcas, y por eso ya no sabe si a la canasta cae nixtamal o polvo. Pero igual sigue girando el brazo, dando vueltas a la manivela, hasta que poco a poco recupera algo de la luz con el olor a ocote ardiendo y con la idea de que quizá, hoy mero, vea a su chamaca. La Necha. Allá en la clínica. Ya luego a Miguel. Pero a Leandro… Ese Leandro de corazón tiernito. Allá tan lejos de los pinos y las montañas.

El año trajo buenas aguas, y ella y su papá juntaron hartos costales. Frijol, maíz, harta hortaliza. Su huerta es la más famosa. Aprendieron hace mucho cómo hacerle al riego de goteo. Unos italianos fueron a enseñarles y desde entonces el agua les rinde cantidad, y sacan tomatillo, acelga, lechuga, repollo, chile verde y mucha mucha calabaza. Van a bajar a Norogachi en raite más tarde. En la troca del padre Juancho. Ayer el chofer se quedó borracho, estacionado a medio camino. Matiana ya le fue a avisar a Eulogio.

—Por ahí anda el chofer de la diócesis con la troca del padre Juancho en el camino, papá.

Como respuesta, Eulogio le da de los costales que guarda en la trojecita de madera. Nada de explicaciones. Los dos ya saben. Tienen

que aprovechar. Casi se regresó Matiana cantando de contenta. Casi.

Allá la espera Necha, donde las monjas. Con lo que gane va a comprar muchos metros de tela. La va a escoger azul cielo, como el que se divisa desde su portal, la quiere con pequeñas flores amarillas, azul con florecillas amarillas como las estrellas, como las que crecen arriba en la montaña todos los veranos donde se esconden las liebres y los gallinazos. Las flores le gustaban a su mamá, las cortaba y las ponía en las latas limpias y vacías. Esas flores eran las que miraba su *nana*, la Serafina, cuando molía el nixtamal para ella y su hermano. Y ahora Matiana quiere que las lleve su niña, la Necha, en sus faldas.

Para comprar la tela, ya luego va a irse hasta Guachochi, donde están las tiendas. También piensa comprar una cubeta, la de ella está muy gastada, y quiere una nueva para remojar el maíz con cal. Una de metal. Y poder ponerla sobre la estufa de leña, la que rehicieron hace poco con medio tambo de petróleo, porque a la de antes se le escapaban las brasas de la barriga. Piensa en Leandro. Que la cubeta aguante bien, pues ahí planea cocer los granos hasta que se les afloje la piel, ya luego limpiarlos, molerlos, hacer tortillas y mucho pinole.

El pinole se lo quiere llevar a Miguel hasta Papajichi. Son dos días de camino, pero el tiempo hace bueno y a ella le gustan esos paseos. Así, cuando corra en las carreras pensará en su *nana*, y la llevará con él, en ese solecito que piensa regalarle.

A Leandro, su abuelo le ha estado tallando un violín. Tal vez para la fiesta de la Virgen del Pilar los visite. Eso dijo. Entonces se lo van a dar y que lo toque y que todos bailen matachines con él. Pero para eso falta mucho. Así que mejor, piensa, allá en Guachochi voy a donde los Ramos y ya en la tienda les pago una llamada, hablo con él. A veces se le confunden los trinos de los tordos con las risas de su *towicito*, pero no son risas. Cuando asoma la cabeza por la puerta ve cómo revolotean entre el maizal. Son sólo pájaros. Y tienen plumas amarillas. Tal vez pueda escucharlo reírse en el teléfono. Diez pesitos de trinos.

Montejo no está. Se fue hace tres días, dizque a Sisoguichi. Allá donde los jesuitas van a hacer sus ejercicios. Pero no del cuerpo. De otros. Va a pasar quince días al menos, y apenas lleva cuatro. Calcula que sí le da tiempo de recorrer todas esas veredas. Aunque a veces le dé miedo andar sola. A lo mejor su *comagre* Rosa la acompaña un tramo.

Cuando era muy nuevita, bien niña, podía andar sin

preocupaciones. Pero ya no es igual. Ahora los chutameros andan por todos lados, y lo que uno conocía bien ya lo desconoce a uno. Se topa uno, casi sin querer, con la mariguana donde antes había frijoles y no hay excusa que valga. Así que por la Sierra, entre bosques y barrancas, más vale andar igual que el aire. Invisibles.

Moverse como la brisa que le viene de bien atrás, de cuando por las montañas sólo rondaban los pumas, los osos negros, los venados y ellos, los rarámuris. De un tiempo en que no había minas, ni aserraderos, ni hoteles. Pero, aunque sepa moverse, a veces la mala suerte la alcanza a una, así sea viento, así sea casi invisible. Entonces la bala la atraviesa o peor. Mejor no pensar en ello, que esos pensamientos son como el fuego que avientan desde las avionetas los narcos para quemar el maíz y luego sembrar lo suyo. El fuego que en vez de iluminar acaba con el sol de tajo. Mejor no imaginarse nada así. Ella va a ir y venir sola o con su *comagre*, qué le hace. A ver a sus hijos. A llevarles la luz cosida en faldas o en pinole.

Al rato que arranque se trepa a la caja de la troca del padre Juancho con su papá para buscarlos y encontrarlos a todos. Y ahora sí regresar cantando. Trinando.

5
Tos de tizne

—¡Necha! ¡Necha!

Casi siempre Cuquita tiene un chorritito de voz, pero esa mañana le brota a borbotones detrás de su puerta. ¿Estará muerta?

—¡Necha! ¡*Cúmi atí*, Necha! ¿Estás ahí?

Grita fuerte para que su amiga le abra la puerta. Se la imagina tendida, los pulmones llenos de humo, fría. Como la estatua esa que hallaron bajo los escombros; chamuscada y rota. La que nunca habían visto antes. Las cosas que ha tenido que aguantarle a la Necha. Le gustaría reírse de puro recuerdo, pero no puede, qué tal que… Pedro y ella la encontraron, cuando levantaron las últimas bancas a medio tostar, y ahora se imagina peores cosas nomás por lo hallado… con la madrugada aún a cuestas, las súplicas de Pedro, ¡ayúdame!, la pala, la tierra, el cansancio, su voz se crece de angustia.

Se persigna y golpea más fuerte, gritando, ya casi va a derrumbar la puerta o a quebrarse la mano… En ésas anda cuando Inés, despeinado en madejas el pelo rojizo castaño, le abre la puerta.

—¿Otra vez te emborrachaste? ¡Pinche Necha! Ni sabes lo que pasó. Mira.

Necha se zafa apenas de la mano que quiere arrastrarla hacia afuera. Ni modo que salga así, en tales fachas, pues cómo, si ya es la doctora.

—Pues qué, Cuquita, ¿se murió el Fili?

—Nadie se ha muerto, aunque casi nos morimos todos.

No entiende nada de lo que pasa y no sabe si es por el retumbo en la cabeza, la boca que le raspa o los balbuceos de Cuquita. Pero puede oler el humo. Eso hace que todo se le olvide: la facha, la greña, la cruda. Aparta a Cuquita y apenas asoma…

Silencio.

¿Qué puede decir? Así que Cuquita es la que habla, la que explica cómo la campana despertó a la gente, el bidón que unos hallaron en

las cosas de Montejo, la zozobra de todos. Lo que vieron Pedro y ella no se lo va a contar…

—Bueno, a los que andaban borrachos ni cosquillas les hizo —reprocha levantando su ceja censora. Necha apenas atina una mirada dura para encarrilar de vuelta a su amiga al relato. Entonces le cuenta. Que se pasaron la noche acarreando agua, apaciguando las llamas, que nadie durmió, que ni siquiera los perros. Que quién sabe cómo empezó el fuego, que la campana la tocó el Pedro.

—¡Pedro!

Pedro trae a Montejo en brazos. Un bulto lánguido y pesado.

Perdió una noche entera, qué iba a saber él de las dolencias que traía.

—¡Una camilla! —Por fin la voz de Inés.

Y de nuevo la corretiza. Jeringas, oxígeno, suero. Manos y manos. De la camilla a la cama. Voltéalo, el algodón, los guantes, que lo levanten, que lo acomoden, shshshsh, el estetoscopio. Y a esperar. Mejor que se estén solos. Ya arrea Cuquita a los demás para afuera de la habitación como si fueran chivos y los anduviera pastoreando.

Silencio.

—Ay, papá, ¡qué vas a mirar cuando vengas para acá! ¿A quién le vas a rezar ahora? Ahora que al que le rezas se le quemó la casa, por andar tan solo en un lugar tan grande. Tanto espacio tan vacío siempre. Pues quién iba a ayudarlo pronto a apagar la lumbre. Y nomás quedan puras cenizas.

»Mira nomás, Montejo, polvo eres y en polvo te convertirás. Allí andabas echándonos tizne en la frente todo el tiempo, como si tus hijos fueran tus feligreses, por eso nos fuimos lejos, lejos de ti y de las iglesias.

»Pero yo sigo rezando. Sigo rezando y a veces hasta creo que me escucha alguien, siento que eres tú el que me oye y viene a decir «Necha, Nechita», como cuando me enseñabas a leer y a escribir, como cuando me hablabas en chiringo y allí andaba yo repitiendo:

»*Hello, my name is* Inés.

»Ahora hasta leo en inglés, Montejo, pero sigo creyendo que me hablas en las noches cuando me pongo a rezar. Que me cantas las canciones de tus días de andar descalzo, de cuando tu *nana* te alzaba para besarte la frente. Así te imagino, Montejo, viendo en la noche las nubes y aullando.

»No te vayas a morir. No se te ocurra. Vas a ver cómo te saco el

humo que traes arrepegado dentro, tanta cochinada que te ennegrece las entrañas la vamos a sacar, no va a ganarnos. ¡No va a ganarnos, Montejo…! Tose, pues. Tose. ¡Tose, chingada madre!

Montejo tose. Una tos seca casi de tuberculoso ¿Se habrá muerto el Fili? Ya no le importa. Sólo quiere ver a su *onó* toser, echar para afuera el tizne. Los ojos rojos, las manos negras, la tos filosa. Sale y corta el aire como si fuera un machete, le rasguña los oídos y no le queda más que apretar los dientes. Y tose. Necha también tose aunque no tenga humo adentro, pero tiene brasas en la garganta y no quiere que se le escape el alarido que la acecha, porque sabe que no le alcanzaría el agua de sus ojos para apagar el incendio que trae encima.

—¡Tose, pues!

Necha y Montejo tosen juntos. Al poco rato a la tos se le olvida que es tos y se va convirtiendo en risa. Si fueran diferentes, ahorita se abrazarían, pero son lo que son y nomás les alcanza para rozarse la punta de los dedos con un suspiro profundo.

6
En invierno sueña

Hubo un entonces donde sí se abrazaban. Necha bien que recuerda. Si cierra los ojos cuando hace frío lo mira clarito, ahí está: Montejo de pie, el pelo rojo tapándole las orejas, el paliacate en la frente, las manos detrás, siempre detrás, los dedos entrelazados, sus pasos lentos, como si flotara, como si fuera el mismísimo Jesucristo caminando sobre las aguas. Y su sonrisa, los dientes más blancos que los granos de sal.

Montejo, el más alto, galguito como pino joven. Pero ya casi no enseña los dientes, la sal de la tierra, esa que dice, y a su pelo se le fue el color y ahora es blanco, por poquito es la nieve que pisan sus pies descalzos cuando hay helada. Montejo con su camisa de franela a cuadros, siempre. Si cierra los ojos lo ve, ¡cómo se ríe y la abraza! La levanta para que toque la luna y ella estira su manita.

También le gustaba estar abajo, a sus pies, que se le ponían igual de rojos que sus cachetes entre tanto sol y tanta correa de huarache. Y Montejo contando historias de cuando era nuevito, así como ella y sus hermanos. Historias de cuando tocaba la guitarra, cantaba, nadaba en los ríos. En otro lado, otro país, pensaba Necha, casi otro planeta, donde vivía una abuela que tenía carro, un carrito rojo, y así iba su Montejo a la escuela. ¡En coche! Le daba harta risa imaginarlo, sería por eso que tenía las piernas flacas y larguiruchas, sería por eso que no entraba a las carreras de bola, sería por eso que… El frío siempre le trae esos recuerdos; cómo el viento era helado y se arrejuntaban para calentarse.

Los abrazos venían cuando el sol de diciembre comenzaba a irse. Entonces Montejo se podía ver desde lejos acercándose, parecía flotar sobre la siembra, lento, un Cristo de las lagunas. Necha corría, saltaba a sus brazos igual que lo hacen las liebres para cachar los apapachos en el aire. Su papaíto: Montejo la levantaba en medio de un graznido triunfal de águila, porque Montejo era muchos animales. Necha volaba

para aterrizar en una lluvia de besos. ¡Cómo se reían!

Pero ahora es verano y el calor siempre humilla al invierno; derrite la nieve para que aparezca lo que estaba escondido, las piedras, las hierbas, las raíces. Las mentiras, las vergüenzas, los reproches, los pesares. Ahí tiene a Montejo tosiendo culpas.

Recio, el sol termina por derretir también los abrazos, uno a uno, y desnuda las verdades enterradas que separan los cariños de una hija y su papaíto.

Montejo también piensa en la Necha, en esas noches heladas en las que el viento ulula evocando sus recuerdos más dulces: Necha con sus trenzas finitas, las faldas amplias de rarámuri, girando para hacerlas revolotear como rehiletes de feria.

Y a veces sueña con la niña que corre, la madre que ríe, y despierta ladrando o maullando o trinando. Todos se abrazan. En sus sueños. Esos que lo visitan sólo en los inviernos más crudos y cuando el calor del fogón arde bien furioso, con tanta rabia que le atiza la cara como si fuera el mismísimo sol. En invierno se sueña.

Pero es verano. No hay nieve, no hay sueños, no hay nada. Sólo la hierba mala que crece enredándose a la siembra para ahorcar la cosecha junto con las vergüenzas. Para arrebatarles las tortillas de la mesa. Hay que arrancar esas matas ponzoñosas que no lo dejan vivir a uno, que nomás asfixian el maíz y el recuerdo. Arrasarlas.

Montejo, ¿ya viste lo que queda de tu dizque templo?

Necha quisiera pensar un rato más en abrazos, pero qué caso tiene ya sin las risas. Además Montejo, que no es animal y ahí lo tiene ahora, sólo es un hombre enjutado en jadeos lastimeros.

Hay que poner aviso en la radio xetar para que su *nana* sepa, que le vaya con el cuento alguien, que le digan cómo está Montejo, ahí nomás recostado en una camilla, que le cuenten que ya no hay iglesia, que está hecha cenizas. Polvo eres, Cristo de las lagunas.

Además hay que pagar la llamada en el teléfono de la tienda de la Guarupa, que alguien le avise a Leandro, quien sea, pero que le digan para que agarre camino pronto.

¿Y Miguel? ¿Ya sabrá Miguel? ¿O andará afanado, arrancando los hierbajos de su siembra? Que vaya Pedro a buscarlo.

—Tú búscalo, Pedro, tráelo, que venga aunque no quiera, pues —ruega Necha asomándose apenas por un huequito de puerta. Odia tener que suplicar. Pero si va ella es peor y necesitan estar todos juntos.

¿Qué le dirá para hacerlo venir? ¿Qué dice uno ahora que la iglesia es un montón de carbón, cascajo apiñado, lápida?

—Montejo, ¡despiértate, pues! Estás ladrando.

7
Vienen cantando

Vienen cantando. Matiana y Eulogio vienen cantando en la troca del padre Juancho. De tanto escuchar los corridos en los raites, ya se los saben. Los Tucanes de Tijuana. *Temporada en la sierra*: «… sé que me rifo la vida regando la hierba mala, pero se siente bonito cuando recibes la lana».

—La lanaaaa.

¿Por qué será que les agarra la risa con el narco de las canciones? Van divertidos, sentados a un lado de los costales, cuidando que no se vaya a resbalar ninguno fuera de la caja, que no se meneen demasiado y se magullen las verduras, tienen que llegar rozagantes, contentas, bien vivas hasta los guisados de la María, la Luisa, la… Pero el chofer de la diócesis maneja como alma que lleva el diablo. No aprende. Ni siquiera porque el año pasado se volteó y hubo que ir a sacarlo de la barranca lleno de raspones y con las costillas rotas. Todo con ayuda de los mestizos, eso sí, ellos son los que tienen camionetas, y ésas se ocupan para arrastrar una *pick up* del acantilado para arriba. Un milagro. Pero ni así. Para un lado y el otro, arriba y abajo. Al cabo el obispo le repone el mueble si lo choca, ha de ser eso.

—Agárrese, papá, que se me cae.

Las carcajadas.

—A ver si le baila igual en la próxima fiesta, mija.

Las risotadas se estrellan con el cerro de enfrente. El corrido irrumpe entre los pinos. ¿Cuál es esta canción? Y el conductor gira como enloquecido, ¿de qué tendrá prisa, pues? Si aquí nadie anda con eso encima, aquí el tiempo no se impone, aquí existir al ritmo de uno es lo que cuenta. De todas formas, el hombre pisa el acelerador como si la brecha de tierra fuera una pista de carreras, rápido, más y más rápido, el volumen cada vez más alto. *Cruz de madera*. Esa canción le gusta mucho a Eulogio.

—Una cruz de madera de la más corrienteeeee —a todo pulmón

Eulogio.

Matiana sabe que lo pone melancólico desde que se murió su *nana*, la Serafina, la compañera.

—Eso es lo que pido cuando yo me mueraaaa.

—Quien lo viera tan inspirado —lo pincha.

Mejor, trata de distraerlo.

—Con tanto costal, papá, vamos a juntar para cocer el *teswino*, hacer las tortillas y hasta nos alcanza para comprar un chivo para la fiesta del Pilar.

Eulogio se acuerda del violín que recién terminó de tallar esa mañana; su pantalón, aún con polvillo amarillento por la madera. Se sacude.

—¿Crees que le cuadre el violín al Leandro?

—¿Cómo no va a agradarle, papá? Si hasta le talló una víbora.

—Ya ves cómo le gustan.

—La de sustos que me puso mi Leandro por andar persiguiendo cascabeles como si fueran conejos.

—Ese loquillo.

—Mi niño *lowíame*.

—Mira, mija, capaz que cuando venga y le dé su violín y toque y todos bailemos matachines en la fiesta del Pilar, a la mera entonces, mija, se queda, se nos queda acá, por fin.

Matiana quisiera creer eso. Quisiera. Y la fiesta del Pilar está tan cerca. Casi tienen todo listo; con el dinero de la venta completan para lo que falta. Hasta el chofer de la parroquia quedó en ir a buscarlos y traerlos con sus tiliches: maíz, tambo, chivo, cobijas y lo que haga falta llevarse hasta Norogachi para celebrar con los pueblos vecinos la fiesta y bailar, gritar, cotorrear, emborracharse. Ya luego se devolverán, cada quien a sus tierras, a hacer lo que cada uno hace desde que se asoma el sol hasta que aúlla el coyote a la luna.

Y es que en Norogachi está la iglesia, la de todos, donde bailan para sostener el mundo. Sólo ahí y en la clínica tienen luz eléctrica. Cuando vinieron los ingenieros esos, les preguntaron: ¿dónde la quieren poner? La gente, sin dudar, escogió la clínica, allí curan. Después fue que se pusieron de acuerdo para aluzar el templo, porque aún era de ellos. Al fin que, pensaron juntos, era verdad que, incluso desde antes de los viejos, otros se juntaban allá en el atrio a celebrar, que si la Guadalupana, que si la Semana Santa, que si los Reyes o lo que fuera que estuvieran festejando y que nada tenía que ver con

rezos ni actos de contrición, nomás era pura coincidencia. Porque la realidad en la Sierra Tarahumara se toma con lo que ofrece, y cuando así pasa, no hacen falta ni oraciones ni arrepentimientos.

Por eso la clínica y la iglesia quedaron iluminadas. Sólo que en la clínica se junta la tristeza, y en la iglesia, la alegría. Es como si fuera el corazón del pueblo. Un corazón que cuando hay tambores late con más brío, para despertar en las fiestas al bosque de su letargo, convocar la fuerza de las estrellas, apelar al arroyo para hacerlo crecer. Y hay que bailar para que siga vivo, latiendo. Danzar o morir. ¿Qué sería de los sueños sin los roncos aplausos de los tambores, sin el zapateo de cientos de huaraches, ni los silbidos, las risas, los violines? Ya mero se enteran. Sólo cuando ellos se juntan espantan los miedos que acechan desde tiempos inmemorables, ahuyentan las amenazas de rapiña, a los ogros que devoran las cabezas de los niños. Como si tanta voz alegre exiliara para siempre las pesadillas, para al fin implantar, de una vez por todas, los sueños, sueños de rarámuri. Esos que se sueñan juntos, no cada quien el suyo como los *chabochis*.

Para allá van Matiana y su papaíto, cargados de costales llenos de meses de trabajo, repletos de la esperanza que les regaló la lluvia, alegres con sus corridos. Vienen cantando. Soñando.

8
Hijo de cura

En la Sierra siempre se llega al borde del precipicio. Uno echa a andar, sube esquivando los pinos, cuidando que no le salga una cascabel al paso, y aunque den ganas de seguirse un pie delante del otro toda la vida, la brecha inevitablemente se muere. Y no hay más remedio que detenerse o morir con ella. Allí en la orilla, los dedos encogidos, aferrados a la cornisa para voltear abajo a mirar ya muy lejos el hilo de agua del río. Los pies bien bien quietos. Es entonces cuando Miguel se sueña águila o gavilán.

Al menos rana, piensa a veces.

Ha visto cómo se despeñan los que vienen borrachos y no alcanzan a frenar la zancada antes de caerse a la barranca. Por eso hay que aprender a bajar por el risco como lo hace él cuando baja hasta su casa. Sus piernas largas y flacas, sus brazos fuertes en aleteos, sus ojos de cielo. Casi tan rápido como los pájaros garrapateros cuando atraviesan el camino; a esos no los alcanzan a apachurrar las trocas, nunca ha visto a uno aplastado. Miguel casi vuela con tal de estar más pronto con los suyos, Cándida, Mario, el bebecito. Es un correcaminos. Un venado cola blanca. En su comunidad, Papajichi, municipio Guachochi, así le llaman todos: el Venado Cola Blanca, aunque ya casi no se ven por allí, pero todos los rarámuris los recuerdan.

—Cuando hace bueno, el agua se ríe todo el tiempo. ¿La escuchas, Mario? —le cuenta en las noches al mayorcito—. Yo antes no oía su risa, de muy *towicito*, como tú, nunca pude. Pero tú sí. Escucha pues. —Y le duele pensarse de niño.

Apenas le llega su hijo a la mitad de la pierna, por eso tiene que voltear para arriba a mirar a su padre. Cuando le dice cosas como esas, el *bukito* se ríe, casi como el arroyo. Luego sale corriendo, corre porque su corazón le late más fuerte en los pies que en el pecho. Miguel lo mira alejarse entre las carcajadas que lo salpican.

Miguel, de chamaco, nomás podía ver cómo las aguas venían

furiosas entre los cerros, creía que lo castigaban al no dejarlo cruzar el cauce. Antes, las risas del río no eran risas, eran burlas.

—¡Hijo de cura! —Son crueles también los de su pueblo.

Antes no era rápido, era más piedra que ave. De tanto en tanto cierra los ojos y se le aparece él mismo, se le regresan todas las veces revueltas, un rayo que parte el tronco de los madroños. Lo vive todo de nuevo como ahora mismo.

No puede echarse a correr hasta al otro lado, preferiría terminar con los pies helados y la mezclilla escurriendo para que no lo alcancen las piedras, pero no puede. Es apenas un chamaco y las aguas ya están bien crecidas. No hay forma de llegar a la otra orilla, aunque las rocas caigan junto a él, lo salpiquen y le quiebren la cabeza. Es casi peor que despeñarse. Son sólo guijas y a él le dan miedo. Mientras se agacha, cubre con ambas manos el paliacate que cuelga de su cinto tejido para proteger los coricos de pinole que van dentro, los que esa mañana le dio su *nana*, la hija de Eulogio —el de Murachárachi—, la mayor de sus *tewekes*, la que aprendió a leer con las monjas y que luego trabajó en la parroquia.

—¡Hijo de cura!

Las galletitas de maíz nomás las hace su *nana* al acabar las lluvias, cuando los elotes están bien tiernos adentro de los costales. Las piedras siguen salpicándolo, una, otra y otra vez. Así que mejor desata el bulto para que no se mojen. Los deliciosos coricos son lo que más le gusta y la punta del cinturón ya está empapada, el estambre gotea. A él le hubiera gustado tener uno de cuero, un cinto piteado como el del Sucristo, pero el suyo es verde, amarillo y blanco. Detesta el amarillo…

—¡Hijo de cura! ¡Hijo de cura!

Los chillidos de los escuincles se mezclan con los de un chancho que deben estar matando en lo alto de la colina o detrás del cerro. No sabe si está lejos o cerca porque justo ahí, donde corre el río más recio, se hace un eco muy fuerte. Se imagina el cuchillo atravesándole la yugular para abrirle camino a chorros rojos que se le resbalan por la garganta. El marrano se desgañita. Puede que se esté desangrando allí apenitas llegando a la mesa de la loma o más allá, bien allá, al otro lado, quién sabe dónde.

El eco lo infla todo y luego lo revienta. Por eso siempre que pasa por ahí se siente desorientado. Los insultos le caen en la cabeza y nunca sabe para dónde correr porque vienen arremolinados con el eco

y lo asaltan por los costados. Los ojos son los únicos que le sirven en esa parte del río. Chilla el cerdo y los otros, los puercos. Le gusta el chicharrón recién sacado del tambo, la piel frita y chamuscada…

—¡Hijo de…!

El chancho berrea, un berrido largo, metálico, intestinal, pero él ya aprendió a callarse y a empujar su propio berrido, el que quiere escaparse de su garganta de regreso a la barriga. Traga y aprieta los dientes para que las espinas se le acomoden más abajo del cogote y no salga nada, ni un murmullo, ni un quejido, ni siquiera un suspiro. Por fin los ve.

Las burlas. El río. Los proyectiles.

La roca casi lo alcanza y lo hubiera descalabrado si no se mueve. Pero no, es una piedrecita apenas. Para la otra, piensa, no me agacho aunque me raspe la sed de tomar agua del río. La próxima vez se seguirá de frente, mirada al piso, arreando con la punta de su huarache la gravilla, batiéndose de polvo gris las uñas, los dedos, las correas…

—¡De cura!

El marrano ya no chilla. Ha de estar colgando bocabajo con la sangre escurriéndole por el hocico. En su casa sólo hay chivos.

Ya puede verse el internado, el muro amarillo al lado del campanario. Los demás se echan a correr, se van haciendo chiquitos junto con sus gritos…

—¡Curaaa!

El agua siempre está fresca, pero ahora la siente más fría. Ha de ser por cómo traía la mano engarrotada, los nudillos blancos alrededor del pañuelo rojo con los coricos dentro. Quisiera dar un trago enorme, pero si se empina más, se moja la camisa y no quiere. Además escucha los pasos atrás de él. Ojos al río. Los pies bien bien quietos. Alguien le tapa los ojos. Siempre termina despeñándose por el mismo recuerdo.

—¡Pedro!

Es su amigo. Su *norawa* Pedro siempre le tapa los ojos y lo saca de sus pesadillas. Lo agarra desprevenido, pasa desde que eran niños y se encontraban como hoy a la orilla del río, lejos de los otros. Cómo se reían. Igual que ahora que se ríen mucho, recio, mucho y recio, el eco arrastra las carcajadas río abajo-río arriba hasta la punta del cerro y de regreso. Pero la risa de cada uno nace de lugares diferentes. Nervios y gusto.

Pedro, el hijo del hermano Pánfilo, su único amigo. No es hijo de

cura, pero es hijo de un hermano marista, del Pánfilo. El que antes cuidaba del internado, en un antes que ni él ni Pedro comprenden. ¡Quién sabe cómo serían Pánfilo y Montejo! Ellos no imaginan ese antes, sólo entienden lo que han visto, lo otro. Lo que se dice de sus papás son sólo cuentos, puro mitote.

Conocen a un Pánfilo muy tomador, con una nariz roja desde bien temprano. A su mujer Cristina, que por eso salía de madrugada con su *towicito* de meses amarrado a la espalda a cortar la leña, y es que luego tenía que echar tortilla, hervir café, salir al campo. ¿Cuándo se ha visto que el maíz crezca solo? Así el papá de Pedro, no el suyo. Su *onó* casi no tomaba. Porque cuando toma…

Las manos rasposas y bruscas de su amigo le oscurecen los ojos y lo despiertan de sus recuerdos. Pedro siempre le tapa los ojos y nunca lo ve venir.

—¿Qué *sueñabas*, Miguel? —como siempre le pregunta Pedro.

Pero el bebecito está retedormido.

—¡Shshsh! *Kíti, compagre*, cállese que me lo despierta.

Y apenas logra Miguel atrapar la carcajada y con la cabeza le pide a Pedro que se alejen.

Hace bueno, siempre hace bueno esos días de verano, cuando las aguas ya están bien crecidas. Caminan hasta el río, donde la piedra de siempre para fumar. Van a echar humo sin decir nada como otras veces, hasta que el Farito les queme la punta de los dedos y lo dejen caer sobre la arena. Pedro siempre es el primero en hablar.

Sólo que Pedro no va a decir nada, no sabe cómo decirlo, no sabe si quiere decirlo, pero se lo encomendaron y tiene que hablar con su *norawa*, tiene que decírselo a su amigo, aunque las palabras una vez que se echan fuera no se pueden arrear para adentro y se arranquen como caballos desbocados a quien sabe dónde. «*Compagre*…».

—¿Qué pues, Pedro?

—…

—Habla, pues.

Ya mero abre la boca Pedro, ya mero lo escucha Miguel, ya casi el despeñadero.

9
Huele a quemado

Matiana hace silencio a media canción. Lo hace como la masa para las tortillas, espeso y blando. Un silencio que engaña. Pareciera, pues, que uno pudiera atravesarlo, pero no. Hay silencios que no pueden cruzarse y no queda más remedio que amasarlos con las manos, con la garganta, sobre todo con el estómago.

Huele a quemado. A cenizas de adobe, de casa. Bien que sabe de tanto que las ha olido. Ahí arriba de la troca, a un lado de su papaíto, con la música a todo volumen, lo que le entra por las narices no es el tufo del pino seco que se echa a llorar ardores…, ese vaho es bien diferente. No es quemazón de la buena. Y Matiana amasa el silencio. Ya se le arrepegó el humo en la garganta y ahora, si abre la boca, nomás va a poder hablar cenizas. Por eso se calla. ¿Qué puede decir, pues?

Y Eulogio ahí cante y cante. Corridos de narco. Han de ser los años que le roban a uno el olfato, o a lo mejor nomás es que las canas se instalan junto con el miedo en el cuerpo para ya mejor no sentirlo. ¿Pasa cuando la vida está más cerca de la muerte que de otra cosa? ¿Qué será? ¿Por qué su papaíto no se da cuenta? Ese olor trae desdicha porque no viene de las nubes ni es cosa del bosque.

El olor ha de ser la forma que tiene el humo de contarnos sus secretos, piensa Matiana, y éste susurra puro infortunio. En cambio, hay humaredas buenas.

De vez en cuando, el pino más alto del bosque se inmola, ya sin esperanza recibe al rayo nomás para sentirse arder, para auxiliar a la montaña a que arda, reflexiona Matiana, sabe. ¿Qué más puede hacer la Sierra, pues? Es su única forma de escupir la rabia para que no se le quede aferrada adentro, para que no carcoma al bosque, al camino, al arroyo. Ya muchas veces Matiana ha visto qué pasa con los que guardan pesar en sus corazones, con esos que nomás llenan sus noches de pesadillas, con los que ya no asoman las narices de sus casas para

no oler más el humo, para que no se les cuele más miedo adentro.

El monte arde sus gritos para que no se le queden en las entrañas. Así se le instalaron a la Lorena, a la mamá de la María, cuando la encontró allá tirada en la curva del camino, en la Mesa del Conejo. Apenas halló un trozo de falda y sus manos. Sus manos como raíces de un árbol que no va a crecer ya nunca, bien aferradas al lodo, como queriendo que la Sierra la salvara. Pero no pudo ni puede. Habrá pensado: «al cabo somos de barro, no de tierra ni de aire». ¿Quién sabe qué habrá pensado? ¿Qué vieron sus ojos antes de cerrarlos ya para siempre? Pobre María. Allá se la encontró la Lorena, ya nomás un pedazo bien morado de tela floreada. Así supo que era ella, y por sus manos. Era su *teweke*, la que se pegaba a su pecho siendo apenas un bultito, a la que tanto le gustaba corretear a las gallinas, la hija, la amiga, la compañera. Allí se acabó María y, con ella, los sueños de la Lorena. Ahora nomás le quedan puras pesadillas. Y allí también olía a quemado. Pero no era humo de pino. Le habrán echado gasolina o algo peor para que ardiera tanto.

Matiana amasa el silencio. Humareda mala. Cómo le gustaría que el olor fuera un piñonero chamuscado. Pero no lo es. La troca avanza y el olor se crece. Ya mero llegan a Norogachi, aunque ahora no sabe bien si quiere llegar. Sí y no. Allá está su Necha, pero ¿qué van a encontrarse cuando topen con el hedor? Cuando vean lo que van a ver. Entonces ya no podrán arrancárselo de sus ojos, se les va a quedar adentro. Así le pasó a la Lorena, y mírenla.

—Lorena, al menos acá está ya su *teweke*, ya le echó tierra, ya le bailamos —Matiana en balde trató de consolarla—, algunos ni hallar sus gentes han podido, al menos tú…

Y muchos ya nomás vagan por las veredas con corazones vaciados de tambores, ojos viendo quién sabe dónde, amasando puro silencio.

Por eso cada tanto un pino mejor se inmola. Un cedro, un oyamel, un sabino. No hay de otra. El piñonero se ofrece en sacrificio para que la tierra no guarde tantos rencores, si los deja, acaban quemándolo a uno, chamuscan los corazones y todo ¿para qué?

A Matiana ya se le metió bien adentro el humo, ya se le pegó a las narices, ya le llegó hasta abajo y ahora anda arremolinado, agazapado atrás de su ombligo, soplando calor. Llenándole las entrañas de cochambre.

—¿Papá? ¿No huele? Huele a quemado.

Eulogio aguza la nariz. Pues sí. Huele a quemado.

—Habrá prendido alguna troj, como pasa sin queriendo. Ya ves cómo se corre la lumbre luego, y ni aunque uno la persiga la alcanza… Vale más aplacarla.

Los dos saben que es mentira, pero de todas maneras hacen que se la creen todita. Mejor así que andar pensando en lo que podría ser verdad. ¿Para qué? Al fin tienen que llegar a Norogachi y ya están cansados de esconderse de las pesadillas. De arder, de sentir el corazón tiznado, de ver las miradas inflamadas de su pueblo. Del olor a quemado.

10
Canta la memoria

Mucho antes que su hija, Eulogio había cachado con las narices ese olor que a Matiana la hace revolverse en la caja de la troca como si recién acabara de pasar por una nopalera y anduviera toda aguijoneada. Y entonces se acuerda de esa vez, porque a la memoria llegan las cosas cuando uno no las pide. Como el sapo sorprende a la mosca; el gavilán, al pollo; el rayo, al peregrino. La nostalgia clava las garras, golpea, engulle. A Eulogio lo envuelve sentado en la caja de la troca, arremolinado a un lado de los costales repletos de arados y madrugadas, mirando cómo su *teweke* aprieta los puños queriendo asirse a una esperanza que no existe, que imagina pero que se le escapa. ¿Qué recuerdos la visitarán a ella? Quién sabe.

Puede ver a sus hijos merodeando la casa. Matiana recién empezaba a estirarse por encimita de las tunas, Reyes no dejaba de azuzarla por las ganas que tenía de enseñarle que por ser mayor y macho se nace más fuerte, más rápido, más valiente…

—¡Hasta ese madroño! —gritó Reyes.

—De vuelta por el arroyo —ya jadeando Matiana, más veloz, más fuerte, sin temor.

Ahí andaban en plena corretiza los dos hermanos. Matiana con sus piececitos uno tras otro, una liebre, un zorro, un correcaminos. Su chamaco queriendo alcanzar esos latidos salvajes de la niña, esos brazos más rápidos que los remolinos de aire. Reyes siempre detrás, Matiana volando por encima de la hierba, sus huaraches apenas rozando el campo, las faldas papalotes, un par de risas, el olor a tierra mojada. Si Eulogio cierra los ojos, todavía huele en su corazón la humedad de sus campos. Todavía mira a sus hijos pegando carreras uno tras otro. Todavía ve a la Matiana libre y sin miedo por la vereda, por el descampado, por los riscos. Pero los caminos terminan por torcerse, a veces hasta desaparecen. Los abisma el cerro al derrumbarse o algo peor, se los traga la niebla que viene de fuera, el

aliento del gigante, de ese *ganoko* que devora el bosque, que tritura entre sus dientes la cabeza de los niños mientras azota contra la barranca el eco de sus risotadas. ¡Cómo se burla al ver sus cuerpecitos correr cual gallinas sin cabeza!, ¡cómo bufa cubriéndolo todo de un vaho podrido!

El gigante resuella sobre los caminos hasta borrarlos, se vuelven veredas que ya nunca han de pisarse, desvanecidos para siempre; tanto se diluyen que a veces alcanzan a quienes antes los recorrían, y si no se avispan, terminan por perder uno a uno sus recuerdos.

A Matiana esa vez sólo se le interpuso la naturaleza que no sabe de direcciones ni mapas. Una nopalera, de las que crecen porque sí y donde les da la gana. Y como era muy niña no supo parar, creyó que podía irse bien derecho sin siquiera amainar el paso. Cuando uno es nuevo para el mundo, no entiende de trabas ni de barreras, siempre tira uno para adelante, hasta que la vida lo frena. Y a Matiana la detuvieron los nopales que ni querían ni sabían.

Un día había de pasar y mejor que sea con unos nopales, pensaba Eulogio en ese momento; mejor que su primera tranca tenga cara de nopal.

Toda esa tarde se entretuvo quitándole las espinas atravesadas en el vestido, aferradas al naranja de flores amarillas, faldas alegres, de primavera. Cantando y espulgando para ver a su *teweke* asomar los dientes como mazorcas tiernas de pura sonrisa, contenta con la música aunque le doliera. Entonces le cantaba a su niña relatos de su tierra, de sus raíces, de su corazón. Porque es cuando más duele, cuando viene mejor el canto, miren si no tanto pájaro enjaulado que se esfuerza en trinar alegre aunque no pueda volar. Metidos en el fango, hay que asomar la cabeza para que se oigan más fuertes nuestras canciones. Al final ya no le quedó ni una sola espina, nomás el recuerdo bien mezclado del dolor y el canto, porque antes no había daño que no se acompañara de cariños. No como ahora.

Eulogio la mira. Sabe que las espinas de antes no son como las que su niña siente ahora. Como las que lo pinchan a él. Se empeña en cantar bien fuerte los narcocorridos que retumban las bocinas; de tanto escucharlos ya se los sabe, entona, afina, canturrea. Para espantar el miedo, para no oler el humo, pero sobre todo porque sabe, aunque no entiende cómo, que también es cómplice de una quemazón que, aunque no huela, ha estado chamuscando sus canciones, ennegreciendo sus recuerdos, tiznando sus mañanas. Su corazón bien

que sabe. Y canta más fuerte Los Tucanes de Tijuana. Qué le hace que Tijuana esté tan lejos. Mejor cantar eso que la memoria. ¿De qué le van a servir los recuerdos? Ahora que se asoma para atisbar el campanario de la iglesia de Norogachi, no alcanza a ver nada. Ni la cruz que desde ahí se divisa. Sólo a oler. Y el olor no es de tierra mojada. ¿Qué canciones les quedan para entonar ahora a los de su pueblo? ¿A su hija? De golpe se le quitan las ganas de cantar. Ojalá se le borrara de tajo la memoria.

11
Es una liebre

Ya se lo contó. Ya se lo dijo. A medias, pues, qué más podía hacer. Pedro a Miguel. La iglesia, el fuego, Montejo. Ahí mero, los dos sentados en rocas a la orilla del arroyo. Pedro, macizo y rotundo, casi gordo, las manos en las rodillas. Siseando, la voz baja, apenitas, pues ni él mismo quiere escuchar lo que está diciendo.

—Yo mero lo vi, lo que acabo de contarte —le dice a su amigo.

Miguel no responde. Si abre la boca puede ser que se le escape el grito que le punza dentro, o peor, que se le haga agua el nudo de grillos que le crece por la garganta, y entonces sí se echa a llorar. Cristo, ten piedad. Así que mejor aprieta los dientes, los puños, las ideas.

Pero algo tiene que hacer, si no va a acabar devorado por una legión de arañas patonas que ahora mismo le trepan las piernas, la espalda, la cabeza, como barbas que lo están asfixiando. Cierra los ojos y una gota de sal le alcanza la lengua. Carajo, la chilladera no. Eso sí que no. Parece liebre faroleada a medio camino. No parece, es una liebre. Miguel es una liebre. ¿Cómo se salvan las liebres?

Entonces salta, se pone de pie. Siempre en silencio. Como buen depredador, el terror aguza los sentidos y es mejor que ni lo oiga. Además, ¿qué puede decir? Si las palabras ya todas se quemaron junto con la iglesia. ¿Qué le queda, pues? Tres hijos, una mujer, una siembra, su casa para cuidarla. Pero es su *onó*, su padre. Sin él, ni casa, ni siembra, ni mujer, ni hijos. Sin él, nada. Por él, la vida, aunque les haya costado tan cara a los dos por años.

Cuántos años pasó Montejo llorando en las borracheras por no haber sido él quien oficiara la misa. Cuántas veces lo espió escabullirse adentro del templo, cuántas lo vio rezar atrás del altar y frente a la nada el padrenuestro en sus dos lenguas… «Kéti Onó que estás en el cielo». O lo encontró agazapado tras algún matorral, sollozando. Leandro ni ha de acordarse, estaba muy nuevito, pero él y

la Necha sí que se acuerdan de sus aullidos cada vez más agudos, de cómo les caía el trueno en la mera entraña, dos pinos marcados por los rayos de la desolación, quemados. Miguel se acuerda de Matiana mirándolos, a sus *towis*, a su compañero. En silencio. También ella quieta para no caer en las garras de la zozobra.

Por fin un día se apaciguaron los lamentos. Fue el padre Juancho, fue cuando lo invitó a sentarse con los otros, Pánfilo y los demás, para hablar de su pueblo, porque también a él le pertenecía, casi más que a todos. Y qué si ya no podía ser cura. Sacerdote ya no, pero tampoco rarámuri. ¿Qué era, pues? Por eso lloraba, el llanto, para él, los aullidos, para sus hijos, para Matiana, para los campos abrasados en nombre de la amapola, las trocas cargadas de tala clandestina, los batos paseándose tras vidrios polarizados, las pesadillas acechando los sueños. ¡Au! ¡Auuuuu!

Así hasta que Juancho le preguntó: ¿qué vamos a hacer, Montejo? ¿Qué vas a hacer tú? ¿Y ellos?, ¿nosotros?, ¿todos? Entonces guardó silencio y se puso a pensar.

Como le hace ahora Miguel, porque es potro de ese caballo, tan alto, erguido y blanco, *chabochi* como su padre. El pelo de fuego. Hijo de cura. Aunque hoy es una liebre. De pie en silencio, pensando. Las palabras no le alcanzan y se calla. Mira a Pedro, su amigo. Le da la mano, inclina la cabeza y echa a andar. Pedro está a punto de seguirlo, pero se detiene y mejor prende un Farito. No va a alcanzarlo. Miguel ya corre, pies ligeros hasta Norogachi. Es una liebre.

12
Llamada por cobrar

—¡Ese Towí! ¡Towicito! ¡Qué no oyes! ¡Towí!

Pues sí oye, pero ya está bien harto, bien hasta la madre del Towí para acá, Towí para allá. ¡Él es Leo! ¡Leo con un carajo! Ya está juntando valor para reventarle el hocico de un puñetazo, para así dejar atrás de una vez por todas el legado de un pueblo pacífico, de una raza por cuyas venas corre la serenidad, esa que se les ve en los ojos, en la forma de pararse. «Ahora sí me las paga este *chabochi* pendejo». Ya trae el puño bien alzado, pero…

—Que tienes llamada por cobrar, de Noro… chachis, norachis…, ¿que si aceptas?

—¿Cómo? —La mano guanga se cae.

—Que por cobrar, ¿que si la pagas o no, cabrón?

—Pues sí, dile que sí.

Y es que allá en la Sierra o la cobran en la tienda o el que la recibe la paga luego. Si no, dejan al que llamó sin chance de hacer más llamadas y apenas unos cuantos tienen celular que pueden usar luego, cuando van a Guachochi o a Parral o a Creel o hasta la capital. En Norogachi no hay antenas para eso y se ocupa nomás el fijo porque los móviles no sirven para un carajo, «como no sea para echarse fotos y ya luego subirlas a las redes», piensa Leo, que antes era Leandro y su hermana ni sabe.

—¿Necha?

¿Pues no que tenía las piernas fuertes de tanto hacer pesas? Ya se le desguanzaron, hasta parece becerro recién nacido, en una de ésas se cae.

—Ora, Leo, ¿qué te pasa? —El Yoni ya se dio cuenta.

Leandro hace una seña para que se callen todos. No alcanza a entender. No. Sí escuchó bien y por eso se le fueron las ganas de estar parado y se le revolvió el estómago. ¿Por qué no llora la Necha? Debería de llorar ella para que a él se le quiten las ganas. Pero

¿cómo?, pero ¿cuándo?, pero ¿por qué?, pero ¿para qué?

—¿Para qué, Necha?

Esa pregunta sí quién sabe. Sólo Montejo podría decir. Ahora le toca a él responder que cuándo, que cómo…

—Un día y medio a lo mucho. Si me apuro, menos.

Ya ven cuánto se tarda uno en llegar hasta allá, peor si tiene que pedir permiso de ausencia para luego buscar sus tiliches, recoger su ánimo y agarrar camino. Además no se puede ir sin dinero: la llamada es por cobrar. Y le va a costar más caro de lo que creía.

13
Casi son todos

Matiana ya los quería ver a todos. Pero no así. Ahora ya los tiene allí delante, quietos en el atrio, mirando con las palabras amontonadas en el pecho lo que un día estuvo, siglos de historia derrumbados por la ira de un fuego que nadie sabe de dónde vino, o sí. O pasa como pasa siempre en la familia de uno, se sabe en las entrañas, pero la idea se empuja para afuera como diciéndole ¡eh, chucho, shushkala!, no vaya a ser perro rabioso y tire una mordida que termine por matarnos.

Así que ahí están casi todos: Eulogio, Matiana, Necha y Pedro, que trajo a Miguel. Montejo recostado en la clínica desvariando a ratos. Ellos afuera. Quietos y callados. A ver quién se atreve a hablar primero. Le hubiera tocado a Matiana decir algo, que para eso es su *nana*, pero la suerte le convino, y Eulogio es su papaíto, es abuelo de sus hijos, el *chérame*. No es Eulogio hombre que se achicopale o le huya a sus deberes, pero tampoco se le da aventar palabras de oquis, sin pensarlas primero, no en balde se recorren cientos de caminos, no en balde se le agolpan los años a uno en el cuerpo, no en balde aprenden los ojos a ver con el corazón.

Y Eulogio entiende que es mejor callarse. Que aunque aún no lo sepan, el duelo empezó ya hace tiempo y ahora llegó para instalarse en el centro de sus pechos. Se siente culpable. Así se han de sentir su hija y sus nietos, pero todavía no se dan cuenta que eso que traen es deuda. Porque viendo no quisieron abrir los ojos ni la boca. Pues ¿a poco no miraban a Montejo que andaba quién sabe cómo? ¿A poco no?

Uno a uno les clava los ojos. Su mirada les da un tirón y entonces agachan la cabeza. Miguel, concentrado en la tierra que se le fue pegando en las correas de sus huaraches por el camino; Necha, en sus manos temblorosas aún de las curaciones; Matiana, el ceño fruncido en dirección al montón de escombros que fueran la iglesia. Pedro se aleja. Es casi hermano de Miguel, pero no alcanzan los años de cariño

para hacerse lugar de familia en ese momento. Lo sabe y se va. Están casi todos.

—Hay que esperar a Leandro —sentencia por fin el viejo.

De pie, en círculo, cada uno sumido en su propio desasosiego. Montejo Lobo soñando pesadillas, tal vez, imagina Matiana. Eulogio, el de la mirada profunda, las manos rijosas, buscando en algún lugar de la memoria el futuro. Matiana, la de las premoniciones que hoy no la visitan, menudita y gigante de amor, sólo piensa en sus hijos: Necha, mi niña seria, estudiosa, la doctora… Necha *semati*, hay heridas que no puede curar el alcohol; Miguel, con tu pelo de fuego igual al de tu papacito, negando tu estampa, relinchando, potro del mismo caballo… Miguel, mijo, no hay galope lo suficientemente rápido para escapar de este incendio, y Leandro, mi chiquitín, ¿qué andará rondándote en el corazón allá tan lejos con esta noticia a cuestas?

Están casi todos. Pero «casi» no alcanza. Lo saben.

Segunda parte
LA TIERRA

14
Espíritu de Dios

Sincretismo. Lo que ha visto hasta ahora es sincretismo. Cada domingo, tras el altar de la iglesia, cuando responden en coro «Jesús, *tamí natemá*». «Ten piedad».

Y luego salen al atrio a bailar matachines. Siempre el baile, ya es parte del ritual. Montejo lo ha hablado con Juancho y con Pánfilo.

La casualidad los puso al centro de la magia, un misterio que al Lobo le desacomodaba su aparente calma otras veces que intentó ponerlo en palabras… Recuperado el aliento, por fin se atrevió a aventurar teorías, explicaciones.

—Sincretismo, sí. Pero hay algo más —insiste Montejo.

Mira las fotografías, las muestra, pero los otros dos, honestamente, no pueden descifrar de qué está hablando.

—No es algo que pueda atraparse en una cámara, es más grande.

Las pasa una a una. ¿Qué ve él en las imágenes que a los demás se les escapa?

—Quizá el espíritu de Dios encarnado en este pueblo de Norogachi.

Ya está borracho.

—¿El espíritu de Dios, cabrón? Ni que fueras tan buen fotógrafo. —Juancho se retuerce de risa.

—Mira —le extiende una foto.

Es del día que llegó, en la Rapidita. Esa camioneta destartalada que, por más de tres horas, atraviesa la Sierra con el movimiento de un barco a punto de naufragar, para llevar a todo el que quiera desde Guachochi, el lugar de las garzas, hasta aquí. Al mero centro del mundo rarámuri. Y resultó que Montejo, así como Pánfilo cuando llegó, traía encargo: la parroquia, el marista, el internado. Una misión. Dos extranjeros. El pantone de la piel los delataba, los delata, y como buenos forasteros se les iban los días hablando. Hay algo de tranquilizador en asirse al engaño de la compañía.

¿Cuánto tiempo nos va a llevar aprender su lengua?, era lo que más

le preocupaba al Lobo. Tres años después apenas podía Pánfilo decir *péwari, remeke, matéteraba*. Ahí, en la palabra, es donde están encerrados los secretos de estos hombres, de su andar, su mirada, su aplomo…

Montejo lo supo desde el principio, y ahora Juancho y Pánfilo le envidian el acceso que tiene a sus alegrías, sus tristezas, sus relatos. Aunque tampoco es que digan mucho, éste es un pueblo construido sobre el silencio de quien entiende a cabalidad el peso que tiene cada frase dicha en la construcción del mundo.

—En ésta te ves venadeado —se ríe Pánfilo.

—¡Qué cara de idiota traigo!

Era Montejo nomás llegandito a la Sierra, tras veintisiete horas hasta Guachochi, luego la Rapidita hasta Norogachi. No vas a encontrar el camino de regreso a tu casa, le dirá uno de sus feligreses cuando le cuente la travesía. La lógica del pueblo de los pies ligeros. ¿Cuánto tardará uno si hace el camino a pie? A saber si llega.

En troca son más de treinta horas, pero Montejo sí que llegó hasta Murachárachi, Nawéachi, Papajichi, a todos esos lugares de estrellas, de arroyos, de magia. Venadeado. Siempre venadeado. ¿Cómo ha de olvidarse de ese primer día? Quien llega a un campo de faldas sembrado en el patio, cientos de flores de colores hablantes en la parroquia, pañuelos en las cabezas, criaturas en las espaldas… quien tiene esa primera impresión nunca se repone. Todas ellas susurros. Aguzando el oído, amasando con las manos, prendiendo el fuego. Compañeras de los danzantes. Además los tambores, aquella clave morse milenaria que sólo los iniciados entienden. Semana Santa en la Sierra Tarahumara.

—Un día tienes que venir, mamá —Montejo al auricular cada semana.

La extraña. Es justamente su madre, quién lo iba a pensar, la que le hace falta. Por eso recorre todos los lunes, con una puntualidad religiosa, el camino hasta esa tienda, la del teléfono fijo, la de a cinco pesos el minuto. Ya luego va pateando los guijarros sueltos en su andar de regreso. Quién sabe que irá pensando cada vez. La pulsión de largarse le dura lo que la vereda de vuelta. Pero no puede irse. Tiene la fiesta a la que llegó tatuada en algún lugar de sus entrañas. El jolgorio, las risas, la güeja pasando de mano en mano, todos juntos bebiendo *teswino*, todos borrachos, el espíritu de Dios. Repasa esas primeras conversaciones con sus predecesores.

—¿Qué pues, Montejo? ¿Se queda a darle a la parroquia o se raja? —el padre Juancho ya borracho.

Las guitarras de los seminaristas, las tortillas recién hechas, la vida. ¿Un jesuita y un diocesano? Pero acá las reglas son otras.

—¿Qué no vine a eso?

El golpe en la espalda, el brindis, la camaradería.

—Acá en la Sierra dicen que antes los curas como tú…

—No serás cura pero eres hermano marista, que es casi lo mismo, aunque peor.

—Ora pues, como tú, como yo, los religiosos —aclara Pánfilo.

—Antes llegaban a las fiestas a romper las ollas de *teswino* y había que esconderlas —Juancho, que ha repetido la frase cientos de veces.

—Menos mal que ahora tenemos la inculturación —Montejo, reflexivo.

—Sí, pero ahora tienen que esconderlas ¡porque nos las acabamos! —El remate del diocesano, su sonora risa.

La carcajada ronca, Pánfilo asomando los dientes, la lengua, la campanilla. La cara más que colorada por el alcohol, el sol, la risa. ¿Cómo no iba a quedarse Montejo Lobo?

Nomás que entonces no podía imaginarse la soledad, el silencio, la angustia. Y es que la gente baja al pueblo sólo en las celebraciones, almas en pena de alegrarse, dejar el azadón, los costales, las preocupaciones. A Montejo no le ha quedado más que inventarse entretenimientos de blanco entre fiesta y fiesta. Cada acción encaminada a ahuyentar las moscas de la desazón.

—En esta foto sale Matiana, mira, allá al fondo —insiste Montejo.

Por eso entiende todo tan bien. Tiene a Matiana, la chaparrita que trabaja en la parroquia, cocina, lava, corta la leña, se afana. Matiana le enseña los secretos de la lengua por las tardes; es buena maestra la hija de Eulogio. Al menos Montejo tiene eso. Y su Biblia.

—*We semati*, tan chula.

Ya está bien borracho y es cuando más le da por hablar rarámuri, como a todos los de allí, que merodean los días callados hasta que el maíz fermentado les suelta la lengua. Desata las palabras para que inunden el atrio de risas, bailes, violines. A Montejo entonces le da por aullar.

El espíritu de Dios es una borrachera.

15
Danzar o morir

Norogachi existe en el corazón de la Sierra. El lugar de los cerros redondos. Amurallado por la sabiduría de la naturaleza con columnas de piedra blanca, montañas, bosques casi impenetrables. También lo arrulla el río que lo atraviesa con caricias suaves o violentas, según lo manden las lluvias. Y es ahí, en ese lugar, donde comienza y termina todo. Porque más allá de la propia historia no hay nada.

Norogachi, con su plaza mayor nombrada así por los que no conocen las plazas de las ciudades, pues apenas es un rectángulo de tierra limitado al norte por la clínica, esa que atienden las monjas y que supervisa el doctor; al sur, por el río; al este, por la parroquia, y frente a ella, donde se pone el sol, la iglesia de Noro, así de cariño. El templo de Nuestra Señora del Pilar, de pie desde el siglo xvii, también es el *Komerachi*, la casa de la comunidad, la casa de la gente de Norogachi, pero también hogar de los de Rochéachi, Murachárachi, Papajichi y demás pueblos pequeños y desperdigados que cada tanto encuentran, justamente ahí, la alegría de reflejarse en el rostro de los suyos y bailar. Bailar para sostener al mundo. Danzar o morir.

Desde que llegó, Montejo se esfuerza por decir en su lengua lo que le alcance durante la misa. Ya dice el padrenuestro. «Ketí Onó…». A los niños del internado les divierte mucho. Lo visitan en las tardes para jugar, y Montejo se imagina Jesucristo, «dejad que los niños se acerquen a mí», pero en el fondo es él quien los espera, a veces hasta los busca, pues lo arrancan de sus angustias, de sus pesares, de sus demonios.

Comenzaron a ir cuando Matiana se contrató en la parroquia para hacer la limpieza, las tortillas, el café, lavar la ropa, barrer el patio, recibir a los peregrinos, atender a los enfermos, cortar la leña, prender la lumbre, cuidar el huerto, mientras Montejo reza y enseña la catequesis. Como Reyes está tiernito, extraña a su mamá, la Serafina, por eso empezó a darse sus vueltas a la casa de los curas, donde

trabaja su hermana, que le lleva unos años, aunque no tantos, para que le compartiera leche o un huevo frito. Pero sobre todo para que le regalara sus sueños, esos que la visitan en la noche y le enseñan cosas del mundo, de los rarámuris, de la tierra que los vio nacer y los arraiza. Matiana es la de los sueños. Sueños de baile, de violines, de luz.

—¿*Píri rimúri,* Matiana? —le pregunta Reyes por las tardes.

—¡Dinos qué soñaste! —corean los demás niños que lo acompañan.

Entonces Matiana les cuenta de venados cola blanca que cruzan el bosque hasta un claro. En el claro está el lago al que se asoman de noche para ver el reflejo de la luna, una luna grande y amarilla, del mero color de las tortillas que palmea mientras relata, y de ahí, de esa luna bebe el ciervo para agarrar fuerza, correr más recio, esquivar la flecha. Se ponen contentos los chamacos, porque presienten que ese sueño habla de ellos, de su pueblo. Se imaginan levantando muchos costales de maíz, comiendo *remekes* hasta hartarse, creciendo fuertes para correr descalzos por las veredas, juntos en las carreras de bola. Para bailar. Montejo espía cuando puede, en silencio, hasta que lo descubren… Dejad que los niños se acerquen a mí.

Jaloneado hasta el patio, se suma a sus juegos. Unos gritan, otros aplauden, la mayoría imagina que es fiesta y hay que bailar matachines. Montejo se suma, zapatea torpe imitando el canto del guajolote, el croar de las ranas, el ulular de la lechuza, ¡qué gracia le hace a Reyes!, pero casi no agarra el ritmo, es que es *chabochi.* Ya algún día lo va a sentir. Algún día. Hay que danzar o morir.

16
La risa fácil

La parroquia de Noro ya es la parroquia del padre Montejo. Así la nombran ahora. Qué le hace que lleve cientos de años de pie y él apenas pisó tierra rarámuri hace tres primaveras. Aquí el cariño se prodiga sin pasado, es puro presente. Ya es su casa ahora. Más de él que de Juancho, que sólo va y viene por toda la Sierra en su avioneta. Dicen que además de bautizar, trae colgando un regadero de hijos, dicen. A lo mejor por eso a él, luego de tantos años, no le regalaron el gusto de otorgarle su casa, aunque fuera nomás nombrándola. La parroquia de Montejo. Ese montoncito de ladrillos que otros, hace más tiempo del que a ninguno le cabe en la cabeza, construyeran allí mero, en el centro de esta historia: los lados de un cuadrado vaciado por un patio interior. Cada lado con su bloque de habitaciones aisladas, una tras otra. En la esquina izquierda, porque allí es donde el cuerpo lleva el corazón, está la cocina. Y mero al lado de ella, el cuarto de Juancho, ese que casi se quema una noche que se quedó borracho y fumando. El de Montejo está bien del otro lado, como queriendo huirle a la tentación, cual si fuera algo malo. Ya luego, entre una esquina y otra, hay cuartos para los visitantes que vienen de más lejos, el obispo, el del censo, el de la fundación. Para los de acá, dos galerones: el de hombres y el de mujeres. Y la capillita con sus velas, su cruz, su Virgencita. También está el lugar donde duerme Matiana desde que llegó a auxiliar a los curas.

—Mija, allí aprende usted cosas. Acá, sin su mamá, ¿qué voy a enseñarle yo? De perdida así, trabajando para la parroquia, tiene *cercas* la clínica, las monjas. Ellas son mujeres que no tienen familia y a usté siempre la han querido como si fuera de su misma carne, una hija. —Eulogio, convenciéndose más a él que a ella. Porque Matiana sí quería irse, le dolía la ausencia de su *nana* Serafina, los pasos arrastrados de su papaíto, el destino de Reyes. Eso era lo peor, ¿qué se le habrá roto adentro que a veces mira con esos ojos?

Así que apenas Eulogio le dio la noticia, empacó sus faldas, el collar de chaquira que fue de su mamá, y Matiana, la chaparrita, chiquita pero bragada, se arrancó solita por el cerro para llegar desde Murachárachi hasta Norogachi.

Llegó en febrero. El mero centro del frío. Cuando los arañazos del aire lo atraviesan a uno si anda por las veredas, cuando la helada cala los nudillos entiesándolos y el hacha se va chueca sin atinar a hacer leña. Ese tiempo, pues, que trae la soledad al pecho, porque nada calienta, nada canta, nada abriga.

Pero Matiana, que era casi una niña, sí que se fue cantando todo el camino. Así es ella. Ve día donde otros ven noche. Tocó tímida el portón. Y sí la oyeron. Ni tiempo le dio de bajar sus bultos; ya Montejo estaba abriendo. Cuántas ganas habrá tenido de ver a quien fuera de frente. Él y el padre Juancho, los patrones, habían acordado con Eulogio y la estaban esperando. Aunque había entrado mil veces de niña a corretear por los pasillos pelones de paredes, se le hizo que era un lugar diferente. ¿Será que ahora que dejó de ser niña se miran las cosas de otra manera? «¿O será que se ve así porque lo que tengo de frente es ahora mi casa?». No quiere responderse, pero sí se pregunta.

Montejo que «pasa y descansa»; Juancho, «quiubo, mujer», ella callada. No sabe qué decir, no sabe qué sentir. Se le arremolinan las emociones en el cogote y por eso se le atoran las palabras. Lo bueno que sabe hacer. Y se aplica: a echar leña a la estufa, atizar el fuego, amasar las tortillas, cocer los frijoles, hervir el agua. Los curas, mientras, toman café con galletas de animalitos. Ella, a un lado del comal, afanada; ellos, sentados a la mesa, hablando de cosas que han de ser importantes cuando uno es cura. La escena será la estampa de hartos días. De aquí para adelante.

Montejo es el que se aparece más temprano, menos los sábados, quién sabe a qué hora le da tiempo de asearse, pero siempre va con el pelo rojizo peinado para atrás, el paliacate en la frente, la camisa de cuadros bien fajada en un pantalón de mezclilla sin cinturón. Sus manos callosas parecen suaves, su voz arrulla, su mirada es como de agua y apacigua la sed. Montejo, el que piensa. Montejo, el amigo. Montejo, que luego de dos años, ya sabe hablar.

—*Kwira*, Matiana —la saluda siempre en lengua rarámuri. Y la ayuda a poner el café. A ella. Quién hubiera pensado.

En cambio, Juancho se aparece cuando la cruda lo deja, la camisa

de fuera, a veces desabotonada y cubriendo el cinto piteado que se ganó en una apuesta. El que tiene víboras bordadas. Juancho, el fornido, el de los bigotes tupidos y la voz ronca. Juancho, el de la risotada fácil, el piloto de la avioneta, el mitotero. Ése entra a la cocina y se sienta a esperarla a que le sirva el café. Así va a pasar Matiana tantísimas mañanas hasta que algo cambie, y entonces el camino se empine para otro lado, a un lugar que ahorita ninguno de los tres se imagina. Y sorben su café, en la parroquia de todos, en medio de la risa fácil de Juancho, que a Matiana también divierte.

17
Los Tres Chiflados

Ya se les hizo costumbre, se ven en la cocina del internado, que es más caliente y la atiende la Cristina, que es la mejor cocinando. Ahí se juntan todas las semanas. Juancho lleva tequila o ron o *brandy*, lo que haya encontrado en sus vueltas en la avioneta por la Sierra. Porque Juancho, además de tener troca, pilotea la avioneta de la diócesis. Esa que antes llevaba al legendario José Llaguno. Pánfilo, el anfitrión en la casa de los maristas, pone el guisado, o más bien lo pone la Cristina: pollo en tinga o salchichas con chorizo o huevo con papa y cebolla. Y Montejo lleva las tortillas, siempre las lleva él, las que amasó Matiana con el maíz fresco. Allí pasan las tardes echando cartas, dominó, cotorreando, tomando, lo que sea. Los Tres Chiflados.

—El Club de Los Tres Chiflados.

Desde que a Pánfilo se le ocurrió, así se nombran. Ya hasta los mientan igual los demás; ahí van Los Tres Chiflados, quién será el más loco de los tres, quién ya está menos bruto, cuál es más tomador, hay uno que no entiende nada. Los quieren a los tres, pero igual se ríen de ellos porque están llenos de costumbres raras. De recién llegados, ni uno sabía meterle mano a la tierra para hacer los surcos, ni sabían cuándo echar la semilla para ver crecer la siembra, ni las cosas que hay que hacer para que los conejos no se lleven las lechugas en las noches. Por eso les da risa. ¿Cómo llega uno a ser tan viejo sin saber apenas nada?

Montejo, el jesuita; Juancho, el diocesano; Pánfilo, el marista. Los Tres Chiflados. Esa locura que sólo existe si uno tiene menos de treinta años. Hay que estar loco para venir hasta acá a hablar de libertad y amor de Dios a los que andan descalzos y sin relojes. Si Dios es la tierra, es el norte, el sur, el este y el oeste, es el pueblo y tiene cara de tarahumara. Horas de teología intoxicada de alcohol y de ilusiones compartidas al calor de una estufa que hay que animar poco a poco con pequeños trozos de leña. Son tres amigos. Cómplices. A veces, el

doctor se da una vuelta, a veces, y entonces son cuatro. Pero en la clínica hay poco tiempo para pensar o hincarse a hacer oraciones. Hay que curar los males del cuerpo que apremian más que los del espíritu.

Aunque no todo es borrachera y risas. El alcohol no siempre les sirve para alegrar las lenguas. Muchas veces, más de las que quisieran, es para anestesiar la angustia de las sospechas. El padre Juancho vio algo desde la avioneta. Pánfilo, unas trocas de vidrio polarizado allá por la Mesa del Conejo. Montejo, un pueblo vacío al que recién fue a bautizar niños. Un rumor, un espasmo, una neblina. ¡Salud, pues!

—¿Que no ha sido así siempre? —Pánfilo a Juancho que creció en la Sierra.

—Así, así, no.

¿Así cómo? Ya mejor no preguntan. Ya mejor se sirven uno, dos, tres vasos. Mañana es viernes, el pueblo se vacía de niños que se vuelven a sus casas para abrazar a sus mamitas; se quedan nomás los que no se pueden ir, qué le hace si se acaban la botella y no abren ojo hasta la tarde. Acá las reglas las pone uno. O eso creen. Son tres chiflados.

18
Resaca de dudas

Se lo encontró en el pasillo, frente a su puerta, tirado, balbuceando. El alcohol impregnado en su camisa a cuadros, machacándole las sienes, lijándole el paladar. Matiana apenas entiende qué dice, algo estará tratando de acomodar en su cabeza o en su corazón, eso seguro, pero para adivinarle… Va a tener que pedirle a alguien que la ayude, solita no va a poder, ella es chapita, y Montejo es alto, pesado, fuerte. Aunque quiera, no hay forma de que lo pueda levantar para dejarlo en su cama. Tampoco quiere que se lo encuentren ahí. Si fuera otro no importaría, aquí la gente no se fija en eso; acá se entiende que a veces vivir es una pena y hay que espantarla con tragos para que la reemplacen las ganas. Pero con él es diferente. No está bien que lo vean así. Más le vale pedir ayuda.

—¡Montejo! —Lo sacude.

No va a lograr nada. No puede ni alzar la cabeza. Así que mejor se va para la clínica a que alguien le ayude. El doctor, tal vez. Entre dos sí pueden. Hay que alzarlo, allí recostado en su catre se le va a ir saliendo del cuerpo todo lo que se tomó en la noche. Pues ¿cómo habrá llegado de regreso? Se fue hasta Papajichi y, pues sí, ahí está su troca. Se ve que ya se conoce bien los caminos porque otro se desbarrancaría viniendo así de atarantado de tanto beber *teswino*.

—Había que acabárselo, ni modo que no.

Veinte litros y doce personas hacen malas cuentas. Tanto darle a la tierra con el arado para arrancarle esas mazorcas; no puede dejar uno que se bote el fruto de regreso al suelo. El campo nos lo da para usarlo. Además es el pago de la familia por ayudarle a poner las lajas en su techo, antes de que llegue el invierno y le empiece a caer la nieve adentro. Y pasa. Montejo ya lo ha visto. Se cuelan los copos por entre las rendijas y aterrizan en las narices de los niños que aún gatean, entonces los chiquitos se arrastran despacio hasta bien cerquita de la lumbre para que el frío no les cale, y sus mamás los

arropan, mirada al cielo que no perdona la pobreza y les manda la nevada justo ahorita que las láminas cuestan lo que cuestan y el dinero nunca alcanza. Atiza su *nana* la lumbre, caliéntate, mi niño, y se le arrepega porque el amor también alcanza para entibiar el cuerpo.

Por eso a Montejo si lo invitan a un *Yúmari*, se alista a la jornada de trabajo comunitario que se paga con la fiesta. Para no ver nunca más eso, niños a la intemperie dentro de sus casas, para ni siquiera imaginarlo.

—Tómate tu café, pues.

Las monjas le enseñaron a Matiana, tantos años de internado no pasan en balde, que lo mejor para la resaca son los duraznos en almíbar. Tiene unos pesos guardados y se va rumbo a la tienda, en la casa de la Guarupa, para comprar una lata, a ver si hay, a ver si con eso le vuelve el color a la cara, porque se apareció en la cocina más blanco que antes, y eso que ya es reblanco.

Una o dos cosas sí saben las religiosas. Los duraznos lo chapearon y ahora va camino a la clínica. Porque una cosa es hablar de los otros entre Los Tres Chiflados y otra es contar lo que su corazón le dice. Para eso busca a alguien más, al doctor si tiene tiempo. Para decirle qué piensa, pero sobre todo para decirle qué siente. Una resaca de dudas.

19
Cosas de Dios

Un año enterito se tardó en imaginarse otra cosa. Un año de puro dedicarse a cocinar para los curas, para la visita, para quien tuviera hambre. Un año de enseñarle a Montejo cómo se dice esto, cómo se dice lo otro. *Metzaka* (luna), *rayénari* (sol), *lowíame* (loco). Meses de ir a la tienda a comprarle sus Faritos al Juancho, veladoras para las fiestas, trapos para que todo se mire limpio a pesar de tanta polvadera en las secas. Matiana también llevaba mucho rato viendo cómo entraban las mamás a la clínica con sus hijos en brazos, llorosos sus ojos, veloces sus pasos. Veía cómo luego salían contentas u otra cosa, pero ¿para qué fijarse en las penas si también hay alegrías? Llevaba meses picándole la curiosidad en la cabeza, hasta que no le quedó más remedio que rascarse.

Fue entonces cuando empezó a darse sus vueltas por las tardes allá donde las monjas, a la clínica de Santa Ágata, con la avenencia del cura, al terminar su lección de rarámuri.

A ver. A eso iba nomás al principio. Miraba. En silencio, porque es en silencio cuando mejor se entienden las cosas. Esos que hablan mucho se gastan la vida por la boca. Ella no. Ella quería conservar sus fuerzas, para decidir lo que su corazón le mandara y que no la arrastraran a quién sabe dónde las ganas de otro. Si para eso tenía que hacer tortillas y cuidar borrachos, pues se aguantaba. Y sobre todo, callaba.

Poco a poco las monjas le comenzaron a dar encargos, de verla tan dedicada.

—Dicen que además de limpiarles la casa, le enseña tarahumara al padre —la más metiche.

—Se le notan las ganas de aprender —la más observadora.

—Podríamos enseñarle un par de cosas, nos hace falta la ayuda —la más pragmática.

Así fue como Matiana, sin buscarlo pero buscándolo, empezó a

completar sus días cambiando vendas, limpiando heridas, inyectando *bukitos*. ¡Cómo le gustaba eso! Lo feliz que se sentía con las sábanas cagadas en las manos. Es raro dónde uno halla el contento. Para Matiana fue allí. Curando lo que se pudiera. Curando fue llenando de calorcito su pecho, y de historias su lengua.

Juancho y Montejo la invitaron entonces a sentarse con ellos, juntos a la mesa. Para que les contara. Antes creían que por darles comida era indispensable, ¿quién puede vivir sin tragar?, pero no se habían dado cuenta de que también el hambre la tenían de historias. Y Matiana hablaba de hombres con huesos quebrados por el barranco, de mujeres con dos niños en el vientre, de niñas con miradas perdidas, de muerte, de vida. Los curas empezaron a callar por las mañanas esperando alguna novedad de la tarde anterior.

Matiana casi se corta un dedo en lugar de la cebolla, casi se encaja el hacha en la pierna y no en la leña, casi se va por el barranco camino a la tienda, todo por andar pensando en esa mujer de la clínica, tan parecida a su madre, cómo es que ella al final sí se pudo levantar para irse a su rancho, para seguir arrancando los hierbajos de su siembra, para darles de comer a sus hijos, para acariciarles su pelo…, cómo es que ella sí pudo y su *nana* no. ¿Por qué su mamacita, la Serafina, no? ¿Por qué a unos los acaba y a otros no la misma cosa?

Esas ideas le merodeaban la cabeza en las madrugadas, daban tumbos en su frente, buscando una salida que nunca hallaron. La de noches que no la dejaron dormir, soñar. Ya no aguantaba sin sueños. Entonces Matiana empezó a preguntar. A ellos, que entendían de designios del Señor. ¿Por qué? ¿Para qué? Quería entender. Volver a soñar. Cerrar los ojos y que el silencio la apaciguara.

Son cosas de Dios, dijeron. Cosas de Dios.

20
Mientras, el silencio

Cuando se vive en silencio, se escuchan lo que susurran las montañas. Así pasa en Norogachi. Cuánto habrá tardado el doctor en comprenderlo. Adentro de la clínica, con el ir y venir de los pacientes, el ruido distrae mucho. Pero hay gente que el silencio lo lleva dentro, como Matiana. A lo mejor fue su paso lento, callado, cotidiano, el que poco a poco lo fue empujando, orillando a parar la oreja y ver.

Los días en Norogachi pasan una gota tras otra, casi iguales, llueve el tiempo monótono o así pareciera, pero no. Si uno se fija bien, cuando el agua cae en el mismo lugar por mucho tiempo, perfora la roca, agrieta la dureza que parecía inmune; si uno se fija bien, descubre que los charcos tienen cientos de formas diferentes, o son profundos o superficiales; si uno está atento, entonces no se empapa los huaraches, sólo que si uno anda distraído…

Aunque no se distinga a simple vista un lunes de un martes, suceden cosas. Pasan en la parroquia donde viven Montejo, Juancho y Matiana; en el internado donde estudia Reyes, enseña Pánfilo y cocina la Cristina; en la clínica llena de monjas y que supervisa el médico. Aunque vista de fuera la vida uno diría que nada pasa, hay que aguzar el oído. Porque el silencio cuenta todos los secretos. Aquí la vida transcurre adentro de uno, más intensa, atraviesa el corazón y los sueños para transformarnos poco a poco. En silencio.

Ahí tienen a Matiana que todas las tardes sin pronunciar palabra se apresta a ayudar. Luego de acabar con su trabajo en la parroquia, cambia pañales, lava vendas, escucha. Porque sabe bien que el verdadero consuelo viene de mirar el corazón del otro. ¿De qué sirve la medicina para la tos si el pecho sigue lleno de miedos y pesadillas? Por eso Matiana escucha. *¿Cúmi atí surachíki?* (¿Cómo está tu corazón?), les pregunta. Y ellos cuentan, ellas lloran. El niño que se rasca con desesperación por fin ríe, el viejo de la herida supurante le enseña una canción de su niñez, la joven que agarraron los soldados se

deja abrazar.

Y mientras Matiana cura el cuerpo y otras cosas, Reyes se afana en estudiar los números y las letras, señala en un mapa lugares que no verán nunca sus ojos: Zacatecas, Sinaloa, Yucatán. Y sueña. Sueña que un día llegará hasta allá, a la costa de Veracruz, a las pirámides de Teotihuacán, a la capital. Pero ¿cómo? ¿Cómo hace uno si nació en Murachárachi, donde no hay más luz que la del sol, no hay más agua que la del arroyo, no hay más universo que el de la comunidad?

Y mientras Reyes sueña con ver mar, volcanes y selvas, Cristina sazona y canta. Canta porque la alegría le da sabor al guisado, le da calor a la masa, le da contento al café. Y en su cocina ella es ella. Más pájaro que mujer. Trina. Ya vendrán corriendo al rato a ocupar las mesas largas los internos, los *towicitos* inquietos sobre los bancos, que por aprender algo andan lejos de sus casas, para comerse el huevo con salchicha que reposa en los sartenes y rechuparse los dedos.

Y mientras la chamacada devora hambrienta el desayuno que preparó Cristina, Pánfilo mira su andar, de aquí para allá, de allá para acá, la boca semiabierta cuando sus caderas amplias esquivan un trasto, un niño, el roce de sus dedos que se alargan cada vez que pasa para tocarla. La gota que cae en el mismo lugar desde hace años y se abre paso para disolver la angustia, la culpa, la vergüenza.

Y mientras Pánfilo contempla, Juancho desayuna cereal con cerveza, apurado ya para ir a buscar en su avioneta al señor obispo a Chihuahua, que llegue a tiempo para la fiesta, la Semana Santa. Ya pasaron tres años de la llegada de Montejo y el prelado quiere ver con sus propios ojos a su pastor. A su rebaño. A Juancho siempre le ha chocado eso del rebaño, ¿qué chingaderas son ésas? Él, que creció pastoreando chivos, no aguanta la comparación, y al señor obispo le encanta, mi rebaño esto, mi rebaño aquello. Cabrón más ridículo. Ni son bestias, y tú, perdón, usted, de campo no sabe ni un carajo. Pero, bueno, hay que ir a buscar al mero mero, ya hizo votos de obediencia y ahora se aguanta, además no hay cosa que le guste más que surcar los cielos. Qué le importa si es con compañías ingratas. Apura, pues, el último trago de la lata de Modelo; quiere despegar antes de que se arrejunten más de esas nubes en el cielo.

Y mientras Juancho se alista, Montejo reza. No sabe bien por qué ni para qué, pero siente la intensidad de la súplica en su estómago, en su pecho, en su garganta. Un poco en los chorritos que escurren de sus ojos. Una oración tal vez sirva para espantar las dudas, para invocar

paisajes que no van a existir nunca, o quién sabe, a lo mejor nomás para entretener el tiempo que últimamente se apelmaza, ese transcurrir que se quedó sentado en el camino como un asno fatigado y no ha habido patada, por más fuerte que se la den, que lo haga avanzar para adelante. Así que reza. En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. En silencio.

El llanto de un niño, las carcajadas de los alumnos, el vaho del café, el motor de la avioneta. Amén.

21
El Judas blanco

Vestido con pantalón de mezclilla y camisa de franela roja cuelga, atado de una pierna, zangoloteado por las manos que lo sostienen en alto, justo al centro del atrio frente a la iglesia. El gentío alrededor. El final de la fiesta. La borrachera multitudinaria. Llevan cuatro días bailando, tomando *teswino,* tocando el violín, los tambores. Y ahora esto. El final. Corrieron a buscar palos, bien macizos para darle duro. Llevaba sombrero, pero lo perdió hace rato en el jaloneo. Ya le salen las tripas por un costado de tanto golpe, y es que hacen fila para atizarle los chingadazos. Hombres y mujeres, parejo. Los niños más grandecitos animados por sus abuelas; los pequeños en brazos de sus padrinos que los sostienen en alto para que lo alcancen, aunque sus porrazos son más bien caricias.

—¡Dale!

A coro todos. El alegre linchamiento. El carnaval. Unos ya no tienen ni fuerzas para seguir con eso. Se les ve desparramados por aquí, por allá, *enteswinados* casi todos, dormidos, algunos hasta roncan. Hay que acercarles la oreja para darse cuenta, con tanto grito, los ronroneos de la borrachera ni se oyen.

Reyes también está tirado a un lado de la parroquia; este año le tocó ser fariseo. Pintos y fariseos. El baile celebratorio. Y cómo le bailó, día y noche, los tres días sin cansarse. Ya ganó altura, y con ella, por fin, un lugar en la fila de los que zapatean. En el mismo grupo que Pánfilo. Pues sí, es hermano, es *chabochi*, pero lleva tanto tiempo acá que ya lo invitan al baile. A Montejo no le quedó de otra más que verlos, de lejos, la sonrisa falsa, la envidia que escuece. Fascinado, eso sí.

El primer día de la fiesta, bien tempranito, Pánfilo se le acercó a la Cristina para pedirle el favor. Si no era ella, ¿entonces quién? Cuando uno es pinto, necesita cubrir su cuerpo de motas blancas, pequeños círculos trazados con un menjurje calastroso, para que se note, pues,

que la piel es blanca y no morena, que es un pinto y va contra los fariseos, que se vea clarito quién es quién. Pánfilo se descubre el torso, hace frío, pero al rato la zapateada se lo va a quitar. Cristina sonríe. Pánfilo no sabe si la mueca es burlona u otra cosa, y sólo atina a darle una nalgada, jugando. Cristina se ríe, es de risa fácil como todas las mujeres de caderas amplias. Un círculo sobre el hombro derecho, despacio, bien dibujado, la mano de mujer firme; otro, al centro del pecho, hace tanto que no lo acarician; tres, cuatro, cinco en la espalda. Pánfilo fuga su mente a otros lugares porque debajo del taparrabos la fiebre empuja; los brazos, las piernas, el estómago. ¡Dios santo! ¡Maldita telita blanca que no disimula ninguna vergüenza! Pero Cristina no se aparta, al contrario, un círculo más arriba en la pierna, otro más abajo en el vientre. Pánfilo sujeta su mano, no sabe si apretarla o besarla y mejor la libera. Pero si no era la Cristina, ¿quién? Habiendo tantos chamacos en el internado que lo podrían maquillar…

—¡Gracias, mujer! —Pánfilo ya de pie bajo el marco de la puerta. La música afuera, el violín que llama.

Tres días se pasó Pánfilo distraído, contemplando los círculos perfectos trazados en su cuerpo. Tres días de ir y venir a la cocina de la Cristina. Su corazón más fuerte que el ratatatán de los tambores. Tres días. Fue sepultado y resucitó al tercer día. Cuando entró, agotado ya de tanto brincoteo. Cuando Cristina lo recibió, pocillo de peltre en mano, el agua tibia, el trapo suave.

—Venga pa acá, Pánfilo, que le quito eso que trae —la orden de Cristina.

Pánfilo, los ojos cerrados. «Lava, Señor, mis pecados». Cristina enjuaga el paño, el santo sudario, su mano, su roce…

—Atranca, pues, la puerta, Pánfilo.

Aunque nadie va a entrar ahorita. Están todos afuera, embriagados de linchamiento, dándole palos al Judas que armaron hace tres días, el que retacaron de paja, vistieron de *chabochi*, hasta con cinto piteado, pegándole duro, más fuerte, uno, dos, tres. ¡Judas traicionero! ¡Judas ladrón! ¡Judas asesino! ¡Judas violador! ¡Judas blanco!

Eso afuera. La crucifixión. Adentro, los muertos resucitan. Junto al fuego, en la cocina.

22
Voto de obediencia

Un café bien cargado, cuatro cucharadas de azúcar, una más para despertar, para mantener a raya la cruda, agua y jabón en la cara, camisa limpia, un sorbo de cerveza para calmar las ansias.

—¿Pos dónde está el cabrón ese? —Juancho pregunta por el obispo.

Qué necedad la de la gente, qué prisa, a qué tiene que volver tan pronto a Chihuahua, qué asunto tan urgente puede tener una sotana, qué puta monserga. Y así, con la resaca a cuestas de la fiesta de la Semana Santa, lo va a tener que llevar, ni modo, votos de obediencia, votos de pobreza, votos.

—Que lo alcanza en la pista —Matiana a Juancho.

Pues es que se entretuvo escuchando la confesión de Montejo. ¿Qué pecados se le pueden acumular a uno acá tan lejos? Lejos de la vida y de los placeres. No se va a tardar nada. Pero Montejo tiene que…, necesita confesarse, y no piensa hacerlo nunca con Juancho. Uno no le anda contando sus secretos al amigo de parrandas. A menos que esté bien pedo, sólo que entonces no cuenta porque siempre cabe el chance de echarse para atrás. ¿A poco yo dije eso? ¡No! No te creo. Así de fácil.

La avioneta yace al final de la línea de tierra. Hay que quitarle las piedras que topan las ruedas para que no se resbale a ninguna parte, hay que echarle gasolina, hay que espantar a los perros que se echan a tomar el sol en mero medio de la pista. ¡Quítese de ahí, chucho! A ver qué día se le atraviesa uno y termina clavando el hocico para abajo, la hélice revoloteando el fango, a ver qué día. ¡Pinches chuchos hijos de la chingada!

Le duele la cabeza. Y el señor obispo haciéndolo esperar. Por fin llega, por fin se sube, por fin el motor se enciende, por fin la carrera, por fin…

—¡Qué chingados! —Juancho metiendo freno. La choya del obispo

chicoteando para adelante y para atrás. Los dos se persignan.

—¿Nos quieres matar, pinche Pánfilo? ¡Qué te pasa! —Juancho, desencajado, se baja de la avioneta.

Pánfilo, que hace dos segundos agitaba los brazos frente a la aeronave, recupera el aliento.

—Necesito hablar con el señor obispo.

—Pues a quién mataron o qué pasó —Juancho alarmado.

—Es cosa mía —Pánfilo decidido.

Y Juancho le avisa al prelado, el obispo desciende, Pánfilo lo toma del brazo y lo aparta, un poco brusco, pero con delicadeza. Juancho maldice su suerte, su cruda, su servilismo. Tiene curiosidad, pero la cabeza le retumba, madres le valen estando así las turbaciones de Pánfilo. Pero hoy, la de Montejo no va a ser la única confesión que el señor obispo escuche. Y es que Pánfilo siente culpa de lo que hizo, nomás que está decidido a aguantársela para estar con la Cristina. Y si para eso tiene que dejar la iglesia, pues la deja, así se lo dice al mandamás, en confesión o amenaza, no está seguro. Y el otro, sopesando lo que acaba de oír, pensando quizá en voz alta, le dice:

—¿Quién va a dar clases en el internado si te vas?, son tantos niños, ¿quién les va a enseñar?, y las vocaciones de tiempo para acá andan escasas… —Repaso de posibilidades.

Pánfilo se encoge de hombros, sus preocupaciones son otras, más terrenales; el espíritu es fuerte y la carne es débil. Entretanto, el gran pastor cavila. Así de sopetón, pues qué va a decirle, lo único que se le ocurre es que lo mejor es hacerse pendejos, no dice pendejos, pero como si lo hubiera dicho. Usa otras palabras, eufemismos de los bonitos: no abandones, te necesitan, hay casos en que vale la pena tolerarlo. Sólo que no hay secretos sin cómplices y la decisión del obispo, si a eso se le puede llamar elegir, es contarle también a Juancho, nomás a él. Ahora al piloto: venga para acá, esto es delicado, no debe repetirse.

—¡Válgame, pues! —La cabeza de Juancho retumba, tanto alboroto nomás por eso—. Está bueno, así le hacemos.

—Que Dios te bendiga, hijo —el obispo a Pánfilo, la mano haciendo cruces en el aire. Y a Juancho:

—Usted ni una palabra. Apenas termina, se trepa al artefacto, ya se hace tarde.

Pánfilo, o su culpa, quién sabe, necesita explicarse, se enreda dando razones al cura de la avioneta: la historia, los detalles, las veces que

resistió, la pulsión, las ganas, para que lo entienda mejor. La carcajada de Juancho en cuanto se calla. «Éste cómo es bruto, se amarra a una habiendo tantas», piensa Juancho que nació en la Sierra y es lo que se usa. El hombre es hombre y la mujer, mujer. Pánfilo, «pero me toca obedecer al obispo», para que Juancho lo entienda. Y me quedo de hermano. Atendiendo el internado.

—Ya sé, ya sé, votos de obediencia —burlón Juancho mientras el obispo espera en el aeroplano.

Pánfilo nomás encoge los hombros, pues qué remedio.

—¿Y los de castidad, cabrón? —El remate de la burla.

Pánfilo no se ofende, al cabo sabe de los andares de Juancho.

El abrazo, el suspiro, la avioneta que levanta vuelo. Los votos, el pacto.

23
Esperanza y condena

Uno sabe que el tiempo pasa porque las personas nacen y mueren, pero sobre todo porque los niños crecen, no como lo hace la gente ya gastada, ya andada y repasada, no. Crecen de a poquito pero rápido, un día no saben hablar y al otro cantan canciones; un día andan gateando y al otro trepan las bardas persiguiendo a los guajolotes; un día se ríen en las mañanas y otro despiertan llorando. Crecen, pues, igual que las mazorcas, que empiezan bajitas, tiernitas, apenas una semilla en la tierra y a golpe de echar para arriba alcanzan el aire, el agua, el sol, hasta las estrellas. Así los *towís,* así las *tewekes.* Niños y niñas echando para adelante…

Ahí tienen a Reyes. Mírenlo. Si Matiana cierra los ojos, puede verlo clarito, bailando, imitando los pasos de aquí para allá en la fila de los de Sawéachi, atrás de Pánfilo, su maestro, su papá del internado. Para un lado y para el otro, como si lo tuviera mero enfrente, como si su memoria saltara al patio y lo pusiera a danzar.

Pero hoy es hoy, y ahora que han pasado casi dos años, Reyes ya alcanzó la altura del marista y lo mira de frente, lo reta. El pecho envalentonado, la barbilla que sube en un quiúbole, qué traes, un paso para adelante, dos de Pánfilo para atrás.

—Tranquilo, Reyes, pues, qué traes —Pánfilo nervioso. La mirada de Reyes alborotada, los ánimos desencajados, ya no se mueve para bailar, ahora su cuerpo dice otras cosas.

Así sabemos que pasaron los años, que Reyes que era niño ya no lo es. Matiana lo mira de lejos, piensa que debería acercarse, pero ¿a pedirle qué? Hace rato ya que no va para la parroquia y no sabría qué decirle, cómo apaciguarlo.

—*Kíti,* Reyes —se repite a sí misma, su corazón desbocado.

La escucha el doctor, está a su lado, y la oye murmurar. Habrán corrido las vibraciones de su súplica hasta el pecho de su hermano, habrá sentido la mano suave en el hombro, el murmullo en el oído, el

abrazo, la contención. Se calmó, pues, Reyes. Así nomás. Cabizbajo se dio la vuelta dejando a Pánfilo con la espalda contra la pared, a un lado de una puerta que debió abrirse y se quedó cerrada, jadeando. Se giró y arrancó, casi arrastrando los pies rumbo al monte. Nomás le alcanzó el bufido y la vergüenza para mirar de reojo a su hermana para musitarle un «*Arioshibá*, Matiana».

—Vaya con Dios —contesta bajito ella.

—¡Vaya con Dios! —le grita el doctor. Como traduciendo, con la desesperación de que se digan lo que se han de contar cuando se necesita y no después, no cuando el arroyo ya arrasó la cosecha por no alzar el dique con piedras a buena hora. No cuando las palabras estorban porque el silencio sembró la ponzoña del malentendido, el escozor de la rabia, la grieta que presagia la herida.

—¡Vaya con Dios, Reyes!

Entonces la Cristina asoma la cara por la terca puerta, habrá escuchado el segundo grito, y seguida de la cabeza, la barriga, esa que le viene creciendo desde hace unos meses y que marca con tantísima claridad el paso del tiempo. Barriga redonda como el mundo entero. Entonces Pánfilo agacha la mirada, como lo hizo apenas Reyes, y se escurre para adentro. Se esconde de la evidencia de esa panzota, aunque también le da gusto. Pero la Cristina no. Ella se luce, está contenta, siempre le ha gustado hornear, y ahora el horno es su mera entraña. Siente el calor y la levadura que esponja al niño, o a la niña, quién sabe.

Y el tiempo pasa para que nazcan los que tengan que nacer y para arrancar la niñez del corazón de la humanidad. Con años y balaceras. Esperanza y condena.

24
Tortillas de harina

Nació niña. *Teweke*. De noche para que la viera la luna. En otoño, justito antes del frío, al calor de la lumbre, en la cocina. Apenas sintió el mundo y la inundó el olor a manteca de las tortillas de harina, las que su *nana* Cristina, su mamacita linda, horneaba por las noches cuando no podía dormir. Kilos y kilos de tortillas que iba regalando a quien quisiera extender la mano. De harina, no de maíz. Le gustaba sentir la masa blanda, mullida, mientras gozaba la danza inquieta en el mero centro de su cuerpo. Cuerpo de otro cuerpo. Y pues se ponía a pensar por qué de maíz no las hacía, habrá sido la manteca, habrá sido la intuición que para allá la empujaba, como si el hambre supiera cosas antes de que uno las sepa de cierto.

Cuando nació su Martita olía a manteca. Cada huequito de su cuerpo.

—Te llevo a la clínica —Pánfilo a la medianoche.

—¿Para qué? —la Cristina.

Las crías saben a dónde tirar para alcanzar la vida, para dar la primera bocanada y soltar el llanto. A la clínica uno va cuando no tiene respuestas, y Cristina no se está haciendo preguntas en ese momento. El cuerpo intuye. Y ella confía porque es valiente. Los líquidos, la sangre, los dolores. Todos son parte de una sinfonía milenaria, pero Pánfilo está aterrado. El director de la escuela ¿qué instrucciones puede dar si tiene lo inminente enfrente? Tiembla. Los labios blancos. Cristina lo mira. Se conmisera un segundo, uno nomás, porque para pujar necesita toda su atención y fuerza.

—Huele a manteca —el hombre también sabe llorar.

—Marta, así mero que se nombre —la madre que escucha con contento el llanto.

Una niña, dos pechos, una cocina.

Ya mañana, arropada Martita, saldrá su *nana* Cristina con ella en brazos para pasearla, llevarla a la parroquia, a la tienda, a la clínica.

En la parroquia, la bendición, el agua santa, los rezos. En la tienda, los pañales de regalo, la mantita, más harina. En la clínica, el estetoscopio, la báscula, el visto bueno. Risas, abrazos, bromas. Pánfilo tardará un poco más.

—¡Qué, pues, Pánfilo! Ya viene siendo la hora de que se pavonee con la chamaca, ¿no cree? —Juancho que no se enreda en reglas ni etiquetas.

A veces uno sólo necesita la aprobación de afuera para darse cuenta de la propia alegría. Y sí, el papá está requete muy orgulloso.

—Si está rechula la niña.

Y sí, es regordeta y risueña. Como su mamá. Qué suerte contar con tanto cariño en una sola casa. ¿Cómo va a ser eso pecado? Pánfilo sigue sin respuesta. Pero está feliz; lo demás, por ahora, no importa.

25
Sueños de niña

Nació la Marta, la de Pánfilo y Cristina. Y ahí van, siguiendo con sus vidas como si nada hubiera pasado, ciegos a la fisura por la que ahora se cuelan otros sueños, no contados todavía, pero más poderosos, sueños de esperanza, sueños de niña. Caminan, pues, engañados. Montejo de la parroquia a las casas vecinas para hacer la visita, platicar con la gente, estar, dice él; Matiana, por los pasillos largos de la clínica que quiere ser hospital, con su calma de siempre hasta que no le queda de otra y corretea ajetreada; Cristina, la bebé a cuestas, calientita en su rebozo, va y viene por el comedor, sirviendo atole de avena a los chiquillos entre risa y risa, bostezo y bostezo; Pánfilo, pasos largos por los corredores del internado, apurando al que no se ha levantado aún, la Sierra no es lugar para la güevonería, eso de ceder a las ganas de descansar no sirve para sobrevivir. ¡Levántese, flojo! Y así, parece que nada ha cambiado. Van y vienen. Vamos y venimos.

Sólo que Martita, regordeta y risueña, irrumpió vida nueva en el correr de los días, trastabilló el ritmo del latir de los corazones, descompuso todo sin que nadie se diera cuenta, porque así pasa con las risas recién llegadas… Aunque uno siga creyendo que el curso de las cosas se tuerce cuando alguien se acaba, peor si es amigo o padre o madre o hermano, la verdad es que no. A veces la muerte no cambia las cosas. Sólo la vida es capaz de rasgar siempre la realidad, hincarle el diente y succionar la pulpa que lleva dentro, tanto tiempo escondida en el fruto prohibido. Fisura el tiempo la vida, es así, y lo hace con el llanto de una niña que nadie puede ignorar.

Pero si no somos águilas para ver de lejos ni coyotes para atravesar la noche con los ojos, ¿cómo nos vamos a dar cuenta de lo que viene? Ninguno de ellos puede prever, echar su mirada más allá del segundo que habita. A la mera Matiana, con sus premoniciones, o el *owirúame*, pero ¿los demás…? Así que no hay de otra más que seguir hasta que

llegue la realidad a embestir, chivo furioso, y nadie la vea venir, directito con sus cuernos bien plantados en las nalgas, el tope certero, haciéndonos volar y aterrizar de sentón sobre la arena a la orilla del río que cruza Norogachi. Los moretones, las mentadas de madre, el dolor. Sobre todo el dolor que antes era alegría. Y ahí anda uno, atarantado y contento, ¿cómo, si no? Mejor así. Aunque tendríamos que haber aprendido luego de tantísimos años de lo mismo. Pero no, de los animales, el hombre es el que menos instinto tiene, ha de ser la luz eléctrica que distrae de lo que es importante, porque desde hace siglos no nace niño ni niña sin que haya consecuencias en su casa y en las de sus vecinos, más si es en medio de montañas como éstas.

En la Sierra los corazones laten al unísono, corean juntos, y una nueva voz siempre cambia la tonada. Mar-ti-ta, Mar-ti-ta, pum-pum, pum-pum. Mar-ti-ta.

—*Kíti,* Martita —la Cristina mientras saca el pecho y acaricia la mollera.

—*Kwira*, Cristina. —Matiana que se acerca, quiere cargarla, sentirla tiernita entre sus brazos, y va a tener que esperar a que se sacie, a que se duerma. Así que se pone a cotorrear con la Cristina. Antes no había tenido tiempo ni algo qué decirle, ella es de Murachárachi y Cristina de Nawéachi, poco se conocen, pues, pero la niña la atrae, no sabe por qué.

—*Kwira* —Cristina que extiende la mano, roza los dedos de su compañera, le sonríe.

Algo ve en la mirada de Matiana que se desamarra el rebozo y entrega a su niña, a su Martita, para ver cómo la arrulla otra mujer, otra *mukí* que también es capaz de quererla con ternura, de prodigarle caricias, arrumacos que bastan para hacerlas amigas, las mejores; luego serán comadres, cómplices, *norawas*. Matiana y Cristina, la de Pánfilo.

Nació Martita para componer y descomponer sin que nadie se diera cuenta. Ya luego verán cómo reacomodan todo. Mientras, la amistad es lo que prevalece. Mar-ti-ta, Mar-ti-ta, pum-pum, pum-pum. El sueño de una niña que no sabe aún que sueña. Marta duerme tranquila.

26
Lenguas secas

La Sierra tiene ojos y oídos. Quién sabe cómo habrá escuchado Eulogio eso de que Reyes se le puso al brinco al maestro, a Pánfilo, que se dejó venir, así a media semana, sin motivo alguno, no vino a buscar cigarros, ni frijoles, ni cobijas. Nada de eso. Tampoco vino Eulogio por andar enfermo ni traía mordida de cascabel en los tobillos. Ni siquiera carga bultos en los que se adivinen repollos o calabazas o acelgas para vender. Frescas de su huerto, el huerto de Eulogio es uno de los más famosos. Y es que cuando siembra, conversa con la tierra, le cuenta sus anhelos, y el monte que es sabio lo escucha y le regala cada temporada verduras rozagantes y hermosas, maíz fuerte y orgulloso, para que le alcance a él, a su familia, a su comunidad completita si hace falta.

Nomás que ahora Eulogio viene aprisa y con las manos vacías. Entra al pueblo por la vereda del este, sale junto con el sol entre los pinos, se asoma desde arriba y mira, en un cuadrado casi perfecto, la parroquia, el internado, la clínica, la iglesia. Bajará por el lado del arroyo. Tiene sed y más vale que tome algo de agua. Recorre el camino veloz, si va rápido olvida que se está haciendo viejo, y eso le seca la lengua. Ya abajo, toma agua. Por fin amaneció y se piensa ir directito a la parroquia a buscar a su hija, Matiana, para averiguar razones, para entender por qué Reyes, su Reyes, el más bueno de Murachárachi, el que ayuda sin que se lo pidan, el que pastorea las cabras mientras canta en canciones sus sueños, el que ya aprendió a tallar la madera y hace víboras, conejos, venados con sus manos, por qué él, y cómo, se puso bravo con Pánfilo. A ver qué dice su hermana.

Matiana y Eulogio esperan. Esperan, porque la curiosidad no es lo mismo que la urgencia, a que Juancho desayune y cuente dos o tres chistes, a que Montejo se levante rumbo a la capillita, a que por fin hierva el agua para poner más café. Y entonces sí, con la taza caliente entre sus manos, cuatro o cinco cucharadas de azúcar después,

Eulogio pregunta, pero Matiana no sabe, sólo puede contar lo que vio, que no fue mucho.

—Papaíto, va a tener que preguntarle a él…, o al Pánfilo —Matiana apenada, la responsabilidad del lazo de sangre aplastándola, pero qué le va a hacer, desde que se estiró ya Reyes no le cuenta muchas cosas.

Pues qué remedio, a Eulogio le hubiera gustado no tener que preguntar, siempre hay dos versiones para todo y la verdad nunca se sabe. Y al rato, ¿que dónde anda Reyes? Que lo manden llamar, que lo busca su papá. Y Reyes sabe de qué se trata antes de escuchar las preguntas y por eso se acerca cabizbajo, piensa que él tiene la razón de lo sucedido, pero aun así no son las maneras que le han enseñado en su casa de hacer las cosas.

—¿Por qué, mijo?

No necesita decir más para que corra libre el río de las palabras, para que Reyes explique que Pánfilo y la Cristina, que el maestro es marista y no está bien, que no puede dejar que lo regañe el que da esos ejemplos… Y entonces Eulogio lo frena, el dique que contiene el cauce, no entiende la indignación de su hijo, era natural, Cristina y Pánfilo, los dos solos, encargados de tanto chamaco, cómo no iban a acompañarse como lo han hecho en estas tierras hombres y mujeres desde siempre. No entiende los pensamientos de su hijo y se preocupa. Se angustia casi, aunque no es capaz de averiguar de dónde vienen, mejor no le pregunta de dónde saca esas ideas. Tal vez el silencio las ahuyente. Mejor no indaga y lo reprende para ver si así endereza el rumbo.

—No, mijo, usté no tiene derecho de ver para abajo a sus grandes.

Reyes no está de acuerdo, pero va a callarse. Intuye que de poco va a servir tratar de explicarle a su padre que Pánfilo no debe, nunca, que hizo un compromiso antes. Y calla, mejor. Silencio. Eulogio lee en sus ojos la simulación, comprende que no ha sembrado la semilla, pero no insiste. Silencio. Y se despiden. El papá finge irse tranquilo, el hijo se finge obediente.

Ya luego hablará Eulogio con Pánfilo, él le contará mentiras, ¿qué le queda si no? Y eso al viejo no le importa, se imagina sus razones y lo compadece un poco.

—Cuídemelo, pues. —Y Eulogio extiende su mano para despedirse del marista—. Y si hace falta, me manda traer.

Pensando se irá todos esos kilómetros de regreso a sus plantitas, a sus surcos, a sus mazorcas. Lejos de ahí. Pero no es la distancia la que

separa a la gente, es el silencio. Y padre e hijo arremolinaron las palabras en sus lenguas para no sacarlas. Silencio.

Parece que es fiesta allá afuera, pero no es. Montejo se persigna, en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, dentro de la capillita. Rezaba por estas tierras, por su gente, por él, «te ruego, Señor, hazme justo, aléjame del pecado de la soberbia», y es que la gente de fuera llega aquí creyendo que lo saben todo, que entienden mejor las cosas, pero no comprenden nada, incapaces de asomarse de lleno a los misterios del corazón humano, proponen cableado eléctrico, violan el monte para meter la tubería, cercenan los pinos y los venden, porque es el progreso. «Dame, Señor, un corazón humilde», suplica, *Sucristo, tamí natemá*, pide a Jesucristo que tenga piedad de nosotros. Esa piedad que nace de las entrañas, que hermana, que duele. Amén.

Así estaba cuando lo espabiló el movimiento allá afuera, quisiera decir corretiza, pero los pies ligeros rara vez se mueven atemorizados, cuántas cosas habrán visto que ya poco los asusta, pero hoy es diferente. Cuando Montejo Lobo sale de su capillita lee la angustia en la cara de Matiana, a quien no logra detener antes de que se enfile a la clínica.

Juancho, en el umbral de su cuarto, el portón abierto de par en par, el perro huesudo que se cuela dentro.

—Pues, ¿qué pasa? —Montejo Lobo intrigado.

—La Martita, algo tiene. —Juancho bosteza y se estira.

Ahí van los dos para la clínica, el silencio les golpea la cara como una ráfaga de aire hirviendo apenas abren la puerta del hospitalito y se cuaja en sus entrañas, es más cruel con las de Montejo, le entra el remolino cual si fuera roca al mero centro del estómago y amenaza con arrastrarlo al fondo de aguas profundas y oscuras. Montejo bracea hacia la superficie, saca la cabeza, por fin la bocanada de oxígeno.

—¿Dónde está?

La niña arde en fiebre. La toca, el doctor explica, hay que llevarla a Guachochi, a Parral mejor, ahí pueden atenderla con los

medicamentos necesarios, como se debe, necesita cuidados especiales, no la libra más de una hora. Juancho baja la cabeza, la avioneta está descompuesta.

—¡La puta máquina se chingó! —Juancho golpeando la pared con el puño.

Montejo no alcanza a ver el boquete que deja porque ya corrió, ya buscó las llaves, ya está arriba del Jeep de la Compañía de Jesús y toca el claxon fuera de la clínica.

Hay que llevarla a Parral y para allá vamos. Matiana, en silencio; Juancho, que pocas veces reza como hoy; la Cristina, acariciando la cabeza de su hija que arde; Martita, en los brazos de su madre pegada, aferrada al pecho que es la vida, y el doctor que hoy no pudo hacer nada más.

—¿Y Pánfilo? —Ya el motor andando, el *clutch* presionado, la palanca en primera, Montejo duda.

—Borracho —sin rencor la Cristina. Así era su padre y el padre de su padre.

Se arrancan, pues, por la terracería. No van a llegar a Parral, está muy lejos, dos horas después llegan a Guachochi, y habrían tenido que seguir otras dos o tres horas hasta Mineral del Parral, allí donde mataron a Pancho Villa, y la chamaca está en llamas.

Todos miran al experto.

—A Parral no llegamos, hay que llevarla al hospital rojo, al del imss —sentencia el médico con la seguridad de quien no conoce el futuro.

Y para allá van. Juancho, que no ha dejado de mentar madres por su avioneta; Montejo, concentrado en el camino, pataleando fuerte para que no lo ahogue la angustia; Matiana, acariciando el brazo de su amiga que sufre; Cristina, contemplando a su niña; Martita, con una fiebre altísima, descontrolada.

Paran por fin frente al Hospital Rural de Solidaridad número 26. Cristina baja aprisa y el que sabe da las explicaciones. Urgencias. Toca esperar. Como no hay dónde sentarse, siguen todos afuera, parados frente al carro. Salvo doctor, niña y madre.

Nomás saliendo la Cristina sin su niña en brazos, Montejo cae de rodillas.

—*Sucristo, tamí natemá* —los brazos al cielo suplican piedad al Jesús de sus sosiegos.

Entonces la Cristina no aguanta más y llora, solloza más bien,

mientras Matiana la arrulla intentando un consuelo que no es posible. Juancho huye del dolor profiriendo palabrotas y mentadas de madre contra el Creador del universo, de este pinche universo culero. Pero ya la están atendiendo; las palabras frenan al rebaño que dos segundos antes galopaba sin control rumbo al precipicio.

—Va a estar bien, aquí sí tienen las medicinas que necesita —confirma el médico.

Montejo se pone de pie; Cristina saca un pañuelo y sopla vigorosamente; Juancho musita algo —seguramente una disculpa al Todopoderoso—, y Matiana sonríe, una sonrisa brillante, cálida, hermosa. ¿La ves, Montejo, su sonrisa? Claro que la ves.

Sucristo, tamí natemá. Ten piedad de nosotros.

28
A grito pelado

La música a todo volumen. El *cassette* de trova latinoamericana que tanto le gusta a Montejo y le recuerda a su grupo, La Fauna, casi revienta las bocinas del viejo estéreo. De tanto repetir la cinta ya se la están aprendiendo los demás en el coche. Para cuando lleguen a Norogachi, irán coreando al unísono las canciones de protesta. Al fin y al cabo, no hay felicidad más grande que la que nace del alivio de haber vencido a la muerte, ni mejor manera de expresarla que el canto. A grito pelado, eso sí, no es momento de andarse con sutilezas ni de afinar, más vale dejar desbocarse a la alegría, yegua ansiosa de arrimarse al corral donde hay alimento, harta cebada para el espíritu. Van contentos. Poquito más y terminarían tomados de las manos como le hacen los aleluyos de Cuauhtémoc, los que viven junto a las colonias de menonitas manzaneros. Pero no es para tanto y mejor se dan a la tarea de planear la fiesta para recibir como se debe a la Cristina y a Martita, la resucitada, que regresarán una semana después cuando las traiga el Pánfilo, que aún no se ha enterado de nada por andar tras la botella, y va a sentirse feliz a destiempo.

El domingo es el día perfecto para la discada. Bien entrada la noche del sábado llegaron los peregrinos de vuelta a su pesebre, niña en brazos, sana y salva, rescatada del mandato de Herodes, que aquí tiene cara de enfermedad ponzoñosa, con su papá al volante y su mamá dándole pecho. Ya descansaron, ya se asearon, ya están listos para celebrar. Al séptimo día.

Montejo acarreó un montón de leña desde la madrugada, antes de sus rezos, antes de la misa, antes del sol, y cantando la dejó apilada a la orilla del río, bajo el gigantesco encino que más tarde les regalará su sombra en lo que cocinan, sobre el viejo disco de un arado, el revoltijo de carne molida, salchichas, papa, cebolla, jitomate, y si alguien lo lleva, hasta un poco de tocino.

Matiana llegará con las tortillas recién echadas, sin haber ido a

misa, porque ni falta que hacía, la comunión se la van a echar ahí mero todos con un taco y con unos tragos de cerveza, que ésas las va a llevar Juancho, pues sin pisto no hay celebración digna de ese nombre, piensa.

Reyes es quien enciende la fogata, además consiguió una grabadora y un bonche de cintas que le prestaron sus compañeros del internado, los grandes como él, para amenizar el convivio. Aunque Montejo también lleva su guitarra, la afinó desde anoche, estuvo practicando trova, corridos, rancheras… Cantaba regular anoche, pero tocaba con mucho entusiasmo para que Matiana lo oyera, y sí. Ya nomás faltan por llegar los bendecidos con la vida, pero como la celebración es de todos, no esperan más, al gozo no es fácil contenerlo, por eso Juancho, Montejo, Reyes y Matiana ya ríen, ya platican, ya se abrazan.

Por fin ahí vienen, Pánfilo, Cristina, Martita y un segundo hijo que está ahí, diminuto y desconocido para el resto del mundo, salvo para su madre. Más abrazos, canciones, brindis. La felicidad se expande como las ondas de las piedras que lanzan los chamacos que corretean por el lugar, observándolos, antes de volverse a sus casas, de alcanzar a sus mamás que se enfilaron luego luego de regreso nomás terminando la misa.

—¡Adiós, padre Montejo! —Le gritan sorprendidos de verlo rasgando acordes a todo pulmón. Las carcajadas.

Montejo es el más contento. Por fin ha entendido que ésta es su familia, y mientras pisa el re, el sol, el mi, le escurren lágrimas hasta la nariz aguileña. Reyes lo observa, quieto y anonadado, preguntándose si habría de ser cura, uno siempre quiere ser eso que admira, además de que en la Sierra las opciones son el narco o el seminario, y a su abuelo los chutameros le quemaron hace poco el campo para sembrar lo suyo, así que… La cosa es que no le gusta rezar, no entiende bien cómo se hace ni para qué… Tal vez son las mañas que le aprenden a uno a la hora de prepararse para la ordenanza. Tal vez. Pero si le enseñan a tocar y a cantar así, no sería mala la idea. Se imagina a sí mismo respetado, admirado, querido.

Reyes y Montejo se miran y juntos se avientan la estrofa del coro «cambia, todo cambiaaaaa», versión masculina de Mercedes Sosa. Montejo lo quiere como a un hermano pequeño, lo ha visto crecer, madurar, hermosearse. Y el amor es cuestión de tiempo y persistencia, cinco años ya, por eso el suyo hacia el muchacho está bien afianzado. Quiere también a Juancho, que por años lo ha arrancado de las garras

de la melancolía con sus risotadas, sus albures, sus ocurrencias. La pretendida dureza del diocesano, que en realidad tiene el corazón más grande de la Sierra, a él no lo engaña, y lo quiere por eso, porque es bueno y se empeña en parecer lo contrario. A Matiana ni se diga. Y a la familia de Pánfilo, uno de Los Tres Chiflados, la siente tan suya como a su propia madre, como a su propio padre, o más aún. ¿Y el doctor?

El doctor no va a llegar a la discada. Eso que amenazaba con matar a la Martita ha ido marcando de desgracia una casa y luego otra y otra y otra. El día de los Santos Inocentes. Nomás que no hay gasolina que alcance para hacer el mismo recorrido a Guachochi una y otra vez, llenos de angustia, para después volver cantando, a grito pelado. ¡Salud!

29
Siguen soñando

La fiesta pasó, que para eso era fiesta, si no, sería otra cosa, y no les quedó más remedio que volver cada uno a sus rutinas, que en la Sierra tienen la fuerza de un monolito y detienen el tiempo de tajo. Por eso la gente ahí no sabe decir si tiene cuarenta, cincuenta o cien años, al cabo da lo mismo. La vida se cuenta en bailes y jolgorios; el resto de los días se ocupan en hacer y contemplar. Contemplar el paisaje que mima o amenaza, calor y heladas. Así es, así era y así va a seguir siendo. El tiempo serrano siempre acomodando en su espacio a los que pasan por ahí o se quedan.

Montejo se quedó. Con el hallazgo de una familia que lo parió entre tacos y canciones, no podía hacer otra cosa. Siguió, pues, con sus misas, sus acompañamientos, sus oraciones, concienzudo siempre. Ocupando sus tardes en leer poemas y libros de filósofos y teólogos, como si el secreto de las cosas estuviera impreso en las páginas de algún panfleto, habrase visto. Mirando su reloj para no llegar tarde a la cena. ¡Su reloj! Atado al tiempo y con ínfulas de desentrañar eso que es la libertad. ¡Ya deja de mirar ese cacharro!, le diría Eulogio, pero él se regresó a su ranchería y en la parroquia nomás viven tres almas…

Mientras Montejo se enredaba los sesos, Juancho piloteaba de un lado a otro del mundo rarámuri una avioneta que fertilizaba, sí, pero regando hijos y carcajadas hasta en los pueblos más recónditos. ¿Para qué si no está hecho uno? Tanta cosa cabrona sólo se aguanta si hay gozadera. Aunque también bautizaba y echaba los santos óleos, pero ése no es el tuétano de la existencia. Es otro.

Matiana también andaba allí, haciéndose de un lugar en la clínica con cada curación; de una amiga con cada plática.

—Ya se te nota la cría, Cristina.

—Ayer soñé que era niño…

Cristina sentía cómo le revoloteaba adentro el chamaco, habrá sido

su corazón o a la mera se estuviera riendo de tanta tontería que las amigas se contaban, mientras no sea llanto, que no sufra, que no sufra, ay, Dios, se decía de vez en cuando Cristina.

—Vieras, Matiana, Pánfilo anda bien culeco pensando que es *towí*.

Y sí, Pánfilo gozaba de la paternidad y de la bebida casi con la misma emoción. Sólo Reyes divagaba dentro de su cabeza, mirando a los otros, pensando en su destino. ¿Qué va a hacer cuando se acaben sus días en la escuela? Se imagina al lado de su papaíto, arrancando la hierba que se enreda en las matas para ahogarlas, dándole a la tierra duro con el azadón para levantar un puñado de costales de maíz que con suerte les alcance para pasar el invierno. La nieve ya mero llega, ya mero. Y sueña con hacer otra cosa, burlar su destino. Pero ¿qué más puede hacer aquí? Mejor no se hace cura. Y sueña.

Todos sueñan. En los sueños es donde está la vida verdadera, la que uno quiere, la que uno anhela. Sueños de niños y caricias. Sueños de aventuras. Sueños de amaneceres y trinos. Soñar. Todos juntos el mismo sueño. Eso quisiera Eulogio que pasara. Como sucedía antes. La mirada puesta en el horizonte, los pies zapateando al ritmo de los violines, el baile que sostiene las cuatro columnas del mundo, los pinos que se menean de un lado al otro al son de los tambores. Todos danzando al unísono. Bosque y pueblo. Al cabo son uno solo.

Pero eso sólo pasa en las fiestas. La rutina empaña los sueños que son muy escurridizos, y al que se distrae se le escapan del corazón para convertirse en otra cosa, algo como un deseo malsano que no encuentra su lugar en el bosque. Contemplar y recordar para aferrarse a los sueños. Apretarlos fuerte mientras se zangolotean como truchas recién pescadas de la presa. Y que no se le resbalen a uno de las manos. Más vale. Porque no soñar es como no tener corazón. Engañar a la rutina que acecha.

Veranos, otoños, inviernos. Rutina. Quién sabe cuánto tiempo habrá pasado pero allí siguieron todos. Algunos hasta siguieron soñando. Algunos.

30
Triste y tarde

Un día amaneció triste, así nomás. Triste y tarde. Ya había cantado el gallo, las gallinas alborotaban la tierra revolviéndola con sus picos y hasta un par de perros se habían puesto a ladrar cuando Montejo abrió los ojos. Estaba triste. O más que eso, abatido. Pero ¿por qué, pues? La angustia es así, le va entrando a uno igualito que hace el moho con la madera del puente del río, aparece una tarde en una esquina y, en silencio, avanza poco a poco hasta que lo impregna completo, deja su baba resbalosa y verdecina en cada uno de los tablones y ahí espera, paciente. La gente se acostumbra a verlo porque es bien fácil hacerse a la idea cuando el paisaje cambia lento, cotidiano, sin ruido. Nadie lo nota hasta el día en que un chamaco o una vieja resbalan, se parten la espalda o caen al agua y se ahogan. Todo por el moho. Cuando abrió los ojos, Montejo Lobo ya traía bien enmohecido el pecho. Algo adentro le andaba resbalando y no sabía bien qué.

Entonces hizo como si nada.

—Primera vez que te gano, cabrón —Juancho que ama las cosas mundanas—. ¿Te quedaste dormidote?, o ¿qué hacías hasta ahorita encerrado en tu cuarto? —La risotada de siempre.

Montejo hace como que se ríe. Juancho le hace eco sincero, contento de saber que su compañero también atiende asuntos carnales, no sólo del espíritu. Y es que no sabe que Montejo tuvo que rezar, pedir fuerzas a un Dios que ya no cree todopoderoso para que le ayudara a ponerse de pie, para darse ánimos y levantarse de la cama, vestirse, calzarse sus botas y salir, una mañana más, a ver esas montañas que rodean el pueblo, notar el aire helado en la cara, escuchar el cacareo en los corrales y al viento que derrapa entre los pinos. De pie, al centro del patio, siente de nuevo un silencio dentro, muy hondo, aferrado a un hueco detrás de los pulmones que no sabía que tenía y que en cada paso le roba un poco el aliento. Por eso aprieta lo dientes, para contener el llanto y disfrazarlo de risa. Luego

le da un golpe en la espalda al diocesano, más para distraerse a él mismo de su propia melancolía que al cura piloto de su engaño.

—¿Vas a Murachárachi hoy? —le pregunta a Juancho.

Los dos saben de qué están hablando; Reyes no aparece por ningún lado. Matiana se fue hace días a buscarlo, tal vez haya agarrado camino de vuelta a su comunidad, con su papá Eulogio. Tal vez. Aunque hay algo en el corazón de Montejo que lo duda, no sabe bien cuál es el motivo, y también le vio la duda en los ojos a Matiana antes de que se fuera.

—¿Quieres acompañarme? —Juancho, generoso siempre.

Montejo no irá. No puede dejar sola la parroquia. Va a esperar, asediado por el moho que no cede, no cesa de avanzar, no para. Juancho se irá solo en la avioneta, así es más rápido y lo que más le gusta es volar. Le gustaría al Lobo volver a esos días de Los Tres Chiflados, de los brindis y las apuestas con cartas, nomás que Pánfilo ahora tiene una niña y un bebecito y muy poco tiempo libre. Ya casi no lo ve. Así que se va a quedar esperando solo. Y va a rezar, mucho, de rodillas, con la cabeza agachada, la frente sobre los dedos entrelazados. Sin fe o con muy poca, pero necesita hablar con alguien, aunque no le responda. ¿Será que lo escucha? En tus manos me pongo. Pero el maldito silencio oxida la esperanza. Padre nuestro que estás en el cielo. Lo que él quiere es gritar. Escupir maldiciones al viento y que se las regrese el eco para abofetearle la cara y sacarlo de su letargo. ¿Dónde chingados está Reyes? ¿Cuándo regresará Matiana? ¡Maldito moho! Dios no va a contestarle, no puede, ni siquiera Dios se dio cuenta de la herrumbre que reptaba por la Sierra cautelosa y empecinada. Ni siquiera Él. Silencio. Ojalá se escuchara el alboroto del internado a lo lejos, ya ni eso, son vacaciones de invierno y andarán por sus casas echando leña a la lumbre. Silencio. Nomás se oyen las gallinas que cacarean alegres afuera porque no saben que tarde o temprano les partirán el cuello para luego desplumarlas, vaciarles las vísceras y devorarlas en medio de carcajadas celebratorias. Lo demás es silencio.

31
Es una rana

Hasta Guachochi fue a dar buscando a su hermano. De raite en raite. Llegandito puso aviso en la xetar, para que toda la Sierra supiera que lo andaba buscando, que lo esperan en su casa, ¿se habrá perdido? Pero si Reyes se conoce bien todas las veredas, las ha recorrido desde niño miles de veces, por eso les es más útil. Ya iba resignada de vuelta a la parroquia de Noro, paso a pasito por el camino principal del pueblo, hasta la parada de la Rapidita, la Suburban esa que lo lleva a uno hasta allá. Pasandito frente al cuartel vio a los muchachos. Formados, bien derechos.

¡Firmes! ¡Ya! El sargento gritonea.

Todavía con sus trapos de hogar: camisetas, pantalones de mezclilla, huaraches, tenis. Parados y tiesos, gordos, flaquitos y algunos hasta desgarbados. Pero eso sí, todos esforzándose por parecer material soldadesco, que se crea, pues, que pueden hacerla de milicos, aunque nomás sean adolescentes, unos apenas con tres pelos por bigote. Niños casi, bien aferrados a un posible futuro de camuflaje y granadas, una salida de metralla a la miseria de sus mesas sin pan o de golpes de un padre borracho. Acuartelados.

Pobrecitos, piensa Matiana, andan buscando la gloria sin sospechar siquiera que más allá de esa fila de cuartel están las fauces de un vacío que lo engulle todo, como hacen las garzas cuando se tragan completos a los patitos ingenuos si se cruzan por su camino en el pantano que es este país. Estaban de espaldas los muchachos. Y se le hizo que esos hombros se parecían a los de Reyes.

¿Será mi hermano? Pero él sí tiene quien lo cuide, quien eche tortillas para darle el almuerzo y un papaíto que lo abraza cada vez que lo ve y ni toma. Mejor cierra los ojos y aprieta el paso. Le da miedo comprobarlo. Preferiría no saber, aunque ya sabe su corazón. Quisiera echarse a volar bien lejos de ahí.

¡Pelotón! El grito viaja lejos.

Cómo le gustaría ser pájaro ahora mismo para levantar el vuelo un segundo antes de que la troca la arrolle. O al menos liebre, porque nueve de cada diez libran las llantas con un salto antes de que las atropellen. Pero se siente rana. Rana en épocas de lluvia, desvalida ante las trocas que circulan a toda velocidad por caminos tristes, grises, envidiosos. Allí se ven esas ranitas nomás queriendo subir al monte para librar las aguas del río, para que no las arrasen. Y allí terminan. Despanzurradas. Adornando el camino moteado, moteado de sangre, moteado de tristeza, moteado de muerte. Es una rana más en el camino. Se quedó atrás aplastada con la visión de su hermano allí formado. Le croa el corazón y va a tener que arrastrarse casi como culebra, de regreso por donde vino, explicar lo que no tiene explicación que valga. ¿Qué le va a decir a Eulogio? ¿Y a Montejo? ¿Qué le va a contestar cada vez que le cuente de un Dios misericordioso? El buen pastor que cuida a sus ovejas. Ovejas sí. Directito al matadero, pero primero van a trasquilarlas. La lana es valiosa por estos parajes. Lana de corderos. No son pájaros ni liebres. Puros sapos y borregos. Animales de ofrenda. Ella también.

La Rapidita cuesta 120 pesos, siempre le ha parecido cara. Aunque hoy, con gusto pagaría dos pasajes de vuelta, pero va sola. Y se va a sentar entre dos *chabochis*, de ésos con sombrero, cinto piteado y chamarra que cubre el bulto de fierro que llevan en la cintura. En silencio va a soportar el traqueteo del espíritu que se le revuelve en cada bache de la terracería. Tres horas hasta allá. Por caminos grises mientras piensa. Al menos no es chutamero. Seguro ha de haber una diferencia entre ser militar o ser narco. Tiene que haberla. No es lo mismo la rana que la liebre. Aunque las dos salten. Ella es una rana, quisiera ser liebre, al menos.

32
Cineclub los jueves

La noticia agarró vuelo y alborotó a todos en el internado. Entonces Pánfilo se aprestó a organizar algo que los distrajera, no se les fueran a colar ideas de esas en la choya a los chamacos y una mañana resultara que se le escaparon en estampida a seguir al compañero en andares que no son de aquí, a plagarse de costumbres que corrompen las almas jóvenes a base de puro chingadazo. Porque si alguien tenía empuje era Reyes, todos le querían seguir los pasos.

Así nació el Cineclub. Cada jueves por la noche. En jueves tenía que ser porque la Rapidita va y viene con encargos los miércoles y ése era el día que Pánfilo podía mandar traer, directito de Guachochi, la ciudad de la Sierra Tarahumara (Creel es para puro turista y está más lejos) una película vhs del Videocentro Video David. Allí mero ofrecen, por una módica suma, lo más nuevo del cine nacional y también internacional. Claro que la calidad no es lo que se dice sobresaliente, a veces la cámara brincotea o se escucha la risotada del que graba la piratería, pero en general los estrenos se veían casi bien y eran muy entretenidos. Duró muchos años.

Por eso Matiana pudo ver, junto con su comadre Cristina (recién amadrinó a su niño, Cirilo), *Brujas*, que según les contó Pánfilo era un libro de un tal *Roaldál.*

—¿Cómo se te ocurre, Pánfilo? Ponerle eso a los *bukitos*… Andan todos azorrillados, durmiendo de dos en dos en las literas, abrazaditos los pobres, viendo bien fijo la cara de cada maestro como tratando de descubrir si uno no será bruja y se pasea por ahí viendo a qué hora convierte a un niño en ratoncito —la Cristina cansada de consolar escuincles por noches enteras—. Unos hasta desconfían de mí.

Pues cómo no iban a ponerse así. Si la tele recién la trajeron al internado de los maristas y hasta que no empezó el cineclub sólo se usaba para la Telesecundaria en las tardes. Y luego va Pánfilo y les pone esas cosas. Si cuando vieron la película de *Karate Kid* hasta hubo

unos que le pedían lavar la troca del internado todas las mañanas, diario, diario, que por favor, que yo se la dejo limpiecita, pero si limpia está, ándenle, pues, muchachos, pero no lleguen tarde a clase. Y ahí se miraban, un grupillo, cada quien con un trapo dándole a la pulida de las ventanas como si fueran pupilos del mismísimo míster Miyagi… El colmo fue cuando se pusieron a practicar patadas voladoras encima de las literas, hasta que uno se cayó y se abrió la ceja… habrase visto. ¡Carajo! ¡Ésas son chingaderas!

Pero a Pánfilo le hacía gracia. Se divertía horrores contándole por las tardes a Juancho las ocurrencias de los chamacos. La de pendejadas que decían nomás por ver películas.

—Van a pensar en sus casas que los estás volviendo locos —Juancho que no es tan bruto como parece a veces.

Pánfilo lo pensó y mejor invitó a los padres a eso del cineclub, que se volvió cosa familiar, y ya las mamás se enteraron por qué llegaban sus hijos a la casa a decir tanto sinsentido. Ahora que todos iban ya entendían esos cuentos de peces habladores, muñecos que se amonstruan con el agua y demás barbaridades que salen en la pantalla. Además era gratuito. Qué le hace que tuvieran que apretujar sillas, bancas y hasta cubetas para sentarse bien arrepegados unos de otros; valía la pena con tal de asomarse a mundos que jamás se hubieran imaginado.

La favorita de Matiana fue *Bailando con Lobos*. Ojalá, deseaba, a Reyes le pasara como al teniente gringo ese que al final sí comprende que no está bueno andar de soldado, que está mejor arrimarse a la vida sencilla, como le hizo Montejo, que también es Lobo y entiende a los indios. Pero su hermano no lo comprendió antes, y ahora menos, pues anda metido con el ejército, haciéndole al revés que el actor de la película; dejando su pueblo para asirse de un cuerno de chivo.

A Cristina le gustaban más *Los Cazafantasmas*, *Volver al futuro* y *Duro de matar*. No leía nunca los subtítulos, pero ni falta que le hacía, ella nomás iba poniendo en la boca de los personajes lo que se le iba ocurriendo, y cada vez que repetían la función, tampoco había tanta variedad de videocasets, la historia la acomodaba como mejor le parecía. Ya en la noche le contaba a Pánfilo la película que ella había visto, y a veces hasta era mejor que la original. A veces. Otras era pura tarugada. Y así le decía él.

—Ahora sí te salió pura tarugada, mi chula loca.

Pánfilo prefería los dibujos animados, *La sirenita*, por ejemplo, y

hasta se le ocurrió formar un coro para ensayar las canciones, pero al final fracasó. A los niños les gusta más andar afuera persiguiendo mariposas o lanzando piedras al río que adentro con ejercicios de solfeo y canturreando *Bajo el mar*, pues ¿qué es eso?, si al mar allí no lo ha visto nadie.

Montejo también iba. La mitad del tiempo no ponía atención, se entretenía con problemas imposibles y se le escapaban horas y diálogos. Y cuando sí seguía la historia, se la pasaba convenciéndose de que ver tanta cosa allí, rodeados de la magia de otro mundo, era buena idea. Pero casi siempre perdía el debate consigo mismo y no, no le gustaba el cineclub. Aunque mejor se callaba porque a todos, sin excepción, les parecía la mejor noche de la semana. La ficción salva. Pero a veces mata, como en *La Sociedad de los Poetas Muertos*, que al muchacho lo descalabra un mundo sin poesía. No vaya a ser. Lo bueno es que allí la poesía abunda y los espectadores hasta a las malas películas les aplaudían. Pánfilo y su cineclub de los jueves.

33
La Sierra descobijada

Falta uno. Y su ausencia hace presente todas esas cosas que habían ido desapareciendo a lo largo de los días, los meses, los años. Eulogio iba cada vez menos a Norogachi, ya ni siquiera los domingos; el camino de vuelta se había hecho largo y densos los pensamientos, que ya no iban alegres de ver a su niño crecido, aprendiendo, contándole historias de números, de compañeros, de juegos.

Ahora, cada vez que va de visita, se sienta con Matiana en silencio, los dos jalándole las riendas al recuerdo del que ya no está, deteniendo, a fuerza de callarse, las palabras que se les arremolinan en la mera punta de la lengua y que mejor no dicen para no caer por el despeñadero de lo que habría podido ser, del en qué andará ahora, del qué estará pasando por su cabeza, qué cosas verá, oirá, vivirá por allá, por dónde anda, por allá con los que está.

Mejor quedarse callados, y eso es difícil cuando están juntos, de frente, sorbiendo café y remojando en él galletas. Así que Eulogio va poco. Hoy es domingo de misa y su hija lo espera, una vez más en balde.

Ya mañana Matiana se afanará en la clínica. Allí sí hay jóvenes a los que aún puede auxiliar. Ahí ahuyentará, casi sin darse cuenta, a la zozobra. Y se sentirá menos sola.

El padre Montejo guarda también silencio. Juancho lo nota cada día más ensimismado. Se preocupa. Detrás del silencio puede haber cualquier cosa. Un Lobo desamparado. Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado. A mí y a la Sierra. Cada día más descobijada, desposeída de sus pinos, la tala clandestina. Pero es sacerdote y se debe a sus fieles.

—Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros.

Devoto, alza el cuerpo de Cristo con las dos manos, tiene ganas de aullar, pero se reprime; aquí no, Montejo Lobo, es la casa del Señor.

Las monjas, acomodaditas en la primera fila, se persignan. Amén. Los demás, rarámuris, esperan pacientes que el cura termine su sermón para ir afuera, acomodarse en semicírculo frente a la cruz del atrio y escuchar al *chérame*, gobernador del pueblo tarahumara. Ésas son las palabras que de verdad importan. El mensaje que cobra significado. El que entiende quiénes son y qué buscan. Montejo lo sabe y le cala el desasosiego porque coincide: él también necesita estar afuera y, por fin, escuchar al viejo. ¿Qué le deparan los días por venir?

La avioneta de Juancho cruza el cielo; las miradas hacia arriba, las manos agitándose entusiastas, allí va Juancho. ¡*Arióshiba*! Un niño se escapa y corretea el aeroplano. La carcajada a coro. Montejo quisiera ver el mismo contento en su rito, quisiera ver la misma sonrisa en la cara de Matiana cuando él habla, quisiera querer otras cosas, pero quiere lo que quiere y eso lo inquieta. La felicidad es aún posible. Y ella está en medio de la comunidad, existe cuando se reúnen todos. Pero falta uno.

34
Mirada de odio

Ojalá las palabras le borraran a uno las pesadillas, así como Montejo o Juancho les borran el pecado original a los chamacos echándoles agua en la mollera. Ojalá fuera así de fácil. Pero primero ella tendría que creerse lo que le dicen, pero de verdad, así, en el mero centro del estómago. Sólo que ya se le acabó la fe. Y aunque uno asienta, se diga creyente, bien adentro la verdad lo alcanza. Si creyera… a lo mejor así se le espantaban a Matiana las visiones que le llegan por la noche. Y sí, bien que quisiera creer, tener eso que tienen otros bautizados, rarámuri *pagótuame*, lo que en el templo dicen que es fe. Pero a ella se le perdió, a la mera y nunca tuvo.

Ya viene otra vez la noche. Y con ella, el mismo relato. Nomás cerrandito los ojos, se le aparece Reyes. Su hermano, el único, el hijo de Eulogio y la Serafina, el de las manos mágicas para la siembra, el de la espalda ancha, el de sus juegos, sus memorias, su niñez. Cómo le gustaría que así la visitara en sueños, pero desde hace rato se le aparece como es ahora, así como lo vio la última vez. En el camión de redilas, una mano para no caerse; la otra, agarrando fuerte su cuerno de chivo. A Reyes ya se le olvidó cómo abrazar a su gente, se le habrán escapado los abrazos junto con las balas que salen del cañón de su arma larga. Por allí se le habrán ido poco a poco. A su Reyes. Cómo les gustaba abrazarse en las noches de invierno junto a la lumbre, cuando todavía cabían los dos debajo de la misma cobija. Cómo se reían con los cuentos de su papá, cómo se ilusionaban con los sueños de su *nana*. Pues ¿que no escuchaban los dos las mismas historias?

Ahora Reyes anda todo de verde, trae gorra, no collera; botas, no huaraches, alucines en lugar de sueños. Seguro algo les dan para que aguanten tanta sangre. Ya se lo notó Matiana en sus ojos la última vez que lo vio. Ésa es la mirada que la despierta en las noches. Mirada de odio. Un ak-47 le apunta a la mera frente, la mano mágica, un gatillo,

una risa, el grito nocturno.

¿Dónde habrá quedado su Reyes? Quién sabe. ¿A poco esas son cosas de Dios?

35
Plegaria de primavera

Cerró los ojos una vez más y otra y otra. Qué necio el cuerpo que no la regresa a una a dormir. No sabía qué hora era, pero debía ser un punto a medio a camino entre la noche y la clareada. Ya empezaban los primeros retoñitos de los pinos, ya se presentía el alboroto de los animales y las primeras flores silvestres, pero la primavera no acababa de llegar. Así era algunos años, lenta, caprichosa, aparecía cuando ya todos ansiaban su presencia. Presumida. Así este año, y a Matiana, aunque ya no podía volver a dormirse, le atacaban las ganas de quedarse para siempre en su cama, con el brillo del calentón en la cara.

Aún hacía frío, y mucho. Quien no ha soportado el frío serrano, no lo conoce en realidad. La heladez se cuela por las axilas, le sube a uno desde los pies y termina por recorrer muslos, entrepierna y brazos hasta entiesar los dedos, todos, los veinte, y ahí se queda, retando la supervivencia de su huésped, un parásito que aterra. Por eso la gente tiembla.

Pero ése es un miedo contra el que se puede luchar; hay otros peores e invencibles. Así que Matiana mejor se puso de pie, habrán sido tal vez las cuatro de la mañana del final del invierno, y salió de su cuartito rumbo a la parte trasera de la cocina para cortar leña, buscar ocote. Como andaba bien metida en sus propias miserias, no vio que la estufa ya aluzaba, ni vio la figura larga y maciza del Lobo que se frotaba las manos contra sí y los ojos cada tanto. Lloraba, quedo, casi inmóvil. Lloraba como lo había hecho ya tantas madrugadas antes de encaminarse a la capillita a rezar, a suplicar, a pedir con fuerza algo, lo que fuera, cualquier cosa que alejara la bruma de los malos presagios. Te lo pido, Jesús, hermano. Intercede ante el Padre por nosotros. Se le olvidaba entonces el episodio bíblico del huerto, se le olvidaba que el Padre no había aparecido sino hasta tres días después de la muerte de su hijo. Quizá por eso el llanto de

medianoche.

Cuando iba a entrar a la cocina lo vio, por la pequeña ventana del patio. Cómo agitaba los hombros, sollozaba. Entonces se le resbalaron las lágrimas que había estado arreando para adentro, se le escurrieron bien lento calentándole la cara que ya estaba helada y enrojecida de andar afuera y con el pinche clima. Matiana abrió despacio la puerta y eso lo espabiló. Giró la cabeza para mirarla.

Otro día hubiera salido aprisa y sin decir nada, pero la vio a ella también agüitada, o algo peor; percibió un corazón estrujado como el suyo. En el dolor profundo es donde está el vínculo verdadero. Y ellos, Montejo y Matiana, eran ahí, de pie, frente a frente, dos figuras dolorosas y dolidas. No hubo qué decir mucho; el amor crece con más fuerza cuando resurge de la desdicha.

Montejo rozó su mano, luego su hombro, su mejilla, el cuello. Matiana, rarámuri al fin, se dejó hacer, aunque sin avanzar también ella, tímida y contenta. En otros tiempos habría dado un paso atrás, lento y discreto, eso sí, pero no ahora. Él le besó la frente y ella se arrimó poquito más a su cuerpo. Los labios, el cuello, detrás de la oreja. Ella lo detuvo, pero sólo para atizar el fuego con la leña que recién había cortado. La mañana aún estaba lejos y el frío que asalta justo antes del amanecer es el más rabioso. El tambo de metal se incendió, incandescente.

Montejo entonces la besó de nuevo. Se besaron. Fue él quien primero se quitó la camisa, intuía que tenía que ser así, que primero ella conociera su desnudez. Las botas, el cinto, los pantalones. Es hermoso el Lobo, pensó Matiana. Y sí era. El calor se sentía en el aire de la cocina y en el de sus pulmones. Matiana dejó resbalar sus faldas, amplias y floreadas como las usan las mujeres tarahumaras, hasta el suelo; el padre Montejo le quitó despacio la blusa.

Sobre el piso pusieron una de las cobijas que guardaban para los días más helados, justito frente a la lumbre. Luego se tendieron ahí para abrazarse. Qué hermosa es Matiana, pensó Montejo. Y sí era. Con un dedo recorrió su nariz, sus labios, su cuello, los pechos. Uno por uno, sin prisa alguna. Juancho andaba en quién sabe qué ranchería y el portón de la parroquia estaba bien atrancado. Por fin, Matiana acercó su boca a la de él y lo besó por iniciativa propia.

El amor es como la primavera, derrite el hielo que cubre los corazones para dejar que otras cosas retoñen, y es carnal, siempre. Porque es con las manos y la boca que se ara la tierra del cuerpo para

que le crezcan bríos y ganas de vivir. Por eso se besaron tantas horas; el calor había tardado demasiado en llegar y necesitaban invocarlo, juntos, uno solo, en una plegaria milagrosa, en un canto gregoriano. El aullido de Montejo, la risa de Matiana, al unísono, el beso al final.

Dormitaron hasta bien entrada la tarde, desperezándose sólo para repetir el mismo rezo, más veces, muchas veces. Por los siglos de los siglos, amén. Y sus plegarias fueron escuchadas, por ellos mismos y nadie más, porque las susurraban sólo para sus oídos, lejos de los juicios y de los curiosos, lejos del dolor y el desamparo, lejos de todos y cerca el uno del otro.

Aunque se haga la remolona, la primavera siempre aparece. Y con ella, el sol, la vida, la esperanza. Los besos. El amor verdadero.

36
Vuelve la alegría

La alegría regresó a sus corazones.

Matiana volvió a tararear sus melodías en las mañanas de camino a la clínica y a contar historias a los enfermos, pero sobre todo a escucharlos de nuevo.

Ya tenía rato que le hablaban y ella distraía su cabeza en otros lugares. La extrañaban. Las monjas, el doctor, sólo que siempre había sido reservada y ninguno se atrevió entonces a preguntarle.

Ahora, una vez más, se notaba pies ligeros.

—Era que no le gusta el frío.

—Pero si ya están todos impuestos a eso, aquí crecieron.

—Yo crecí con sopa de col y nomás de pensarlo me dan ganas de vomitar.

—¡Hermana!

—Hay cosas a las que uno nunca se acostumbra y seguro así ella con el frío.

—No, no, es algo más —la monja más suspicaz.

—¿Qué entonces?

—Bueno, bueno, ya basta de chismorreos, hay mucho que hacer y no es asunto de ninguna de nosotras.

Siempre hay una aguafiestas en los conventos. Ni hablar. Así dejaron las disquisiciones para otro día y se fueron a hacer lo que hacían todos los martes.

Cristina sí que se dio cuenta. Podía ver en el cuerpo de su amiga que traía encargo, es fácil reconocer en el otro la experiencia propia, así lo supo con la certeza del que comparte un camino. Pero no le iba a preguntar nada, ni siquiera se atrevería a hacerle una broma, no tarda Matiana en darse cuenta de que algo le crece en las entrañas como a ella de nuevo. Tal vez nazcan juntos, calcula que para el próximo invierno. Es lindo amamantar con la nieve cayendo afuera, cerca de la lumbre. Le da gusto por su amiga. Así que cuando se la

encuentra, la abraza, y a Matiana le desconcierta. Ésas no son maneras de rarámuri. Los tarahumaras al cruzarse en el camino tocan el hombro al de enfrente, luego su propio corazón y se rozan la punta de los dedos, no cierran el puño, no aprietan la mano, se dan cariño con libertad, que es el único que cuenta. Y ese día, camino a la clínica, Cristina abrazó a Matiana, no pudo evitarlo. Algo le habrá visto en la cara que se arrancó a dar explicaciones.

—Comadre, pues traigo ya encargado a mi tercero y ando con harto contento encima.

Ha de ser eso, asiente Matiana, y se sigue de largo, canturreando.

Montejo, por su parte, afinó la guitarra y se embarcó en la idea de enseñar a tocarla a los chamacos. Varios fueron los que se le acercaron, y así arrancó su nuevo grupo: El Arca de Noé. Allí se la pasaba en las tardes entre acorde y acorde, risa y risa, rasgando la guitarra, coreando trova e imitando a todos y cada uno de los animales de la selva, a petición de los chiquillos. Ajeno a la revolución que se avecinaba en el vientre de su enamorada, eso sí. Pensando, casi orgulloso de sí mismo, lo bueno que había salido para la doble vida, para ocultar la sangre alborotada, pero ni tanto. Juancho supo nomás de verlo al día siguiente. La caricias dadas y recibidas se le arrepegan a uno en el cuerpo, lo dejan casi pegosteoso de deseo, brillando de gozo. Y así andaba Montejo, sudando hormonas. Hasta el perro de la parroquia se le arrimaba a aparearse con su pierna cada vez que cruzaba el patio. Se reía Juancho, fuerte, feliz de ver a su compañero de nuevo ilusionado, con un anhelo distinto, sí; se reía Matiana, enamorada y cómplice; se reían los chamacos, divertidos y burlones, alguno hasta se atrevía a imitar la escena con una compañera sólo para recibir un empujón que lo sentaba de nalgas en la tierra; se reía el doctor que también tenía un perro jarioso, y las monjas, y Cristina y Pánfilo. Había vuelto la alegría a los corazones.

—*We ganire surachiki*.

¡Qué contento va mi corazón!, pensaba Matiana, sentía Cristina, gozaba Juancho, agradecía Montejo. Se olvidaron de Reyes. Eso hace la alegría.

37
Miguel, a secas

Eulogio se puso feliz, su corazón hinchado como la redondez de la barriga de su hija, su mente puesta en la fiesta que va a hacer cuando nazca su nieto… o su nieta. Las lluvias habían sido generosas y en sueños se le aparecía un invierno dulce y dócil, así que para la cosecha segurito levantaba muchos, pero muchos, costales de maíz para cocer harto *teswino* y convidar a todos. Se imagina que llegan desde Rochéachi, Norogachi, Nawéachi, de todas partes, hasta Murachárachi nomás para celebrar y ponerle nombre al bebé de la Matiana y Montejo. Además el mismísimo papacito del bebé le iba echar las aguas en el bautizo y ése sí que era motivo para bailar toditita la noche sin cansarse.

Montejo, en cambio, recorre con pasos largos y pausados el patio, de un lado a otro, león enjaulado, la cabeza baja, las manos entrelazadas detrás de la espalda, la mente en remolinos, un perro persiguiéndose la cola. Matiana, su mano sobre una panza que se agita cobrando vida propia, sonríe creyendo que tiene enfrente a un padre nervioso. Y es que los partos son trances que inquietan. Ella misma a veces siente desasosiego. No en balde ha visto nacer a niños de pie o de nalgas o con el cordón bien enrollado al pescuezo. Ay, no. ¿Para qué pensar en eso si también nacen con la frente en alto, llorando recio y dando bocanadas de aire y vida? ¿Qué rondará por la cabeza del Lobo? Inventa, conjetura, concluye. Está nervioso porque cada día falta menos. Pero no. El padre Montejo revuelve una y otra vez las ideas descartándolas una tras otra, porque sabe que tendrá que dar explicaciones al obispo, al superior de los jesuitas, a su madre, a su padre. A todos lo que viven exiliados de la magia y aún exigen razones donde no hay que darlas, porque el impulso de vivir no debería nunca cuestionarse. Entonces las va a dar. Explicaciones donde no las hay. Para su sorpresa, el obispo, el superior, su madre y su padre aceptarán resignados que es padre, sí, pero de verdad, no padrecito.

Su mamá, que por encima de todo es devota de su hijo, hasta va a alegrarse. Abuela. Abuela de Miguel si es niño. Miguel como su padre al que tanto quiso. Miguel como el arcángel que derrota al dragón y salva las almas del demonio a la hora de la muerte. Miguel que salvó a su hijo. San Miguel Arcángel. Ojalá aprenda a hablar bien el español, también inglés, que estudie, que vaya a la universidad… ella está dispuesta a recibirlo en su casa para que se haga un hombre de bien. ¿Un hombre de bien?

Matiana quiere que siga el ejemplo de los suyos, de su papaíto Eulogio que sabe mirar el corazón de los hombres y respeta la tierra como si fuera su mismísima madre. Se imagina una niña alegre o un niño risueño. Macizo, recia, como su Lobo; sabio, intuitiva como su papaíto; libre, pies ligeros. Rarámuri. Como ella. Porque en la Sierra de nada sirve ser un ángel si uno no sabe usar los pies para recorrer los caminos, perseguir la pelota, danzar. Miguel, el de las carreras.

¿Miguel Ángel? No, Montejo, Miguel solito. Así nomás. Eso de los ángeles a mí me pone nerviosa, va a confesar Matiana con el niño bien pegado a la teta recién nazca. Y nacerá como ella quería, empujando la cabeza con las fuerzas del cauce de un río crecido para aterrizar en las manos del doctor, que ya es su amigo, y por eso va a llorar de gusto al verlo tan sano y fuerte.

—Qué escuincle tan vigoroso.

El llanto que exige pecho y arranca carcajadas de gozo puro. Montejo, con un nudo en la garganta, acaricia suave la mollera de su primogénito, incrédulo de sus propias sensaciones. La verdadera fe está en los brazos de Matiana ahora mismo, que es *nana* de su hijo, madre de un milagro, mamá de su Miguel, la sagrada familia. ¿Cómo es posible sentir tanto amor de tajo? Va a explotarle el corazón o algo peor, no se puede ser tan inmensamente feliz sin consecuencias. Te amo, hijo. Mi Miguel. Matiana, que poco sabe de palabras, besa la frente de su niño mientras el chiquito succiona la leche que le brota con cada latido. Palabras de amor, besos de adoración. Éste es el sacramento de nuestra fe.

Mientras tanto ya andará Eulogio desempolvando las ollas para hacer el *teswino*, la abuela Inés alistando las maletas para ir al fin del mundo, ¿y el pueblo?, el pueblo feliz, que cada vida nueva es la esperanza de su raza.

Miguel. A secas. Anunciamos tu vida, proclamamos nuestra adoración, amén.

38
Compadres, ahora sí

Pedro nació tres días después, a la misma hora. Ya desde entonces coincidían; ser mejores amigos estaba enraizado desde el principio de los tiempos. Pedro y Miguel. Cristina y Matiana. Pánfilo y Montejo.

A Montejo le hubiera gustado bautizarlos él mismo, pero el obispo y su superior se lo prohibieron, en algo tenían que mostrar su descontento, su decepción, y no se les ocurrió mejor cosa. Así que Juancho bautizó a los dos chamacos el mismito día. Con todo el *teswino* que ofreció Eulogio, Pánfilo se puso la peor borrachera de su vida y dejó a la Cristina a cargo de dos chiquillos, un bebé de meses y un mastodonte más bulto que ser humano. Ya casi se estaba acostumbrando.

Montejo —qué diferencia— no hizo otra cosa que procurar a su mujer y a su niño. Trajineando de aquí para allá con tal de tenerlos bien atendidos.

—Si me descuido, Montejo, vas a querer echar tortilla también; ya váyase para allá y déjenos a las mujeres hacer lo que nos toca, pues —Matiana un poco abrumada.

Sólo entonces se sentó Montejo a un lado de su suegro para incorporarse al ritual de pasar la güeja de mano en mano y beber, todos de la misma copa, la bebida de maíz fermentado.

—¡Ésta es la verdadera comunión! Lo otro son chingaderas —soltó Juancho convencido.

Y pues sí, los demás ya lo sabían, sólo que a él le había costado mucho más tiempo darse cuenta de eso, habrá sido tanta catequesis. A Montejo también se le había asentado la idea, que es más certeza que lógica, de que era justo ahí donde estaba encarnado el Espíritu de Dios. Por fin encuentra respuesta a la pregunta que se había hecho tantos años atrás, rodeado de la misma gente, cuando era el nuevo de ese paisaje. Por fin. El espíritu de Dios sí que es una borrachera, pero no cualquier borrachera, no. Está en la güeja que pasa, generosa de

mano en mano, para que compartamos el fruto de la tierra.

—¿Por qué chingados no me dejaron bautizarlos? ¡Cabrones! ¿Pues qué les costaba? Sigo siendo sacerdote, aunque no les cuadre —Montejo dos litros después.

—Ya mejor lléveselo, mija —Eulogio que no se asusta nunca con improperios de alcohol.

Pero Matiana no sabe cómo. Nunca lo ha hecho. Y la Cristina anda demasiado ocupada arreando a su propia bestia. A sus chiquitos también. Así que nomás alcanza a abrir bien grandes los ojos y quedarse quieta. Por suerte, Miguel se arranca a llorar en el momento preciso y huye, justificadamente. Lo bueno es que está Juancho, y como es grandote, brutote y brusco, lo va a levantar, se lo va a echar al lomo, y como si fuera costal de repollos, lo va a dejar caer en la caja de la troca para llevárselo de vuelta a Norogachi. Habían llegado luego de cuatro horas caminando, no hay forma de que Montejo se vuelva en esas condiciones y va a tener que darle raite, a él y a su familia. Qué le hace que se aprieten, ni modo que dejen a la Cristina atrás. Aunque la *pick up* no tenga más que una fila de asientos, se van a hacer bolas las mujeres y los niños, casi no se van a mover durante el trayecto, mientras sus maridos, o lo que sea que sean, rebotarán medio inconscientes en la parte de atrás, aguantando el aire frío debajo de un par de cobijas de lana. Borrachos y contentos.

¡Compadre! El abrazo. ¡Compadre! El apretón de manos. Cristina y Matiana se ríen cuando los escuchan, también llevan puestas un par de cucharadas y hasta se fumaron cada una un Farito. ¡Comadre! Risita. ¡Comadre!

—Ora, pues, dos alegres comadres, ¡ah, chingaos! —Las carcajadas de Juancho irrumpen en la noche serrana, un coyote aúlla lejos y Montejo lo imita cercas. Las risas explotan y Miguel y Pedro sólo se echan a llorar, es que todavía no aprenden a reírse con los suyos.

39
Las tres huastecas

Por mucho rato el paso del tiempo se contó en nacimientos. Martita, la sobreviviente; Cirilo, el ahijado de Matiana; Miguel, el primogénito, y Pedro, su mejor amigo…

Y así llegó el segundo parto de la Matiana. Esta vez Reyes sí apareció. Le habían dado licencia unos días y le andaba por conocer a su sobrino Miguel. No se imaginaba siquiera que se toparía con la Matiana recién parida, que no era uno sino dos quienes lo harían tío.

Le agarraron los dolores en la noche. Ni Montejo ni Pánfilo estaban, se habían ido hasta Creel a buscar una pieza que se le cayó a la camioneta del jesuita unos días antes. El cura andaba muy preocupado por tener con qué moverse por si a la hora de parir su mujer, la cosa se ponía fea y había que tirar para Guachochi en carro. Qué risa, ¿no? Total, que estando más lejos se le soltaron las aguas a Matiana… Si no hubiera sido por la Cristina, su comadre, su amiga, su hermana casi, a la que despertó un sueño y supo que venía la niña, como sólo se saben las cosas que uno entiende en duermevela, quién sabe cómo le hubiera hecho. Milagro de Dios, habría dicho Montejo. Pero no. Es el cariño que vibra y toca desde lejos. Ni suerte ni bendición. La Cristina que entelegía qué hacer luego de echar tres bebés para afuera casi solita, comprendió la urgencia, corriendo llegó hasta la parroquia donde seguía viviendo la Matiana, y a rastras casi, la llevó hasta la clínica. Apenas podía caminar la pobrecita parturienta de tanta contracción culera y cruel.

—Ándele, comadre, ni modo que le nazca aquí a la mitad del camino, no se me raje que falta poquito.

A duras penas llegaron, pensó que el doctor iba a atenderlas pero ni siquiera las volteó a ver porque estaba apurado con otro nacimiento que venía chueco, con los gritos de la Rosa que pujaba para sacar a una niña, a Cuquita Palma, y calmar de una vez por todas el dolor que le desgarraba la entrepierna.

—¡Ay!

—¡Puje! ¡Una vez más! ¡Fuerte! —El doctor paciente pero firme.

Tuvieron que coserla toda después. La Cuquita la dejó toda floreada y adolorida; desde bien nuevita resultó terca y obstinada. Venía de nalgas pero se empeñó en nacer por el canal correcto; a su madre no la abrió el bisturí, pero sí la desgarró su niña.

En cambio, la Necha nació solita. Suave y determinada, se deslizó entre las piernas de su madre y fue a caer a los brazos de la Cristina que luego luego le pasó la niña a su mamacita. Y después a su tío, Reyes, que se había apersonado cual sabueso olfateando el rastro de su hermana hasta el hospitalito, así de la nada, y al que ahora le escurrían tremendos lagrimones que se limpiaba apurado para que nadie lo viera. Le duró el gusto de sentirse acogido por su familia, apapachado, un ratito nomás, tenía que regresarse en chinga, no fuera a ser que lo declararan en desacato y se armara el borlote. Besó en la frente a Miguel, que lo miraba extrañado, acarició la cabeza tibia de la Necha, y rozó el hombro de su hermana. Luego agarró camino. De la nada llegó, de la nada se fue.

Allí, en el hospital, sudando y agotadas, una junto a la cama de la otra, se conocieron Matiana y Rosa, o más bien, las presentó Cristina, porque al principio ni se hablaron. Rosa era de su mismo pueblo y habían crecido siendo amigas. Los hijos las unieron a las tres. No hay complicidad más grande que la de criar chamacos.

Juancho las bautizó «Las Tres Huastecas». Les daba lata cada vez que se las topaba en el patio juntas, todas con bebés al pecho, cotorreando, arrimadas a la sombra o a la lumbre, según fuera el caso y el clima del momento.

Y aunque no era de ahí, Rosa se quedó a vivir en Norogachi. Uno se enraiza donde hay familia y esas amigas ya la habían adoptado. ¿A qué se devolvía? Había enviudado un par de meses atrás y así sola ni cómo sacar adelante a su niña ni cómo arar la tierra, cortar la leña, moler el maíz; así les pasa a las viudas de la barranca. A su Bautista se le acabó el camino de sopetón y ahora yace destrozado entre los riscos o en las barrigas de los zopilotes. Ni siquiera le dio la vida para conocer a su Cuquita, será por eso qué nació tan echada para adelante, habrá sentido desde el vientre su orfandad. También Montejo la recibió como parte de su familia, que era grande y buena, la de su parroquia Norogachi, esa que venía amacizando pacientemente durante casi cinco años, desde el instante en que llegó

a la Sierra Tarahumara, a tres años y medio de conocer a Matiana y con dos hijos a cuestas. ¿Cómo no sumar a una *mukí* y su *tewekita*, pues?

Cuquita y Necha se hicieron *norawas* con el tiempo, amigas como sus mamacitas, Rosa y Matiana. Fue Cristina, redonda, amable y generosa, la que cultivó la amistad de ambas. Les alcanzó para presenciar juntas el nacimiento del tercer hijo del padre Montejo; le pusieron Leandro. Eran felices, una sola familia. Las Tres Huastecas.

40
La navaja suiza

La tercera es la vencida. Así le dijo el obispo. Lo siento, pero la tercera es la vencida, Montejo. Ya lo había hablado con el superior de la Compañía de Jesús. Suspensión A Divinis. Seguiría siendo sacerdote, eso nadie podía quitárselo, ni siquiera yo que soy el obispo, pero de quehaceres de cura, ¡nada! Ya no lo iban a dejar oficiar la misa, ni consagrar, ni nada. Lejos del ministerio. Hubiera querido dar la primera comunión a sus hijos, seguir escuchando las confesiones, dar el perdón y el consuelo, bautizar a sus nietos… cuánta ilusión le hacía.

Pero ni siquiera fueron para decírselo en persona, al menos lo hubieran mandado llamar, de perdida que lo citaran, cara a cara, al menos así le hubieran ahorrado el susto a la muchachita que cuidaba la tienda, la que atendía las llamadas, cobraba los pesos, nomás que no se les ocurrió otra cosa que aventarle la noticia por teléfono, y pues la dejó atrás temblando a la pobrecita. ¿Cómo más iba a quedarse? Colgandito el padre Montejo se puso a aullar, ¿qué le pasa, padre?, desposeído, o más bien poseído por un demonio que no sabía que llevaba dentro. Le acababan de arrancar la espina dorsal, podía sentirlo. Pobre Leandro, de herencia, la iglesia le dejaba a un Lobo herido para que lo criara. Ahí tienes chamaco, en nombre sea de Dios, a tu padre hecho añicos, ojalá que te vaya bonito, amén.

Su navaja suiza. Eso pensó Montejo. Me acaban de arrebatar mi navaja suiza, la que me dieron para talachar la vida, el que da y quita con el diablo se desquita. ¿Cómo voy a dar consuelo, a celebrar la vida, a recordar a los muertos? Primero, que toma tu navaja suiza para que compongas a tanto cristiano que anda roto y averiado por el mundo, úsala, hay tanto que puedes hacer con ella, y nomás la aprendo a usar me piden que la devuelva. ¡Mi navaja suiza! Pero si es mía, ¿que no? ¿Qué no me la dieron para arreglar lo que anda descompuesto en la comunidad? Y así le hago, doy la misa para que se perdonen los que andan alejados, para devolver esperanza a los que

les arrancaron todo y es lo último que les queda, para reírme con los que aún quieren celebrar en bautizos y casamientos, mi navaja suiza… para tocar lo infinito en esta vida terrena y temporal.

¡Que la devuelva! ¡Qué chingaderas son esas! Como si a Beethoven le quitaran su música o a Sabines su poesía o a Juancho su avioneta. ¡Ándale, Ringo Starr! ¡Anima la fiesta, pero sin tu batería! Cómo no, señor obispo, la jerarquía, que todo lo sabe con su amplia visión, dictando lo que es mejor para la comunidad de uno, para uno mismo. Si la gente me ve como padre Montejo, no sólo eso, me quiere como si fuera un *chérame* más… La cabeza de Montejo arde, arde su fe. Por eso va con la cabeza baja, el rencor perforando su mirada, el dolor arañándole el pecho. Va herido. Un Lobo alfa derrotado, con la cola entre las patas.

Eulogio se lo topa en el camino y olfatea su desconsuelo.

—Pareces perro pateado; más te vale levantar la frente, Montejo. Viendo las correas de tus huaraches, vas a dar con el hocico en el polvo. Se te va a llenar la boca de ceniza.

Pero Montejo no levanta la mirada, parece que ni lo escucha. Por eso Eulogio hace lo que no hacen los tarahumaras y lo sacude. Nomás al verle la mirada intuye el sangrado, por eso le habla palabras de esas que sacan chivos de la barranca.

—Hay unos, Montejo, que lo tienen todo, ahí mero bien sujetado en la palma de su mano, pero ni así se contentan y se empeñan en perseguir lo perdido. Lo que ya se les fue, lo que arrastró el río. Mírate, pues, las manos, son dos nomás. Dos para sostener lo que es de uno. Acuérdate nomás que el que anda tratando de agarrar otras cosas cuando ya tiene las manos llenas, termina por soltar lo que sí tenía. No se te vaya a huir el pájaro que anida en tu puño y se largue a cantar a otro sabino.

Pero Montejo mira sus manos y las encuentra vacías. O eso cree, al menos ahora que ya no lleva al cinto su navaja suiza, no puede ver que en su casa lo espera una caja enorme de herramientas. Más le vale que se dé cuenta pronto, las reconozca y las aprenda a usar, más le vale o en una de esas sí va a quedar con la fe perdida y las manos vacías. Sin su navaja suiza, sin su familia, sin nada más. Más le vale.

41
Una plaga bíblica

¡Muerte cabrona! Inmisericorde plaga bíblica, ¡peste! Ya vienes otra vez a devorar nuestros sueños, a canjearlos por pesadillas innombrables. ¡Estafadora! ¡Hija de la chingada! Hipócrita impostora. ¿Por qué carajos no tienes piedad? Ni la juventud ni el amor te detienen. ¡Canalla!, Montejo aúlla maldiciones.

—Mataron a la Cristina, Montejo —la voz apenas de Matiana, las manos apretadas alrededor del pañuelo que le regaló su amiga para atar las tortillas.

Montejo nomás aúlla.

—La quemaron o algo peor. La halló el señor Ramos, allá arriba en la Mesa del Conejo.

Montejo llora.

—Pánfilo no sabe. Tienes que decirle.

Montejo niega con la cabeza.

—¿Quién si no, pues?

Montejo inerme. Matiana de pie; su metro cincuenta es gigantesco.

—Ándale, pues, Montejo, yo te acompaño —y le extiende la mano.

Ya van. Ya se encaminan allá donde Pánfilo y sus tres hijos, sus huérfanos ahora. Van despacio, tienen que llegar pero no quieren. Las recomendaciones las susurra ella. No le vayas a decir cómo la hallaron, mejor que no la vea, que se acuerde cómo era, no cómo la dejaron. No le vayas a decir, no te vayas a poner borracho y le cuentes todo. De cómo estaba, pobrecita Cristina, la habrán perseguido hasta que se le acabó el camino, y luego le hicieron lo que le hicieron, para dejarla ahí, ardiendo, aferrada a la tierra con sus manos callosas.

—Al cabo somos de barro, no de aire ni de agua —Matiana mirándose los pies mientras avanza.

¡Pobre Cristina! Habrá pensado que aferrada a la tierra se podía salvar. Pero ya es una raíz, ya nomás de ella queda lo que hay en el corazón de los suyos. ¡Pobres de nosotros! ¿Qué van a soñar allá en

Nawéachi? ¿Qué mirarán por las mañanas luego de sus pesadillas? ¿Langostas que devoran cosechas? ¿Arroyos de sangre? ¿Lluvia de fuego? ¿Vacas, burros, chivos muertos? Niños con tuberculosis, bardas que caminan por la noche, cuernos de chivo… ¿Una plaga bíblica?

42
Cuatro *nutémas*

La forma tan gacha. Unos antes, otros después, todos vamos a acabarnos, pero la forma tan gacha… Cuatro *nutémas*. Uno cada año para acompañar a la Cristina a que llegue allí donde tiene que llegar. Bailarle bien recio, con muchas ganas y tomar harto harto *teswino* hasta estar otra vez contentos. Pánfilo no logra ponerse de pie, pero Matiana lo obliga, Rosa lo jalonea. Ándele, Pánfilo, las dos *mukís* que quieren llorar, tirarse al suelo, arrancarse los cabellos, abrazarse a la cobija que cubre el cuerpo de su amiga. Pero se imponen, la fuerza de las mujeres que saben que hay hijos que criar, ¿quién si no va a limpiarles las lágrimas de sus cachetitos a Cirilo, a Marta, a Pedrito? Si están tan chiquititos los pobres, tan nuevitos y ya se les fue su *nana*.

—Vengan, niños, vamos a bailar para que suba su alma al cielo, para que desde allí los cuide; si no bailamos, se queda atrapada entre las ramas de los árboles y luego va a venir a espantar a su hermana Martita cuando espere niño.

—Báilenle, pues, con ganas. Echen los mocos para afuera con sus zapateados, toquen fuerte los tambores…

—No te detengas, Montejo; hay que cavar más hondo ese hoyo para que luego no lo rasquen los perros.

Juancho con el agua bendita, el violín de Eulogio, Pánfilo, que es un hilacho, no te nos vayas a caer grandulón, aguanta, están tus chamacos, que te vean entero, que se recarguen en tus fuerzas, eres su *onó*, a quién si no se van a arrimar ahora, no te caigas y báilale, pues, ¡báilale, con una chingada!

Matiana lo empuja, Rosa lo codea, los niños lloran, los de la Cristina y los de ella, y eso que no saben, no se pueden imaginar tantos horrores, tanta inmundicia, tanto odio. Tienen tiernitos sus corazones, suaves como pelo de conejo, pero sienten ganas de chillar de todas maneras, y eso que no saben, no saben lo que es atravesar la niñez sin madre, con un padre destruido. Montejo aúlla, ya estás

borracho Lobo, ya no tomes. Juancho, por primera vez, no ha agarrado la botella, algo intuye; alguien tiene que capitanear el barco, están haciendo aguas, naufragando, van a hundirse.

—¡Ya estuvo, Montejo! ¡Hijo de la chingada! ¡Pon el ejemplo, cabrón!

Se le acabaron las risas a Juancho y le suelta una trompada al Lobo que es más una caricia de amigo, el golpe lo saca de su egoísmo y lo regresa a la tierra.

—Te nos estás yendo, cabrón, y te necesito aquí para ayudar a tu compadre —por fin lo espabila.

Entre Juancho y Montejo sostienen a Pánfilo por las axilas; Matiana le alcanza un puño de tierra y se lo pone en la mano.

—Te toca, amigo —Montejo le susurra en el oído—. Échale tierra.

Pero Pánfilo no quiere, no puede. Y aprieta el puño. Sus hijos lo miran, callados, quietos, los ojos hinchados y vidriosos; entonces Pánfilo siente lástima y suelta el puñado.

—Danos fuerza, *Onorúame-Eyerúame*, dios padre y madre —Juancho misericordioso.

Entonces Pánfilo toma a sus hijos de las manos, los guía hasta el suelo y los invita a hacer lo mismo. Las manitas apenas levantan unos cuantos granitos de tierra, poquitos, y los dejan caer sobre la cobija tras la que se adivina su *nana*, su mamacita Cristina. Manitas de siete, cinco años, meses.

—Cuatro *nutémas* le vamos a bailar, hijitos. Éste es sólo el primero. Pero son cuatro.

Y apenas.

43
Llueve adentro

Llueve. Pánfilo cierra los ojos. El mar. Puede escuchar las olas rugiendo, haciendo eco de su tormenta. Ve clarita la bruma que corre hasta el horizonte, como si tuviera enfrente esos días en que se confunde el agua que viene del cielo con la de su adorado mar de Veracruz. Sal y dulzura. A eso le saben las lágrimas que le escurren por los bigotes. A añoranza de un antes. Entonces aprieta más fuerte los ojos, los puños, la quijada. Quizá si lo desea con fuerza suficiente, si su plegaria es más piadosa, si sus oraciones son más devotas, quizá tal vez, vuelva al puerto de sus cariños, de su niñez, de su alegría. Quizá si se concentra en imaginar ese tiempo feliz, se borre todo lo demás: la búsqueda sin suerte de ese hermano que jamás menciona, la noticia que salió de los labios de Montejo para triturarlo, los puños de tierra sobre Cristina, el llanto del más pequeño de sus hijos. Quizá.

Pero no. Ya los años le han enseñado que rezar no sirve de nada, o al menos a él, Dios no lo atiende. O a la mera sí. Sólo que ha de oírlo como él escucha ahora la lluvia, como quien oye llover. Su voz un zumbido apenas. Un arrullo que puede ser de contento o de dolor, quién sabe, canturreos que a veces humedecen la tierra y que otras, ahogan las cosechas. Y a él la lluvia lo está ahogando.

¿Qué va a hacer ahora?, ¿quién va a echar las tortillas por la mañana?, ¿quién va a peinar las trenzas de su Martita?, ¿quién le dará pecho al bebecito?, ¿quién?, ¿y a él? Cuando llegue agotado de sus andares, a recostarse junto al calor de la lumbre, ¿quién va a pasarle los brazos por los hombros y a acariciarle el pelo? Bracea para asomar la cabeza a la superficie, desesperado, el peso de sus penas lo arrastra al fondo de un océano imposible, pero no está en el mar, está en tierra firme y no le alcanzan las bocanadas de aire, se va a ahogar. ¡Que alguien le tire un salvavidas!

—¡Dios es un hijo de puta! —El grito es un trueno. Atravesado por el relámpago, el más pequeño de sus hijitos rompe en llanto.

Ahora lo levanta en brazos. Y el chiquito gime desesperado, como buscando la teta. La de Cristina. ¡Quiere la teta de su mamacita! Pánfilo lo aprieta y masculla cosas dizque para arrullarlo, aunque sabe que nada lo va a calmar. Ni a él ni al niño. Salir a flote, nadar hasta la orilla, un náufrago que se pasea de un lado al otro dentro de esa jaula de dolor que lo aprisiona, shshshsh, ¡*Kíti,* bebecito! Pero sigue llorando. Los dos. Por hambre. Hambre de teta, hambre de justicia.

Ya la Martita, a espaldas de su papá, silenciosa, prepara la leche. La calienta para el biberón, atiza la leña. Ya la Martita, con todo el arroyo atorado en la garganta, afana sus siete años. Ya la Martita toca el hombro del grandulón derrotado, ya toma al hermanito en brazos, saca al padre del remolino, ya arropa al bebecito, ya lo besa, ya lo alimenta. Pánfilo, rodillas contra el piso, manos en la cabeza gacha, en medio de un huracán que lo inunda todo. Afuera llueve, adentro también. Llueve.

44
Un baile más

Hasta los huracanes se aplacan. El tiempo, que es como el sol, acaba por resecar todo lo que andaba empapado, así, poco a poco, tanta devastación se va a haciendo charquito…

Y sí, cada año sin falta, todos, pero toditos, se reunían para danzarle a la Cristina. Reyes, que se aparecía muy de vez en vez, poquito más cambiado, poquito más huraño, poquito más *chabochi,* para el tercer baile se apersonó a danzar.

También llegó el Juancho con Juanito, así lo presentó, éste es mi Juanito, se le acabó su mamacita de tuberculosis, por eso me lo traje. Y se lo entregó a la Rosa, y ella, como premiada en tómbola o quién sabe, lo agarró igual que si fuera el mejor regalo de todos, y desde sus tiernitos tres años, Juanito se hizo hijo de la Rosa y hermano de la Cuquita. Por fin Leandro tendría un amigo de su edad, apenas podía hablar y aún no lo sabía, pero terminarían siendo después Leo y el Yoni.

Una vez más a Cristina le bailaron, cocieron *teswino* y se lo bebieron completito, los veinte litros entre todos, por eso terminaron tirados afuera de la casita de adobe del Pánfilo, uno casi arriba del otro, mientras los niños dormían o correteaban, acostumbrados desde muy nuevos a arreglárselas solitos, que es la única manera de sobrevivir.

Les pegaba el sol de la tarde directito a las caras, a las barrigas, así andaban, con el maíz aún fermentándoseles adentro, reburujándoles las tripas, cuando Rosa quiso mear y entonces se dio cuenta de que el Pánfilo no estaba por ningún lado.

Lo buscó alrededor de la casa, aguzó la vista para ver más allá de la siembra y de pronto lo divisó. Parado en la merita orilla del precipicio, viendo para abajo, inclinando el cuerpo… quiso gritarle, pero le dio miedo que se aventara al vacío, ni que fuera gavilán, y mejor se acercó sigilosa, casi de puntitas, tambaleándose por tanta

bebedera, pero hasta la borrachera se le iba huyendo del susto mientras se le arrimaba. Por fin estuvo a su lado y lo detuvo. Apretó su muñeca con fuerza, las dos manos en grillete, y le habló. Palabras calmadas, despacitas, de esas que acarician: «*Kíti,* Pánfilo», yo te entiendo, pues, mírame, sé cómo es eso… cómo se encuentra uno en las noches frente al fuego sin nadie con quien hablar, los chamacos ya dormidos, el corazón pesado, la cabeza lanzando chispas de hoguera junto con la lumbre de la estufa que arde, los demás que desconocen de nostalgia, de penas, centellas que amenazan con consumirlo a uno, de una vez por todas y para siempre.

—Yo sé cómo es eso, Pánfilo…, estar solo.

Le salvó la vida, sí. Reconocerse en el corazón de otro le devuelve a uno el sentido de la existencia. Así a Pánfilo. Y por primera vez la miró, pero en serio, bien a toda ella, a Rosa. Era bonita, pero sobre todo, era buena mujer. Pocas cosas más deseables que la bondad en el mundo.

Unos meses después se arrejuntaron. Dos viudos y cinco huérfanos. Rosa no podía sacar adelante a sus dos chamacos, ya tenía a Juanito, y Pánfilo estaba sacudiéndose todo el tiempo la desesperanza. Se juntaron para acompañarse, para pegar los trocitos de vida que la muerte les había dejado atrás y esculpir con ellos una familia nueva, más melancólica pero también más agradecida y sabedora de cuáles son los cariños que mueven al mundo. Rosa y Pánfilo.

Todos les dieron la bendición. Terminaron por quererse harto, echando de menos siempre a sus primeros amores, los que les enseñaron de goces y deseo. Encontraron, por fin, una oreja para contarse en las noches sus penas, sus planes, sus enojos y alegrías. Qué importante es vaciar lo que uno trae adentro del corazón, en su hogar, con los suyos. El sol seca inundaciones.

Pasado el año, ninguno quiso acordarse del intento de suicidio de Pánfilo, mejor se pusieron a bailar, ya era el cuarto *nutemá* para la Cristina, el último, y por primera vez Pánfilo se sintió aliviado. Un baile más. ¿Sería que el alma de la Cristina ya habría llegado hasta el cielo? Quizá.

45
Quemar las naves

Tuvieron que mudarse, con Leandro en brazos, fuera de la parroquia. No es lo mismo mantener a dos que a tres, y en los libros contables de la iglesia los números dejaron de cuadrarles a los de arriba. Se mudaron a una casita de tabique, justo detrás de la clínica, muy cerquita de la parroquia. Era fría. Aunque ya no se veía desde ahí la torre de la iglesia, sí se escuchaban las campanadas, esas que ya no hacía sonar Montejo.

Apenas tenía dos cuartitos y una cocina. Una sola vez doña Inés y don Alfredo los visitaron ahí y nunca más volvieron.

—Era mejor la parroquia, esto es un cuchitril —don Alfredo, que jamás lo aceptó de cura pero mucho menos casado con una india.

—Mijo, ¿qué vas a hacer ahora?, ya tienes tres —doña Inés más preocupada que contenta por ser abuela de tres nietos.

Montejo quemó las naves. Ni iglesia ni padre. Qué cuchitril ni que ocho cuartos. Ya se las arreglaría a ver cómo. Él amaba a su familia, adoraba a Matiana y, sobre todo, ya tenía corazón rarámuri que late al ritmo de los tambores, que vuela con el canto de los pájaros, que baila con las lluvias. La Sierra era sus pulmones y su sangre; de irse lejos, se moriría. Un rarámuri no existe solo, un rarámuri es con todos o no es. Su casa es la montaña, no cuatro paredes. Su familia, el pueblo entero, no un apellido. Corazón rarámuri.

¿Para qué tanto borlote por un edificio? Si alguien necesita refugio, le dan su techo; si llega visita, siempre hay un café y hasta cigarro si quiere; al vecino se le prestan manos para construir su barda, cortar rastrojo, no hay resentimiento que valga, cuando alguien pide ayuda, la dan. La dan si la necesita y aunque no la pida. *Kórima*. Si uno enferma, enferman todos. Y su padre diciéndoles indios, ¿cómo se puede ser tan necio?

Esa vez, la última visita, abrazó despacio a su mamá como si quisiera consolarla, aunque más bien buscando consuelo él mismo,

porque hay cosas que uno trae arraigadas de la infancia y siempre van a quedarse ahí. Cauteloso, le susurró al oído:

—No te preocupes, mamá, aquí estoy cobijado, nadie deja a nadie atrás. Somos comunidad.

—Ay, hijo. Pero si aquí nadie tiene nada, ¿cómo van a ayudarte?

Doña Inés no podía ver, era normal, que tenían todo y más. Lo fue comprendiendo poco a poco, con las llamadas a sus nietos cada fin de mes, cuando la visitaban una vez cada dos años en Guadalajara, con la sonrisa de su hijo. Por fin, con la muerte de su marido, don Alfredo, lo entendió en las vísceras, que es donde de verdad se comprenden las cosas.

Hasta allá se dejaron ir los cinco, al velorio en un edificio frío, al panteón lleno de cruces, para despedirlo sin bailar.

—¿Te imaginas, abuela, un mundo en el que no pudieras morirte? Ni para qué trazar caminos —Miguel frente al féretro, extrañado, eso sí, de la caja de madera, cuando una cobija es suficiente.

—¿Para qué echaría uno a andar siquiera?

La abuela Inés, mirando cómo el hueco devoraba a su muerto, supo que no quería vivir para siempre. No quisiera eso para ella ni para nadie. Don Alfredo, en paz descanse, ya era insoportable al final, descanse él y descanse yo. Ocupada en tantas otras cosas fue perdiendo de vista algo que sus nietos, que su hijo, sí podían ver, y sospechó que tal vez era Matiana quien se los enseñaba. El que ve al mundo desde la cima de una colina lo tiene todo.

Montejo había comprendido eso tiempo atrás y luchaba por llegar hasta la punta de aquella montaña todos los días, por eso quemó las naves. No necesito nada, papá; no te metas, mamá; no, Juancho, ni si te ocurra darnos limosnas… y como pudo le hizo para ganarse la vida. Por suerte tenía a Matiana, y Matiana tenía la clínica y a su comunidad. Lo tenían todo para quemar las naves.

A doña Inés también, de cara a la muerte, le hubiera gustado quemar las naves.

46
Juegan a crecer

Extrañan a su mamá. Míralos, Matiana, hay días en que se les nota harto, como hoy que corren menos rápido, gritan menos fuerte, se ríen poquito menos. Yo los miro y sé. Hay mañanas que ni siquiera sueñan. Entonces les cuento mis sueños para que no se sientan tristes. Y a veces hasta les arranco tremendas risotadas. Se les asoman sus dientes grandes como mazorcas.

—Para eso estás tú, Rosa, para convidarles tus sueños —Matiana, pues ella los entiende, al cabo también perdió a su mamá, la Serafina, estando todavía nuevita. Cuánto le hubiera gustado tener a una Rosa para que la arropara en la noche, le cociera coricos bien dulces y fueran juntas a piscar duraznos para hacer empanadas en el verano. Pues sí, Eulogio la cuidó, harto su papaíto, pero no son iguales las caricias de una madre a las de un padre cuando uno anda enfermo.

—Te tienen a ti, Rosa.

Las dos levantan la mirada para contemplarlos. Los niños acaban de construir un barquito y están por echarlo al arroyo. A ver si no naufraga, a ver si no naufragamos todos. Pedro, que es bueno tallando madera, le hizo un huequito a una rama, ésa la encontró Leandro, el mástil lo procuró Juanito que halló el palo más derecho y las chamacas, Necha y Cuquita, cosieron un trocito de tela para hacerle la vela. La idea se le ocurrió a Marta luego de ver *Piratas del Caribe* en el cineclub, que fue la última película que pasaron porque luego se descompuso la videocasetera y la tienen que llevar hasta Chihuahua, a la mera capital, para ver si alguien la arregla. Nomás que no han ido. A lo mejor, dice Pánfilo, cuando nos visite el obispo nos hace el favor de llevársela y pues luego vamos a buscarla. Pero siguen esperando. Y por eso está cerrado el cineclub donde aprendieron que hay barcos con velas que se llaman fragatas y ahora quieren intentarlo.

Se volteó la nave. Y todos se echan a reír, quién fuera niño. Lo que importa es el juego, no el resultado, y se alegran.

Cuatro años desde el último *nutemá* son muchos y se les nota en la altura, en los juegos, en las palabras. Mucho más en las palabras, que preguntan buscando todo el tiempo respuestas. Sobre todo Marta.

—La Martita, como recién cumplió los quince, se da cuenta y me ayuda. La espío, pues, cómo arrulla a Pedrito en la noche, cómo abraza a Juanito, que ni padre ni madre, cómo cepilla el pelo y se lo trenza a Cuquita, y duerme siempre agarrándole la mano al Cirilo, que tiene once y no quiere que lo vean achicopalado, al cabo es hombre, ya sabes, ¿no?

Matiana se ríe, sí que sabe, a los hombres hay que consolarlos en la sombra y en silencio, para que nadie sepa que han estado a punto de romperse muchas veces. Rosa se ríe con ella, cómplices, los han visto lamerse las heridas y luego salir al mundo como si fueran feroces.

A Matiana le preocupa Miguel y se lo cuenta a su *norawa*. Ya los compañeros se dan cuenta de que no es como ellos, le han empezado a llamar «hijo de cura». Pero eso no es lo peor, lo peor es que él también se da cuenta. Uno pierde la inocencia cuando descubre algo que no le gusta de sí mismo y sufre su propio rechazo. Así Miguel. El chamaco baja la mirada y no es capaz de defenderse, le gustaría gritarse a sí mismo: ¡Hijo de cura!, con saña. Por eso no dice nada, no alza la mirada, no enfrenta. Él, hasta hace poco bragado, fiero como perro rabioso, rebelde, hijo de Lobo, ahora es un hijo de cura. Matiana está preocupada. Rosa no sabe qué decirle. La verdad no tiene escapatoria. Podrían contarse otras versiones, pero serían mentira. Lo que no entienden es de dónde les vino a los demás chamacos la idea de gritarle esas cosas como si fuera algo malo, que no son. El cura es cura y tiene hijos. Hijos que quiere y respeta. La comunidad lo sabe, esas ideas no son de aquí, vinieron de otros lados, pero como muchas ideas se les han ido colando en la cabeza y ahora ven malo lo que no es y bueno lo que sí es malo. Anda torciéndose el mundo con quién sabe qué ventarrón.

—Miguel es fuerte, *norawa*.

Es verdad y por eso pronuncia la Rosa esas palabras mientras los ocho niños se descalzan para meterse al arroyo, a ver quién alcanza el velerito que se aleja, que más adelante estará a punto de hundirse, a la deriva. Corretean. Juegan a crecer.

47
Una calma musical

Se aquerendaron. Los viudos volvieron a recorrer los caminos silbando, cantando, soñando. Sobre todo, soñando. Poco a poquito les regresaron los sueños que se les habían huido lejos y que de tiempo acá habían estado arrimándose, como quien no quiere la cosa, a la casa que antes habitaban, haciéndose cada vez más espacio. Así, hasta expulsar a las pesadillas que, ufanas, ya se creían instaladas para siempre, como cuando llegaron tantos años atrás, el día que mataron a la Cristina y Pánfilo casi pierde la cabeza, y con la cabeza, la vida.

Pero no. Eran huéspedes indeseables y aunque no pudieron correrlas a patadas desde el principio, por fin se deshicieron de ellas.

La vida triunfa, siempre triunfa donde hay comunidad. La esperanza se impone, porque nadie nadie, ni el horror más inhumano, tiene la fuerza suficiente para acabar con un todos. Así que ¡échenos el toro que aquí lo atajamos! Y se ataja con sueños, pues la realidad es insuficiente.

Rosa y Pánfilo volvieron a la calma, esa calma donde hacemos planes, imaginamos futuros, dibujamos poesía. Y con ellos, los demás. Antes la quietud era forzada, hasta que un día, por fin, llegó la verdadera tranquilidad. Esa calma donde Matiana cepilla por las noches el pelo de Necha, que cada día es más alta, y lo trenza; esa calma donde Rosa amasa el maíz con la ayuda de Marta y Cuquita y las escucha llamarse «hermana» una a la otra; esa calma donde Pánfilo jala para el monte con Juanito y Pedro y a ambos los llama hijos, porque eso son, son suyos; esa calma donde Montejo juega, genuinamente divertido, con Miguel y Leandro a ser animal, y gatea, brinca, agita los brazos mientras barrita, mientras relincha, mientras urajea, y Miguel bala, Leandro croa… todos juegan: Necha grazna, Cuca cacarea, Juanito ulula y Leandro rebuzna. Eso es lo que más risa les da. Nomás se echa el roznido Leandro y se arrancan a hablar de los burros cuando sacan su cosota a la mitad de la brecha. Pedro hasta

hace la mímica mientras Marta lo regaña, qué vergüenza, pero le gusta, porque igual se carcajea aunque tenga la cara coloradota. Es una calma alegre, musical.

Las risotadas de Montejo retumban como tambor dentro de la casa, a la orilla del fuego, en el invierno cuando todo es silencio, y recorren el pueblo entero, de puerta en puerta, como convidando a la gente a su alegría. ¡Anda contento el Lobo! ¡Anda de fiesta su corazón! ¡Debe haber soñado muy bonito! Y sí. También Montejo sueña. Sueña a sus hijos felices, no hay mejor sueño que ése, ni esperanza que cale más hondo que la de una prole dichosa. Y son sus hijos, cada uno en Norogachi. El corazón le alcanza para todos, late como los tambores en las fiestas. Un tambor de piel de toro, una caja que resuena con el latir del pueblo; él es el tamborilero que une y orienta.

Y así, al ritmo de las percusiones, lograron acostumbrarse a lo que les ofreció la vida, que era lo que era, hacerse a la idea de no ver más a Cristina, habituarse a esa ola, a esa ráfaga que atravesaba la Sierra como alma en pena, como un espanto que viene a jalarnos los pies por la noche aterrando a la gente, ese soplo que iba y venía, ese ventarrón que un día se llevó a la Cristina…

El viento lo revolvía todo a su paso, sí, es cierto, pero luego las cosas se asientan. Poco a poco los pinos se enderezan de nuevo y los chamacos logran crecer derechos, sin que la violencia les tuerza el rumbo. Zapateando en cada fiesta al ritmo de los tambores. Pum-pum. Resonando unos con otros. Pum-pum. Bailando para sostener las cuatro columnas del universo. Pum-pum. Redoblando la esperanza. Pum-pum. Celebrando la comunidad. Pum-pum. Repiqueteando la vida.

Los años de calma se sucedieron uno tras otro como golpes de baqueta sobre el tambor, en ocasiones suaves, casi desapercibidos por su transcurrir discreto, otras veces escandalosos, haciendo eco con sus muertes, nacimientos o enfermedades, pero cada uno, año con año, formaba parte de una melodía en la que se invoca a los dioses para que visiten el bosque, el arroyo, la barranca. Alegrías y penas, mes con mes, hora tras hora. La tranquilidad del tiempo que corre a su propio paso. Tamborileos de dicha. Porque la dicha sólo prospera en la calma, la dicha que echa raíces; la otra es pura llamarada de petate, se agota pronto y lo consume a uno como si fuera un grito de borracho a medianoche, como un chasquido de lengua, como un balazo.

Son dichosos, y Montejo se pregunta, ¿cómo es posible eso?

Las montañas tienen corazón. Laten. En su cima se siente el pulso del mundo. Silencio, pies desnudos, la vista en el horizonte. Montejo percibe cómo retumban los latidos de la vida por su cuerpo entero y llora. ¿Qué más puede hacer? Se le ha revelado el secreto de la Tarahumara. Ahora entiende. Los ha visto mirando más allá de los pinos, del río, de la cordillera, de pie, solos y callados, uno con el oyamel, el sabino, el madroño. Uno con la tierra, uno con la humanidad. Son los latidos que han aprendido a acompañar con su silencio y sus bailes. Montejo que creía enseñar cosas profundas ahora se ríe, parece loco, desquiciado quizá, se carcajea en solitario consciente de su estupidez. ¡Qué pendejo soy! Y sí, un poquito.

Desde entonces ya no es el mismo. Descubrió que su verdadera vocación era otra. Ahora lo sabe. Si Matiana lo bendijo con la sabiduría del cuerpo, la montaña le regaló la ventana al espíritu. La Sierra Tarahumara.

Por eso cuando fueron a contarle que unos andaban por ahí quesque viendo si ponían un hotelito, Montejo se encendió, se encabronó, se emputó. Convertido en bestia feroz, ladrando, gruñendo, rugiendo, el Lobo sacó las garras y enseñó los dientes. ¡Ni madres! ¡Estos hijos de la chingada se pueden ir a la mierda! Puede ser que no supiera de ritos, de misterios naturales ni de enigmas milenarios, pero sí que entendía bien de malas intenciones y negocios turbios. Entonces se fue directito con el Pánfilo, que también era *chabochi* como él y conocía la podredumbre de otros mundos.

—¡Ni madres! Y si osare un extraño enemigo, ¡nos lo chingamos!, ¿cómo carajos no? —Pánfilo cerrando filas.

Incluso a estos hijos de la chingada, dizque empresarios, se les ocurrió ir a preguntarles su opinión, a pedirles su consejo. Los habrán visto mestizos, más blanquitos, como ellos, y habrán pensado que tendrían unos cómplices automáticos. ¡Pendejos! Pues qué se creen.

Así fue como Montejo Lobo, que fue tigre, león, águila, tiburón, encontró su camino. El llamado, pues. Y empezó a organizar a la gente, que ya de por sí era unida y sabía trabajar junta. De algo le habían servido sus años de derecho en la Universidad de Guadalajara, su tiempo en el seminario y sus días de cura; la de confesiones que escuchó, para entender los bajos mundos. Montejo en el Ministerio Público, Montejo en el Palacio Municipal, Montejo en Chihuahua, Montejo con el gobernador, Montejo con la prensa. Qué hotel ni qué chingados.

—Ándale, Juancho, hay que ir a Chihuahua y de allí agarramos el autobús hasta la capital del país.

Y Juancho ida y vuelta para todos lados en la avioneta con Montejo, que a veces iba acompañado por Eulogio o por Candelario o por Rafael o por Goyo o por alguien. Nunca solo.

—Me traes como calzón de puta, cabrón —Juancho quejándose por deporte.

Ni hotel, ni tala, ni nada. Hay que gritar fuerte para que a uno le escuchen, pero más que nada hay que saber qué callos pisar. Montejo para eso salió rebueno. Y desde esa vez se corrió la voz y la gente empezó a llevarle sus problemas.

—Me quieren quitar mi casa, dicen que no hay papeles, pero allí vivió mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo, su padre de él, su abuelo de él y así, desde quién sabe cuándo.

—Mi barda camina por las noches y se está haciendo chiquita mi parcela.

—No me atienden en el hospital de Guachochi a mi niño, que no tiene acta de nacimiento y que así no lo pueden recibir, aunque se muera.

A unos tras otros los escuchaba y salía —gallo de pelea— a dar batalla. Ganaba casi siempre. Era fácil con la razón de su lado, con las palabras correctas, con la cara blanca. Le pagaban con costales de maíz, bultos de frijol, cobijas, quelites, calabazas, gallinas y, una vez, hasta un chivo le dieron. Si necesitaba raite, juntaban para la gasolina y alguno lo llevaba, le prestaban caballos o burros, lo que hubiera a la mano. Las mujeres le daban pinole, tortillas y a veces burritos de chile colorado para el camino. Montejo ayudaba lo mismo a rarámuris que a mestizos, la injusticia no ve colores y agarra parejo cuando uno es pobre. ¡Qué hotel ni que chingados! ¡Que se metan su ecoturismo cultural por el culo!

Crecía su buen nombre y su corazón de montaña.

49
Silencio nocturno

A Matiana le gusta pensar que sus hijos son pájaros; sus risas, trinos. Pero cada uno, un ave distinta. Leandro, un patito friso, de esos que siguen a su mamá bien de cerca, moviendo la colita, remojando el pico, pachoncito, tierno, así su niño, que juega a las escondidas con ella por las tardes, lejos de los juegos de los grandes, cerca del corazón de mamá.

Necha, en cambio, una aguililla colirroja capaz de dar la vida por defender el nido. Qué gracia le hace verla sacando sus garras de gavilán para poner cara a quien se atreva a molestar a sus hermanos, ojos de pistola, las plumas erizadas de la espalda, ceño fruncido. Ni falta que le hace abrir la boca, nomás de verla caen en picada los pajarracos amenazantes. Es lista la chamaca, y brava.

—¿Miguel? Ése es un jilguerito aliblanco, enamorado de la densidad del bosque, sabedor de semillas y de tierra, sus querencias cerca del hogar. ¿A poco no, Montejo?

—¿Cómo pájaros? Si son hijos de Lobo. De perdida, Necha, un oso negro; Leandro, un conejo, Miguel, un puma.

—¿Cómo un puma? No es capaz de matar ni una mosca; si acaso chivo. Lo haces puma y lo matas de hambre comiendo puro pasto. ¿No ves que la sangre lo marea?

Matiana y Montejo se divierten por la noche, abrazados, imaginando que son otra cosa, adivinando en qué se podrían convertir, deseando un futuro para sus hijos. Y eso los calma los días que hay luna llena, los días en que se escuchan trocas pesadas a lo lejos, de las que irrumpen en el silencio del bosque, a veces son remolques madereros ocupados en desnudar los montes, aves de rapiña; a veces, Cheyennes blindadas, con quien sabe qué cosas o quiénes adentro, como traen los vidrios polarizados no se puede ver, depredadores; a veces, un alguien desesperado por llegar al hospital, animales heridos.

Cuando uno de esos ruidos los despierta, se ponen a hablar de fauna, de porvenires o de recuerdos. Conversar siempre distrae. Sobre todo cuando se hace en el silencio nocturno, bajito, murmurando travesuras, como si las palabras fueran algo prohibido en la oscuridad. Y se ríen, o se guardan la risa para no despertar a nadie. Y a veces terminan enredando sus historias y sus piernas. En medio del silencio de los besos.

Los hijos, mientras, duermen y crecen. Miguel quiere ser maestro y por eso estudia duro y se concentra mucho en la escuela de los maristas. Necha, que desde que le llegaba a la rodilla acompaña a Matiana a la clínica, sueña con ser médica, aunque tenga que irse a vivir a Guadalajara con la abuela Inés, al cabo algún día regresará y se pondrá a curar a los suyos. Leandro, ése no sabe bien a bien qué quiere y persigue lo mismo violines que silbidos.

Ya se verá después. Por ahora es mejor que duerman y crezcan en el silencio nocturno, ajenos a las preocupaciones de sus padres. Y a los ruidos que apuñalan a la noche.

50
Cachucha roja

Ya va a ser la fiesta del Pilar y la Rosa cose que te cose vestidos para las compañeras. A veces le duelen los dedos de tanto ensartar el hilo en la aguja, pero se resigna. Como a Pánfilo le ha dado por tomar harto, como ya no le alcanzan las fuerzas para cargar tantos bultos ni para arrancar la hierba mala de la cosecha, ni aguanta mucho rato pisando la tierra para hacer ladrillos de adobe, ella tiene que costurear. El pobre hombre, el exmarista, se está desguanzando todo de tanto darle al cachucha roja, lo pide en la clínica dizque para curar las heridas de los chamacos del internado pero la herida que cura es la de él, y la trae bien adentro, por eso se empina la botellita del alcohol del 96 para el centro de sus entrañas, a ver si así le deja de supurar el espíritu. De ahí que ya no corte leña, ni haga adobes, ni arranque la hierba mala.

Antes era el mejor, cernía la tierra, la revolvía con su pala y ahí se la pasaba zapateando hasta que juntaba quién sabe cuántos tabiques de arcilla. Ya luego los cambiaba por comida, y a veces incluso por dinero para poder comprarle pantalones a Pedro, cuadernos a Cuquita, crayones a Juanito y hasta cobijas nuevas a la Marta y al Cirilo.

Ahora no. Lo que gana se le va en pisto, ése de cachucha roja, el que usan en la clínica, le pone un chisguetito al té de canela y se la pasa sorbiéndolo de a poquito hasta quedarse dormido. Ahora es Rosa la que se desvela cosiendo faldas, haciendo pliegues, ensartado chaquiras para los collares. Y cuando va a haber fiesta, la gente la busca, es buena costurera, tiene ojo para los colores, bien lo sabe ella, y tiene que aprovechar. Es buena con las manos, es buena con él. Si no fuera por sus ventas de vestidos, de aretes, de zapetas, de colleras, de blusones, hace rato que a sus chamacos los habría agarrado el frío del pescuezo por falta de cobijo, y eso sí que no piensa permitirlo. Para algo le sobrevive ella a la Cristina, a su Bautista y hasta a una de las mujeres del Juancho, para hacerse cargo de los *bukitos*, cuidarlos hasta

que puedan volar solitos. Y si Pánfilo no puede, pues ella sí.

Y es que Pánfilo, desde que volvió de Cerocahui, anda con la mirada perdida, y ni masticando chuchupate se le lava el susto que le ensucia los ojos. Hay cosas que uno ve y no puede desver nunca. Cosas que se le quedan a uno en la memoria y lo persiguen toda la vida, devoran los sueños y vomitan pesadillas.

De ahí que Pánfilo tenga que beber, para domar al ave de rapiña que le ronda la cabeza y amenaza con tragarse todos sus pensamientos como si fueran carroña. Échate otro trago, pues, para que duermas tranquilo, le dice Rosa. Hay cosas que son más urgentes que andar lúcido y sobrio. Rosa bien que sabe, mejor esto que encontrárselo de nuevo al filo de la barranca. Ya lo halló una vez y quién le garantiza que lo pepene a tiempo una segunda. Mejor que le eche otro chorrito al té y duerma tranquilito. Ella ya prendió el quinqué y, aunque no duerma toda la noche, piensa terminar la falda que es para Lorena Palma. Ya está mentada y cuando tiene dueño sabe que el esfuerzo no es tan grande porque la cosa se vendió antes sola.

Cincuenta pesitos de alcohol. Un chorrito para el quinqué y otro para el Pánfilo. Oscureció y hay mucho trabajo. Un chorrito más; la paz del cachucha roja.

51
Un olote quemado

Llamaron al *owirúame*. Pánfilo no podía solo, andaba como chivo perdido por los riscos y había que auxiliarlo. Al principio pensaron que se le iba a pasar, pero no. Que era cuestión de tiempo, pero no. La cosa se fue enredando más y más hasta quedar hecha un revoltijo. Y aunque habían tratado de ayudarlo, nomás no supieron qué más hacer. Pánfilo no podía solo y ellos solos no podían con él.

Juancho, generoso siempre, llevaba largo rato haciéndose cargo de los cinco niños de la Rosa y el Pánfilo: Juanito, Marta, Pedro, Cirilo y Cuquita. Jugaba con ellos, les enseñaba las mañas de la existencia y hasta historias les relataba. Los chamacos lo querían mucho, mucho. Le decían padrino. Juanito, en especial, le tenía harto cariño, a la mera porque sí era su hijo, aunque nunca se supo si era de verdad sangre de su sangre o sólo le había dado al cura gritón y alburero por rescatarlo de alguna suerte que intuyó terrible. Pero daba lo mismo. El cariño no se juzga y los abrazos entre Juanito y Juancho eran de ley.

La Rosa, por su parte, era la que se afanaba y ganaba su dinerito. Ahí la llevaba, no le iba tan mal a la familia, y aunque ya estaban bastante acomodados, no podían dejar a Pánfilo perderse en sus alucines. Hasta entonces nada les había funcionado. Por eso fueron a traer al *owirúame*.

Ya meses atrás, Matiana había mandado llamar a su papaíto para que echara palabras con Pánfilo, para que le dijera de esas frases que calan, para que se las pusiera en las manos con la esperanza de que no las soltara. Las tendría que escuchar primero, llevárselas empuñadas para pensarlas harto. Ya luego vería si las tiraba por el camino, si es que no le servían para nada. Pero antes que las amase un ratito, dijeron, y a lo mejor algo de la poesía se le queda y lo resucita. Para eso llamaron a Eulogio, y sí fue. Con la ilusión de que a él lo escuchara. Porque Eulogio sí que es poeta, recompone al mundo con la magia de su boca. Sólo que a Pánfilo no lo compuso, andaría ya

muy jodido, como la videocasetera que un día se quebró, se tragó todita la cinta y ya no quiso escupirla nunca. Entonces se acabó el cineclub. No le fuera a pasar lo mismo a Pánfilo, que había tirado todos los consejos en algún lugar a medio camino, segurito se le cayeron por andar borracho.

Y mejor le llevaron al curandero. Juancho lo fue a buscar hasta Papajichi para que lo curara, le ayudara a salir de sus tormentas. Cuando llegó, acostaron a Pánfilo, medio a la fuerza.

El primer día, Candelario desenredó un paliacate que traía bien amarrado al cinto tejido y de ahí sacó un rosario, lo mojó con *teswino* y se lo puso al exmarista en todas las articulaciones.

—Por ahí se le escapan a uno las ganas, y hay que sellar la salida con las lágrimas del maíz.

También le pasó un olote quemado por encima de la cabeza para cortarle el hilo invisible que conecta a la gente a quién sabe qué cosa.

—Algo que anda afuera, acechándolo, lo trae amarrado a malas ideas —Candelario, que de esas cosas sabía harto.

—Es tiempo de vivir en la tierra, Pánfilo —le susurraba al oído.

A la mañana siguiente, lo regañó.

—Se trata de poner los pies bien plantados en el monte, de aplomarse, de comprender, pues, que es importante estar vivo. Estar aquí y olvidarse de todo lo demás. Poner cabeza y corazón aquí donde están tus *towis*, tus *tewekes*, tu mujer. ¡Más vale que te espabiles, cabrón! ¡Ya estuvo bueno! ¡Esas veredas por las que andas no llevan a ningún lado!

Dos semanas duró el hombre revolviéndose en su cama, dos semanas de sudores, alaridos y visiones terroríficas. Dos semanas de niños con las manos en las orejas por las noches, de Rosa yendo y trayendo trapos mojados para apaciguar la fiebre, de Montejo atajándolo cuando amenazaba con arrancarse para el monte. Dos semanas. Ni tanto. ¿Qué son dos semanas para recuperar los sueños? Porque Pánfilo volvió a soñar, a trabajar, a reír. Se olvidó de lo que había visto en Cerocahui. Las cosas que unos hacen a otros. Gracias a un olote quemado.

52
Una pedrada

Llegó con el pelo todo ensangrentado. A los quince años ya se tiene más fuerza, y la pedrada le fue a aterrizar en el filo entre el cabello y la frente. La sangre se le metió a los ojos, la baba viscosa casi lo ciega. Y sintió miedo, mucho. ¿Por qué le hacían eso? Eran de su mismo pueblo. Mero a la orilla del río se pasmó, como venado lampareado, la cabeza de un lado a otro como preguntándole a los pies, pues ¿para dónde jalo? No supo si enfilar hacia el internado o para su casa.

Venía silbando, tratando de imitar al gorrión que se posa todas las mañanas en el manzano del patiecito, distraído, ya estaba a unos metros de la puerta del internado cuando le salieron cuatro al encuentro. Debieron estar escondidos detrás del árbol de la entrada porque no los vio y le brincaron, así, de pronto.

Los pensamientos —que de cara al peligro se amontonan todos— le fueron cruzando la frente cual correcaminos veloces: estarán jugando, es una broma, los vienen persiguiendo; pero no. Comenzaron a burlarse de él. Se siguió de largo quesque no escuchando, eran *chabochis*, ¿cómo iba un pinche indio, un sin razón, o lo que fuera, a ignorarlos a ellos? Entonces uno le lanzó la primera piedra…

Echó a correr. Seguro andaban borrachos, borrachos o algo peor… ya tenía rato que alguna gente serrana se metía sabe Dios qué cosas, se las untaban en las narices y andaban por ahí con la mirada perdida y las fauces babeando.

Enfiló de vuelta al arroyo, de tan rápido que es, no lo alcanzaron, le dicen el Venado Cola Blanca y siempre gana las carreras, por eso se encabritaron más y le llovieron las rocas como en granizo pesado. Al final una lo alcanzó. Y tuvo que parar la carrera porque no veía nada. Se habrán dado cuenta de la chorreadera, pues desaparecieron, los cobardes siempre se esconden. Y Miguel era hijo de Montejo Lobo. No había hombre más feroz.

De por sí ya iba tarde a la escuela, y ahora con esto… Le gustaba

mucho estudiar pero no así. Hijo de cura. Las burlas. Y qué. Entonces odió un poco a su padre. Comenzaba a entender lo que significaba para los de afuera, para los que no conocían el calor de su familia, se imaginó el antes, de qué forma habrá sido, en la parroquia a los dos solos, su mamá jovencita, el cura, los imaginó, sobre todo a él, un hombre de Dios, un hijo de la chingada, ¿por qué su papá no era como los otros?

Se imaginó esas cosas que elucubraban los que no los querían, y como si él fuera un extraño, le puso juicio a su hogar, le endilgó adjetivos, insultos que se le revolvieron con la sangre que le chorreaba de la cabeza cegándolo, porque esas cosas ciegan, no le dejan ver a uno lo que es bueno para el corazón. Creyó merecer una disculpa, pero si no había nada que perdonar, el amor lo borra todo, y él allí pensando, la cabezota rajada, que alguien le debía una disculpa. Pero si lo querían tanto, tantísimo, ¿por qué habrían de disculparse?

Por fin se echó a andar hasta su casa. Qué caso tenía presentarse así en el salón de clases. Matiana, igual que siempre, estaba en la clínica. Necha y Leandro se habían ido más temprano, convocados por Pánfilo para el saludo a la bandera, por eso su hermana que era, decía su mamá, un gavilán peligroso, no estuvo ahí para defenderlo como tantas otras veces. Catorce años y no pudo devolver el ataque. Aunque él era fuerte, pegaba duro, ganaba las carreras, y nomás no pudo, nomás huyó. Se odió por eso también. Un poquito. No es mi culpa, pensó.

Al entrar lo recibió Montejo, que andaba revisando sabrá qué papeles para sabrá quién. Ahora hacía eso, defender las causas. Quiso tocarle la frente y Miguel se echó para atrás, quiso abrazarlo y Miguel lo empujó.

—Mijo…

Sin decir nada, se fue a lavar y luego a la clínica. Se arrancó para afuera cual alma que lleva el diablo, dejando a su papá con el Jesús en la boca y las palabras atoradas. Apenas alcanzó a musitar:

—¿Qué pasó? Dime, mijo.

Pero no le contestó. Sólo un portazo. ¿Qué iba a decirle?

Y ahí mero, ese día, en ese instante, con una pedrada en la jeta, Miguel comenzó a alejarse de su *onó,* así como se separan las ramas de los pinos que se van secando, poco a poco, se ponen tristes, pierden sus hojas, derrotadas se inclinan y finalmente se desgaja el poquito que los unía al tronco de la familia. Entonces algo en medio del

bosque se muere.

En la clínica halló al doctor antes que a su *nana* Matiana. Mejor así. Él lo curó, cuatro puntadas, mucho alcohol y un coraje bien encajado en la boca del estómago. Por explicación, silencio. Se sentía avergonzado, quién sabe por qué. La vergüenza es cosa rara, muda del que la genera para aplatanarse en quien no la merece.

Montejo que había dejado todo para tener una familia, para vivir rarámuri él y con los suyos, comprendió que para su hijo eso no valía de nada, que a los quince Miguel lo dejaría a él, y luego Necha y luego Leandro, que así tenía que ser para que siguiera funcionando el mundo como siempre lo ha hecho. Y aulló, un aullido largo y agudo. Aquello no lo había previsto. Sintió una pedrada que le destrozaba el pecho. Una pedrada certera.

53
Cascada en Tónachi

Matiana también lo testimoniaba. Sus hijos, pero sobre todo Miguel, eran cada día más callados, más huraños, más hoscos. El coraje les salía por la cara en barros, por las axilas en pelos, por las mañanas en otras cosas. Para ella todo eso era nuevo. Algunos días, recostada junto al Lobo, se sentía vieja, se sentía triste, se sentía sola. De haber sabido hubiera puesto más empeño en las escondidas, las tráis, las carreritas. De haber sabido. Pero la vida es ingrata, nos trae la enseñanza cuando ya de nada nos sirve, como si uno se pusiera a limarle los cuernos al toro una vez perforadas las tripas. Algo así. Porque era en las tripas donde Matiana sentía el cambio. También la Rosa. Por suerte, se tenían una a la otra.

Por aquellos días les daba por extrañar tantito más a Cristina, que tenía la cualidad de ver pasar la vida serena, de flotar de muertito en su cauce, despreocupada por la cascada que pudiera aparecer allá adelantito, pero que uno no alcanza a mirar.

Una cascada como la de Tónachi. Ir allá en verano era lo que más les gustaba, era casi como ir al corazón de la magia, viajaban. El paseo se le ocurrió a la Rosa, propuso hacer allá la despedida de los muchachos. Miguel y Pedro terminaban sus estudios y ya no les quedaba más remedio que echar para adelante, se irían. Mejor celebrar que lamentarse. Si los iban a perder, que fuera luego de bañarse, comer y reír juntos.

—Hacemos la vuelta a Tónachi juntos —la Rosa ya imaginando el momento, la alegría—. Me voy a poner a cocinar empanadas de duraznos, coricos y hasta burritos de chile colorado. Además, si lo invitamos, Juancho segurito pone la carne para la discada y hasta la gasolina, vas a ver —parlanchina, intentando convencer a Pánfilo, a Montejo y a Matiana.

Los veía, dudaban. Andaban confundidos por la melancolía de ver a los hijos agarrar camino por su cuenta. Pero Rosa se empeñó. Si de

algo podían acusarla, era de necia. Y aunque el corazón les doliera por la despedida, no les quedaría más que decir sí, que sí iban, ándale, pues, Rosa. Y armarse con las ganas de convivir, de alegrarse y, sobre todo, con las ganas de quitarse a la Rosa de encima, pues le dio por azuzar a sus hijos, que eran cinco, y los anduvieron sombreando para arriba y para abajo sin piedad, así hasta lograr que dieran una respuesta afirmativa.

—¡Que sí, que sí! ¡Con una chingada, Juanito! —Juancho a Juanito, porque la Rosa conocía la debilidad del diocesano por el chamaco y por eso se lo encargó a él.

—Ándale, pues, ve dile y dile a tu mamá que está bueno —Pánfilo a Martita que se había hecho buena para las palabras y podía enredar a uno en cualquier descuido.

—Sí, de acuerdo —Montejo, displicente, a Pedro. Porque fue Pedro, y no su hijo Miguel, el que se le acercó para pedirle que aceptara.

Matiana ya desde el principio había accedido. Tan dada a la alegría, no le vio ningún «pero» al asunto y hasta se organizó para ella también cocinar tres o cuatro cosas.

Por fin, un domingo de verano después de la misa, se enfilaron todos juntos en la troca de Juancho, que sí puso la gasolina, hasta Tónachi, el lugar de la cascada, a celebrar que los niños dejaron de serlo y ahora habrían de aguantarse el pavor de hacerse grandes y agarrar un camino, el que fuera. Ahora sí, tendrían que decidir solitos. Ya no eran chamacos, eran hombres hechos y derechos. Y es que en la Sierra no hay adolescencia. La vida le pertenece a uno entera nomás dejando la escuela, y ya ve uno si la gana o la pierde, según se avispe o no. A ver ahora qué hacían Miguel y Pedro con su existencia. No los dejes solos ni de noche ni de día, Montejo con la cantaleta de las noches de su infancia mientras descargan las cosas de la caja de la camioneta.

Marta, ya instalados, los mira con ternura, casi como si fuera su madre. Apenas les lleva un año, pero se siente cien más vieja, razones no le faltan. A la orilla del río, Pedro insiste en el rasgueo de la guitarra retando la paciencia de todos. Juanito, Necha, Cuquita y Leandro, salpican atraídos por la fuerza del salto de agua, como si la gravedad de la caída les lazara el cuello para arrearlos al chapoteo. Alborotados juegan bajo el chorro. Qué divertido es mojarse cuando uno está nuevito. Algo ha de tener el agua que con su fuerza arranca mazorcas a la tierra y risas a los niños. Pero qué será lo que tiene, sólo

el bosque lo sabe.

Miguel es el más callado. Nomás mira la cascada como hipnotizado, como queriendo saber si el correr del agua que sigue su rumbo hasta el despeñadero es bueno o es malo. Así anda, dándole vueltas a las ideas para desenredarlas y lo único que sí comprende, o más bien intuye, es que el andar, el suyo y el del arroyo, no pueden detenerse, y eso, eso tiene que ser bueno. Tan chulo y bueno como la cascada de Tónachi.

54
Un silencio vacío

A veces el silencio es el mejor refugio. Miguel lo sabe. Con apenas dieciséis años ya comprende que a quienes hablan mucho se les va la vida por la boca, y mejor calla. En eso se parece tanto a su abuelo Eulogio. Se quieren mucho.

Desde que salió del internado hace un año, viven juntos, en su casa ya no quería estar y sólo su abuelo podía enseñarle lo que él necesitaba. Eulogio, el de la huerta más rendidora. También él quería ver crecer los repollos, las calabazas, las matitas de chile. Quería aprender cómo hablarle a la tierra para que ella respondiera con canciones de alegría. ¿Cómo se hace, abuelo?

Pero Eulogio no explica nada, sólo en silencio se comprenden los misterios del campo. La fiesta es para las palabras; la quietud, para la siembra. Algo así le contestaba, algo así. Poco a poco, Miguel entendió que el secreto estaba, que siempre ha estado, en el corazón y en los sueños. Nomás de ver a Eulogio.

Tempranito, siempre con una sonrisa, se alista su abuelo. Café con mucha azúcar. El sol incandescente apenas asomando detrás del cerro, la mañana clareando recién y sale de su casa, como si estuviera naciendo cada mañana al cruzar el umbral. Contento. Igual golpetea la tierra para trazar los surcos con el azadón, que arranca las hierbas malas, que acarrea agua del arroyo si han faltado las lluvias, pero siempre con el corazón alegre. Por las noches, Eulogio sueña campos repletos de maíz, de frijol, de vida. Pero cuando más alegre se le ve, es cuando toca levantar la siembra, con cuidado los chiles y las calabazas, con precisión las mazorcas en la milpa.

Entonces rompe el silencio que lo acompaña, un silencio repleto, y se pone a cantar o silbar, preparándose para el final del día, cuando saca su violín y lo hace sonar gustoso junto al fuego, mientras Miguel calienta las tortillas y cuece unos frijolitos con chile o papa.

Así ha aprendido Miguel a amar a su tierra, a entender que su

corazón es de barro y la alegría tiene tallo, hojas y pistilo. Entonces se imagina como su abuelo, con una buena mujer a su lado, teniendo hijos, sembrando frijoles, tocando el violín. O bueno, la guitarra, que de violines no sabe nada. No hay sueños pequeños, lo entiende ahora. El suyo es ese, insignificante y magnífico.

Le gusta mucho estar con Eulogio en Murachárachi, pero al mismo tiempo siente las ganas que le piden ver a su mamá y a Pedro, su mejor amigo. Entonces se arranca en su bicicleta, la que le regaló su padre cuando acabó la escuela, todos los domingos para jugar al básquet en la cancha del internado. Es bueno para encestar.

Tras cada partido, vuelve en silencio. Con sudoroso contento, pero triste a la vez. Servidas sus ganas de abrazar a Matiana y conversar con Pedro, pero aún buscando cómo acercarse a Montejo. Fue él quien decidió irse lejos y ahora no sabe cómo hacer para regresar a sus abrazos. Al apapacho del Lobo. Por eso anda en silencio. Un silencio que no es igual al de su abuelo mientras siembra, es otro. Un silencio vacío.

55
La abuela Inés

Mi casa es grande, acá hay de todo, necesitan ver el mundo. La abuela Inés llevaba años insistiendo. Pero Miguel no buscaba más mundo que el de los suyos. Fue la Necha, pues, la que le tomó la palabra. Tantos años de andar por los pasillos de la clínica, de escuchar sin querer las quejas de las monjas, las lamentaciones del doctor, las angustias de su *nana*, que si no hay material, que si necesitamos más manos expertas, que si…, que si…, que si…, tantos años no le dejaron más remedio que el deseo de ser doctora. Ella, una *bukita* tarahumara, derechito a Guadalajara, a la universidad.

Quién sabe bien a bien cómo le habrá hecho, seguro la ayudó el doctor, o su papá, o los dos, y ella, pues ella también se ayudó a sí misma, estudiando harto, leyendo por las noches los libros que había, no eran muchos, pero igual se los conoció todos.

Días y días persiguiendo al médico, observando, acribillando con preguntas a las monjas, a las más espabiladas, a las otras no, ¿para qué? Siempre metiendo las manos a la primera oportunidad, empeñando la cabeza, direccionando el deseo. Y sí, la aceptaron. En la mera universidad. Pues ¿qué es eso?, le preguntó Cuquita y se echaron a reír. Para estudiar. Quesque la licenciatura en medicina, en la U de G. ¿La U de qué?

Apenas recibieron la noticia, la compartieron con la abuela Inés. Todas las mañanas la añeja mujer entraba a la cocina, directito al refrigerador, y no por tragona, sino para tachar uno a uno los recuadros del calendario, ya falta menos, se animaba. Ahí andaba la abuela Inés, comprando sábanas nuevas, una computadora, ropa… va a necesitar ropa. No puede ir a clases con esas faldas de india. ¿O sí? Pero no conoce la talla, hace mucho que no la ve, no sabe si es alta como su padre o baja como su madre. La recuerda pelirroja, con los ojos azules de su hijo y la piel morena de su nuera. Sí, su nuera. Las vueltas que da la vida. Pero la suya no, sólo la de otros.

Matiana, mamá preocupada, da recomendaciones día y noche, mañanas y tardes, no te olvides de los tuyos, escribe, llama, reza en tu lengua, que no se te empolve, mienta las palabras todos los días, en ellas está el alma de nuestro pueblo, en los decires, en los cantares, en el idioma. Que no se te llene la cabeza de sueños de blanco, acuérdate, los rarámuris soñamos juntos un solo sueño, y tú, tú, mi niña, eres pies ligeros como nosotros, ve, aprende, pues, pero no olvides, no desvíes, no rechaces. Eso les pasa a algunos y ya no saben ni quiénes son, ni qué soñar. Es lo peor. No soñar es como no tener corazón. Que no te pase.

La abuela Inés pregunta qué comes, qué te gusta, qué te compro. Nerviosa, atareada, feliz. La vuelta del hijo pródigo o casi. Pero cuenta, es hija de su hijo y cuenta. Por eso hay fiesta en su pecho. La vuelta a casa. Mi niña que ahora va a ser tapatía. Con empeño, una niña bien. Como su abuela. Y médica. Ya se ve presumiéndola en las reuniones.

La *nana* Matiana que le da la bendición, esas cosas se pegan y ella se juntó con un cura, le besa la frente, se suben las dos al camión para que las lleve hasta el otro lado del universo. Más de un día. De parada en parada, de aguilita en los baños, el cuello como matraca mientras intentan pegar ojo, unos burritos en la primera parada, dos Boings en la segunda, un poco de agua y mantecadas en la tercera… De Guachochi a Parral, de Parral a Torreón, de Torreón a Guadalajara. ¡Por fin! Les gusta más andar a pie pero tenían que llegar pronto, ni modo. A pie hubieran hecho semanas.

La abuela Inés abraza a Matiana. Y en el abrazo la comprende, porque siente su angustia, su pena, su preocupación. No es fácil ver partir a un hijo a tierras desconocidas. Rubia o morena, las dos son madres. Ese amor las hermana. Necha, hija de Matiana, nieta de Inés. En ese abrazo Matiana suelta, porque siente el amor de la suegra, su ilusión, su gozo. Se le escurren las lágrimas. Contagia a doña Inés. Se queda lejos su *tewekita*, pero la acoge el cariño y eso la tranquiliza. Nechita llora, no sabe si de felicidad o tristeza, capaz que por las dos cosas, eso tienen las despedidas, lo arrojan uno al futuro y lo arrancan de lo familiar, de lo conocido. De hocico a la incertidumbre y a las posibilidades, cuánta ilusión, cuánto miedo. Y tan lejos. Matiana llora. ¿Irá a encontrar mi niña el camino de regreso?

56
En chiringo

Pedro adora a Pánfilo pero aborrece sus borracheras, que aunque ya se le arriman menos y no tan recio, por necias y perseverantes, le han ido apagando el fuego de los ojos, que ahora parecen más de palo y menos de agua. Por eso Pedro tiene, debe, necesita quedarse junto a él, auxiliarlo. Qué le hace que fuera malo para la estudiada, resultó rebueno como guía de los chamacos, para dar ejemplo de vida ni falta que hacen el cálculo y la geografía, así que él puede ayudar bien a su papá. Además asiste a Montejo en sus mandados. Sirve a todos, le gusta. Lo de afanarse en el bienestar de la gente lo trae bien arraigado en el tuétano desde nuevito. Cuando uno es así, ni tiempo de buscarse una *mukí* que le dé hijos y calor en las noches.

Miguel, en cambio, ya halló a su Chelina. En la Sierra la fruta madura pronto y la gente no espera demasiado para hacer familia. Mas Pedro no. Anda muy ocupado atendiendo a otros, ni chance de preguntarse qué quiere. O a lo mejor eso es lo que quiere y le vino la respuesta sin hacerse la pregunta. A lo mejor. Además el Pánfilo es un hilacho, y si no es él, ¿quién le echa la mano?

Marta se arrejuntó y se fue al otro lado de la Sierra, hasta Cerocahui. Las noticias, que corren quién sabe cómo, les traen nuevas de su vida con hijos, con amigos… Cirilo es tranquilo y sólo busca un lugarcito en el mundo, en este mundo, el que conoce y ama. Lo que más le gusta es la fiesta, cuando todos bailan, toman *teswino* y hasta cuentan chistes, pero no está hecho para arrear escuincles, por eso no va a trabajar en el internado como Pedro.

Juanito y Leandro, mientras, andan como atarantados, lampareados con la realidad de afuera, la de las películas, la de los turistas, la de quién sabe dónde, cantando o haciendo como que cantan canciones en chiringo; por más que Juancho les dice que el inglés es la lengua del demonio, a ellos les importa poco. Hasta de él se burlan y luego luego se ponen a corear… *Chi lovs yu yé yé yé*. La amistad es un pacto

inquebrantable, cuando se tiene un amigo no se busca que alguien más lo comprenda a uno. *Clous yor ais an ai mis yu*…

Qué suerte, pinche Yoni, está rebueno tu nombre. ¿Y ahora para dónde vamos a ir cuando acabemos el internado? Por las noches hacen planes, Juanito, bueno pues, el Yoni, quiere largarse de ahí, así lo dice, largarme de aquí, aquí uno se vuelve cura o se vuelve narco, piénsalo bien, Leandro, yo no quiero acabar como canción de Los Tucanes de Tijuana, «sembrando maíz y frijol nunca junté ni un centavo, de sol a sol me miraban agarrado del arado…». Yo no. Además, juntos nos acompañamos. Juntos nos acompañamos, repite Leandro, pero no está convencido, le gusta estar con su papá, procurar a su *nana*. Ahora que sus hermanos no están —Miguel anda con Eulogio y Necha dizque estudiando medicina donde la abuela Inés— siente el hueco que dejaron y el apapacho desesperado de quienes los trajeron al mundo. Parecen almas en pena, el cura y su mujer.

Matiana y Montejo andan necesitados. ¿Será posible dejarlos si están así, como perros olfateando migajas de cariño para saciarse? No tiene ningún plan, no sabe ni siquiera cómo hacerlo, para eso está su *norawa*, el Yoni, que va a arrearlo a lugares que no puede siquiera imaginar, porque nunca ha visto el mar y no sabe de la inmensidad de su presencia.

—¿El mar? ¿Qué vamos a hacer tan lejos?

—Te digo que conocí un compa, de esos que vienen a turistear en Semana Santa, me hice de palabras y me ofreció que fuéramos. Nos vio fuertes, macizos…

—Pues si así somos, ¿cómo más nos iba a ver?

—Por eso.

—¿Por eso qué?

—Ay, pinche Leandro, no entiendes nada, como si te hablara en chiringo.

Los dos se ríen, se burlan más bien. Juancho porque es viejo, considera el Yoni, aunque no tiene más de sesenta años, piensa lo que piensa.

—Si el inglés es lo de hoy, es la lengua del futuro —insiste el Yoni.

—¿Qué futuro? Chamacos pendejos, no digan babosadas.

—Ya deje de pistear, padre Juancho, se le enredan las ideas —el Yoni que es altanero como ¿su padre?

—Están nuevitos y brutos, pero de mí se acuerdan, hijos de la chingada, un día les va a reventar la inquietud en la cara.

—No te pongas así, Juancho, apenas son muchachitos y no saben lo que dicen —Montejo comprensivo.

—Muchachitos sí, pero también bien pendejos.

—Es que ya estás viejo, Juancho —Yoni al ataque.

—Viejos los cerros y todavía echan palos —la risotada deliciosa de Juancho.

—No, pues eso sí —Leandro zanjando la discusión.

Pedro nomás se ríe, le divierte ver a todos atolondrados persiguiendo un destino que no pueden siquiera nombrar. En chiringo. Habrase visto. *O mai god.*

57
Camión pasajero

Hasta Reyes se había arrimado esa vez para despedir a los muchachos que se iban a Mazatlán. A lo mejor veía a Miguel, aunque no vivía lejos, apenas en Murachárachi con Eulogio, ya casi no iba para Norogachi, mucho menos a Guachochi, donde estaban él y el cuartel. El tío tenía la esperanza de toparse a su sobrino si esta vez sí se aparecía. Pidió permiso al general o al coronel o a alguien de los que mandaban y, quién sabe por qué, se lo dieron. Ya desde la tarde anterior le habían contado que su familia andaba por allí, que llegaron en la Rapidita.

Los camiones «ballezanos» salían los miércoles al mediodía rumbo a Sinaloa, así que seguro los encontraría en la esquina donde se estacionaban para que los pasajeros abordaran cargados de bultos o con las manos vacías, según fuera la suerte de cada uno.

Estando él bien lejos, los miró. Tenía ojos de gavilán, por eso se había convertido en el favorito de la tropa; donde ponía el ojo, ponía la bala. Y allá andaban Miguel, qué alegría por fin verlo, con Montejo y Matiana, a quienes se les pelaba su chamaco más tiernito.

También alcanzó a ver a Juancho, serio para despedir al Yoni, que no veía la hora de largarse, y ya. Necha no estaba. Su sobrina llevaba más de un año viviendo con su abuela, estudie y estudie. En ese rato nomás la había visto una vez, para la fiesta del Pilar, en octubre pasado. Los demás sí la habían visitado para la Navidad, pero a él no le dieron permiso, es más, ni lo pidió.

Hasta la Necha echó a correr lejos, bien lejos, cavilaba el Reyes mientras apuntaba la mirada a las figuras que iban creciendo con cada paso que daba.

—¡Reyes! —Lo abrazó Matiana, mientras el corazón se le hacía bolas al no poder decidir si se alegraba por el encuentro o se agüitaba por la despedida.

Se abrazaron. En cada abrazo recuperaban a esa mamacita que los

había descobijado de apapachos estando tan niños, tan tiernitos, finada ella y huérfanos los dos, habían tenido que darse abrazos uno al otro para no dejar secar el entusiasmo de la vida poco a poco.

A Miguel, nomás de ver a su *nana* y a su tío, se le aguaron los ojos y hasta le escurrieron dos o tres chorritos. Parecía que no se iban a soltar nunca pero sí, al final sí.

Montejo tocó su corazón, extendió su mano y rozó los dedos de su cuñado. Lo quería como a su propia carne, como a su misma sangre. Se sonrieron, el recuerdo del cariño aguanta harto, hasta eso de andar en diferentes bandos.

—¿Cuándo vuelves, pues? —Matiana siempre, siempre, siempre, con la misma pregunta. Reyes nomás encogía los hombros.

—A saber —pero ni quería regresar, o más bien, mejor ni se lo preguntaba porque no podía, aunque hubiera querido.

A sus espaldas, Yoni, Juancho y Leandro soltaban risotadas que opacó el camión pasajero cuando se arrimó a la banqueta, justo antes de apagar la matraca de motor que traía. Entonces empezaron los abrazos, las recomendaciones, Montejo serio, de regalo, un celular a su hijo —donde necesite algo y no sepa cómo avisarnos… Ya sé, ya sé, Lobo, le había dicho Matiana, que esas cosas aquí no se usan, que nomás empañan la mirada y las ideas, pero se va lejos, y uno nunca sabe… Y pues tanto le insistió que Montejo ahorró y compró uno de esos aparatos para su Leandro, que nomás agarrándolo se sintió hombre de mundo con un número telefónico.

—Vas a tener que abrir tu Instagram. —Le dirían nomás pisando tierras sinaloenses; la sentencia del acabose porque se le iría desdibujando el mundo de afuera para concentrarse más en la diminuta pantalla.

De los pasajeros ya sólo quedaban abajo Leandro y el Yoni cuando empezó otra vez duro y dale la matraca del motor. Yoni fue el primero en abordar, ya en Norogachi se había despedido de Pánfilo, de su hermano Pedro y de Rosa, y como Juancho tenía el corazón de mazapán, le dio nomás un abrazo rápido y lo despachó para arriba del autobús, no fuera a ser que de apretarlo tantito más fuerte, poquito más tiempo, se le escapara la sacudida que se le meneaba adentro y se pusiera a llorar hasta el día siguiente. Mejor rápido un abrazo, un golpecito en la espalda, tres chistes para aplacar la voz que se le quiebra y listo.

—¡Ándenle, pues, hijos de la chingada! Ya suelten a Leandro que lo

van a dejar.

Casi casi se va sin él, se tuvo que trepar a las prisas. El Yoni ya esperándolo atrás, junto a los baños, qué asco. Pero ni asco les dio porque iban bien contentos; la felicidad ingenua es la más pura de todas, así andaban, puras ilusiones y sin miedo. Eso sí, un poquito nerviosos, lo bueno que el chofer había puesto a sonar al dúo Miguel y Miguel, se sabían todas las canciones y las iban coreando borrachos de esperanza. «En un camión pasajero de esos que van pa Sonoraaaaaaa».

Llegaron pasaditas las ocho de la mañana con el culo bien tieso. La cinta de Miguel y Miguel había dado chorromil vueltas durante más de dieciocho horas. Los recibirían al mediodía e iban a tener que esperar.

—Vamos a ver el mar —Leandro que traía la idea alborotada y no había podido pensar en otra cosa las últimas cuatro horas.

—¿Y si mejor nos enfilamos donde el gimnasio?

—Pinche Yoni, ¿qué tú no quieres verlo?

—Pues eso sí, ¿pero no estará muy lejos? —El Yoni que no quería llegar tarde a la cita con el gringo que los iba a emplear.

Preguntaron y no. Estaba cerca de donde iban, a pie se harían menos de una hora hasta la playa y se echaron a andar. Les ardían las plantas de los pies con la quemazón que subía del pavimento y se colaba por la suela de llanta de sus huaraches; iban como perritos asustados arremolinándose de un lado a otro para taparse del sol mientras avanzaban, de sombra en sombra, pregunte y pregunte. La gente los miraba raro, soltaban risitas a sus espaldas, pero ellos ni cuenta, la ilusión la traían atravesada en la frente, les reborboteaba en el pecho y nada más les importaba. Ya luego sería diferente… las burlas son como la gota de agua que de tanto machacar termina por abrir un hueco en la piedra. Pero apenas venían llegando, iban enfiladitos a ver eso que le decían el mar. El océano.

Primero lo escucharon. No era el viento, no era el aire meciendo las hojas de los árboles, no era el correr del arroyo… y por fin lo vieron, allí lejos, se extendía hasta el fin del mundo. Cada uno agarró camino en dirección distinta, como hipnotizados por las olas. Se descalzaron y sintieron por primera vez las cosquillas de la arena entre los dedos, la frescura de la espuma que aliviaba sus pies ligeros. Tan hinchados de calor, tan desesperados de caricias. Así que eso era el mar. Un apapacho, una melodía, un presagio. Se giraron para mirarse a los

ojos. Leandro y Yoni. Los dos juntos en la playa de Mazatlán. Leandro buscó en su mochila el celular que le dio Montejo, su primera foto, el horizonte, las olas, la felicidad.

Poseídos por un júbilo que nunca antes habían sentido, se quitaron pantalones y camisa, que fueron a parar al montón de tiliches en el suelo, para poder bañarse, en calzoncillos, en ese inmenso vaivén. A ratos se asustaban porque el agua, que era salada, ¡salada!, los arreaba para adentro como queriéndolos retener para siempre en sus entrañas, y entonces, correteando hasta la orilla, lograban soltarse en medio de carcajadas. Así estuvieron quién sabe cuánto tiempo hasta que Yoni se acordó de la cita y, enarenados y pegosteosos, se pusieron sus trapitos, y a carrera loca llegaron a donde tenían que llegar.

—*What happened to you?* —Les preguntó el míster apenas los vio, pero como no entendieron, no dijeron nada.

Entonces el gringo se puso a hablar casi en español para explicarles dónde iban a vivir, dónde a trabajar y cuánto iban a ganar. Así, todo de sopetón, ni siquiera les invitó un café ni les preguntó de su viaje ni les convidó un taco. Lo bueno que había un puesto mero afuera del gimnasio, que se volvería también su casa, y eso sí, como el gringo les dio unos pesos, probaron por primera vez los tacos de camarón. Qué buenos eran.

—Mañana, ocho de la mañana, *sharp* —dijo el míster.

Les quedaba toditita la tarde. El Yoni, que era más güevón, se quedó acostado en el catre, pero Leandro quiso volver al mar, que desde ese día se le hizo irresistible.

Estuvo quién sabe cuánto tiempo sentado a la orilla, viendo el agua ir y venir, mojando sus pies, mientras los enterraba y desenterraba, con los ojos clavados sobre una huella que aún no borraban las olas. La pisada era apenas del tamaño de la palma de su mano; a su lado, una más grande, la marca del pie de un hombre. Imaginó entonces a su padre allí, sosteniendo su mano de niño, por eso no pudo, no quiso moverse de ese lugar en la orilla aunque se hacía tarde. Esperó a que el mar se acercara lentamente hasta difuminar el recuerdo, plasmado en esas dos marcas en la arena, de un lugar que ya no podía ser capturado, hasta que la espuma diluyera suavemente la memoria de instantes felices… Por fin, el mar borroneó la nostalgia, las huellas que algún día habían pasado por ahí, las de un hijo y su padre.

Entonces se levantó. El sol había desaparecido luego de convertir el mar en un camino de fuego; las olas rugían más fuerte y se alejó. La

sombra que proyectaba en la arena fue esfumándose poco a poco, igual que su pasada existencia, hasta que oscureció. Y volvió donde el Yoni. Ya era de noche y quería soñar con el mar.

59
Se fueron muchos

Se fue Miguel, se fue Necha, se fue Marta, se fue Leandro, se fue Juanito. El atrio de la iglesia, aunque se llenaba los domingos de gente, se sentía vacío, al menos para Montejo. Le faltaba su primogénito, los reclamos de la Necha, los chistes de Leandro. Si al menos sólo estuvieran lejos de su tierra, no estaría tan mal, pero es peor; le duele la distancia que empantana el espacio entre sus corazones. Le son ajenos. Qué difícil es atravesar de una orilla a la otra de la ciénaga; a uno se le atascan los pies, se embarra de lodo y no avanza. Un lodo plagado de silencios y malentendidos. Los echa de menos. No se vaya a hacer barranca el hueco y luego, ¿cómo lo cruza? Se le aguangan las piernas de pensarlo y entonces se aferra desesperado a los ojos risueños de Pedro, tan parecidos a los de sus tres hijos, tan tiernitos y buscadores.

Para espantar la zozobra, mejor se apresta a ayudar, a resolver una diligencia tras otra, los atropellos que se cometen aquí y allá contra tarahumaras y mestizos, parejo, y es que los buitres los acechan esperando que, un día, el pueblo desfallezca para devorarlo…

Pero la gente es recia y valiente, callada de valor, callada de sabiduría. Y resiste. Montejo los auxilia. Qué bien lo hace, qué bien los entiende, es uno de ellos, qué bien habla el rarámuri, qué bien bebe de la güeja y baila matachín y contempla el bosque. Montejo, uno de nosotros.

Pasaron los meses que se hicieron años. Seis largos años. Se corrió la voz y cada vez bajaban más, como guiados por la estrella de Belén, hasta Noro, a ver al padre Montejo.

—Que ya no soy padre.

—Usted llegó siendo padre y sigue siendo.

Aquí la gente que no se hace bolas con detalles pendejos.

Montejo despachaba a diestra y siniestra. Igual ordenaba papeles, que daba consejo, que hacía curaciones, de todo y nada. Pero para lo

que era bueno en realidad era para la escuchada. Paciente, oía cada palabra, como penetrando el pasado y el presente de quien hablaba, como desenmarañando la verdad que a veces se enreda en frases y chistes. Orientaba o callaba. Porque a veces no tenía respuesta y tampoco se iba a poner a dar de abrazos frente al silencio, porque ésas son cosas que allí no se estilan. Al mismo tiempo que él tocaba el corazón de ese pueblo, la gente miraba dentro del suyo.

Se habrán reunido a discutirlo alguna tarde hasta bien entrada la noche, habrán escuchado uno a uno los testimonios, habrán dado razones, aunque no eran necesarias, porque la decisión fue unánime.

—Te queremos de *chérame*, gobernador tarahumara, Montejo —la voz del *mayora* que se encarga de velar por la paz de todos.

—Pero si soy *chabochi*.

—Pareces pero no eres, los pies ligeros los lleva uno en el corazón, no en la cara ni en las barbas.

—Si la gente quiere, quiero.

—Quieren, pero mejor rasúrate que así te ves muy diferente de los rarámuris. Esos que tienen pelos en la cara no son de fiar y en ti sí confiamos.

—Así lo haré, pues.

Lo nombraron gobernador de Norogachi, que no es cualquier cosa. Es el pueblo cabecera, allí se reúnen las comunidades de alrededor, allí se juntan niños, mujeres y hombres, allí dan consejos, cuentan historias cargadas de hierba y flores para compartirlas unos con otros. Y es Montejo quien lleva ahora el bastón de mando, quien mienta cosas como resistir, justicia, lucha, raíces, tradiciones, memoria, mientras calla otras como desplazados, ejecuciones, despojo. ¿De qué sirve repetirlas? ¿Qué mundo construyen esas palabras?

Cómo le hubiera gustado que lo atestiguaran sus hijos, que lo miraran paseándose por ahí con semejante palo en la mano, respetado. Cómo le gustaría poder decir a Miguel, que ya no le habla, «mijo, es usted el hijo del *chérame* gobernador, no deje que le cuenten otras cosas», sentarse por las noches con Necha y platicarle las noticias que dan día a día los promotores de salud que había organizado, casi todas mujeres, promotoras, pues, con tanto niño tuberculoso regado por los montes, hay que curarlos con medicinas o hierbas o lo que haya. Lo bueno que Juancho, alegre avioneta, va para allá y para acá, igual echando los santos óleos que repartiendo té de ese que alivia la carraspera. Y Leandro, pues ése es su benjamín, extraña verlo correr

por la brecha, tan galguito él, una varita enclenque a paso veloz entre los matorrales. Se gusta como es ahora pero algo le falta, a ratos el bastón le pesa y arrastra los pasos. Si tan sólo sus hijos volvieran a aligerarlo.

Matiana está orgullosa, lo quiere y se regocija.

—Míralo, Rosa, qué contento va, anda culeco.

Ojalá pudieran verlo sus hijos, pero se fueron. Se fueron muchos. Le han contado de pueblos fantasma, de los que huyeron todos, lugares que se llenaron de pesadillas, donde ya no se enciende el fuego ni crecen las margaritas. Y a Matiana le da miedo. No vaya a ser, ya se fueron muchos de aquí, no vaya a ser. Se fueron muchos.

60
Alto calibre

Es inabarcable. La Sierra. Por su magia, no por su inmensidad, aunque si es gigantesca, no es por eso. Los rarámuris caminan por sus barrancas, sus valles, sus montes. Una vez cada año se juntan, comunidad, en algún lugar de las infinitas montañas. Por eso andaba Montejo en Creel, porque es *chérame* gobernador de un pueblo tarahumara. Y entonces pasó lo que pasó.

Camionetas último modelo.

Andarían por allá lejos, capaz venían desde Guadalupe y Calvo con encargo, tomados o quién sabe qué, con las bocinas retumbando narcocorridos y ellos: «soy el jefe de jefe señoreeees», Los Tigres del Norte, a todo pulmón, tras los vidrios polarizados.

Mientras, en el salón ese del baile, más bodega que otra cosa, Los Tucanes de Tijuana: «Vivo de tres animales que quiero como a mi vida, con ellos gano dinero y ni les compro comidaaaa», las familias completitas, al fin hay chelas y burritos para todos, bailan y cantan. Celebran ponerle nombre al más nuevito del clan. Muy al estilo *chabochi* de allá, y como son rebuenas personas, en la fiesta lo mismo hay mestizos que rarámuris, que la alegría sabe más buena si se sabe compartir sin andar fijándose en las proveniencias.

En la parroquia, donde les dieron cama a los tarahumaras que llegaron para la reunión, a Montejo igual, ni modo que no, también hay música, Miguel y Miguel: «En un camión pasajero, de esos que van pa Sonora, yo iba cansado y con sueño cuando subió una señoraaa…». ¡Salud! Allí lo que hay es tequila y brindan. Montejo con los que siguen siendo curas de la Sierra. Los demás a eso no le hacen tanto, el tequila ni les gusta. Pero Montejo piensa, al cabo es sábado. Día de fiesta para todos, nomás que eso de celebrar no es igual para unos que para otros…

En el salón las botas raspan la pista de baile, la quebradita, recién bautizaron al niño y hay que celebrarlo bailando. Recién vendieron la

carga y hay que celebrarlo rafagueando. ¡Órale, hijos de la chingada! La música de las balas. Los últimos acordes. Ya no van a bailar más. Ninguno de los trece que hace instantes parloteaban y zapateaban. Al bebé de brazos ni chance de dar sus primeros pasitos le dieron. La puerta se abrió y se coló el diablo en la fiesta. Traía alto calibre y camionetas último modelo con motores bien jaladores para hacer de estrofa final a la sinfonía de disparos. Rafagueando llegaron, como ráfaga se fueron, «Salieron de San Isidro, procedentes de Tijuanaaa…». ¡Qué buenos son Los Tigres, chingaos!

Camionetas último modelo. Ni patrullas, ni policías, ni ambulancias, ni militares. Pero si acá se oye todo. Pos, ¿dónde andan? Montejo corre, espabilado por los tronidos, seguido por los demás, y abre la puerta del infierno. Todo es rojo como el demonio. Rojo y viscoso. No se escucha ni una sola sirena. ¿Y el ejército? ¿Dónde andará Reyes cuando pasan estas cosas?

—Pérense, ¡no los muevan! ¡No los toquen! —Su primer impulso.

Pero hay que ver si alguno está vivo, si respiran, si tienen pulso. Es él quien los toca, no. Nada. Les acaricia la frente. Les susurra palabras de un consuelo que no pueden ya escuchar y que de nada les sirve. Pero en realidad es él quien necesita consuelo, quien busca asirse a alguna esperanza. Porque hay un bebé, de brazos. Lo habrá abrazado con todas sus fuerzas, con la esperanza de protegerlo con su cuerpo, pero una bala le atravesó la vida y fue a clavarse en ambos pechos. Pobre hombre. Ha de ser su padre. Y él tiene tres hijos. Siente ganas de vomitar. ¿Qué pecado puede cometer un ser humano tan diminuto? ¡Dios es un perro rabioso!

Todos muertos. Los trece. Todos familiares. ¿Y la policía? Una noche entera en el terror de un velorio macabro. Mero amanecía, se apersonó la primera autoridad, distraídamente, como quien no sabe ni fue advertida de lo que venía. Habrán estado estacionando la camioneta último modelo en su garaje, en el meritito cuartel, en el Palacio Municipal, o quién sabe. A la mera. Ésas gustan mucho por acá, si vieran.

Montejo enseña los dientes, gruñe, ¡hijos de su puta madre! Pero es mejor calmarse, explicar, buscar justicia. Para estos también que son, que eran, mestizos, para los niños, las mujeres, el bebé. Para todos. Los rarámuris presentes, los que estaban en la parroquia, dispuestos a ayudar, comunidad, hay que llevarlos hasta sus casas para que los velen, apenas dan el permiso las autoridades de moverlos y los cargan,

con cuidado, en cobijas, en procesión, hay que trasladar los cuerpos, ¿a dónde se los llevamos?, los acarrean hasta ese lugar, esa dirección que apenas logró balbucear una de las tías, la que había ido por los hielos, la que no estaba, la resucitada. La que se salvó del alto calibre. Montejo la abraza. Llora con ella. Sostiene su mano.

Eso fue lo último que dijo, llévenlos para allá, allí donde esto y lo otro, le hicieron caso, le ayudaron a limpiarlos, a envolverlos, a cavar y echarles tierra. Veintiséis palos, trece cruces. Cuentan que la tía no volvió a hablar. Nunca. Pues ¿qué iba a decir luego de eso? Sólo una vez al año va a salir, siempre en la misma fecha, siempre un 16 de agosto, siempre a gritar ¡Justicia! Y una de esas veces casi la atropella una de esas camionetas último modelo, de las que seguro cargan con alto calibre.

61
Tocar la guitarra

Reyes supo, sí que supo. Los rumores crecen como el moho en las piedras. Supo lo que pasó en Creel y lo que pasó con su cuñado. Así lo pensó: su cuñado. Ya no era el padre Montejo. El ejército le cambia a uno hasta el lenguaje, y con la guerra, pues hasta los pensamientos. Eso le pasó a Reyes. Matiana lo atestiguó unos meses más tarde cuando lo visitó. Le vio a su hermano el horror que se cuela en los ojos de uno y ya no se sale nunca. Se lo vio en la risa sin ganas, en los silencios que cuajaban el aire, en los hombros que se le habían ido cayendo de a poquito. Lo mismo le estaba pasando a Montejo, ya no flotaba al caminar por encima de la hierba; parecía lagartija de lo pegada que llevaba el alma al suelo. Algo vio Matiana en Reyes y Reyes vio clarito en Montejo lo que ya había visto en otros, y sintió lástima. Como si el de la lástima fuera el Lobo y no él, que había dejado de soñar, que tenía el corazón sin fuego, apenas echando bocanadas de humo negro sin calentar siquiera. ¡Reyes sintió lástima de Montejo! Chingada vida que tergiversa las cosas, y ahora resulta que lástima sienten unos por otros porque creen que están a salvo de la avalancha, solamente por no sentir las piedras encima.

A Montejo le hubiera gustado entonces que lo acompañara su amigo Pánfilo en sus ires y venires, pero no podía, la verdad era que apenas lograba cargarse solo. El hígado, habían sentenciado en la clínica. Le hubiera gustado que lo visitaran más sus hijos, pero no iba a pedírselos para no atormentarlos. Quien lo empezó a procurar fue Reyes, vida hija de la chingada, ya ni la burla perdonas.

Al menos le quedaban Matiana y sus encargos. Tanta cosa que había que resolver. Para distraer al corazón ocupó el cuerpo. Mucho trabajo. Mucho. Sólo Juancho le alegraba las tardes, le gustaba tenerlo de compañero de pisto. Le gustaba eso de emborracharse juntos. Y sí, en aquel entonces pisteaba mucho y hablaba poco. Lo bueno es que a Juancho ni falta le hacía, lo que le sobraban eran historias: de

milagros, de mujeres, de aventuras. La avioneta lo lleva a uno donde la imaginación no puede. Y Juancho, en la cocina de esa casita, hacía a Matiana revolotear de risa y a Montejo, de vez en cuando, le arrancaba una carcajada bien sopeadita en alcohol.

Montejo, que entendía de letras y compositores, se lo imaginaba como aquel piloto de *El Principito*, a la mera y era Juancho el que lo tendría que sacar de tal planeta, de aquella tierra que ya no entendía. Y sí. A ratos lo hacía viajar. La amistad es bálsamo y borrachera. Lo que no cura lo embriaga. Así, Juancho, sin querer fue rescatando poco a poco a Montejo de un abismo que amenazaba con devorarlo. Una cerveza tras otra, una broma, una anécdota, una canción. Hasta volvió a tocar la guitarra el Lobo. Finalmente.

Una noche, más bien una madrugada, decidió aferrarse a las ganas de vivir. Y buscó su guitarra. El susto de los acordes casi mata a Matiana entre sueños. ¿Es el Lobo? Y sí era. Afinaba su guitarra. Matiana cerró los ojos y justo entonces su Montejo se puso a cantar. A ella se le escurrieron las lágrimas, se le soltaron junto con las estrofas de la canción que entonaba él afuera. Cómo le hubiera gustado saber tocar la guitarra para tocarla con él. Pero no sabía, entonces se calzó sus huaraches y se fue directito a la parroquia (tenía la llave) y despertó a Juancho.

—¡Ándale, Juancho! Ora te toca a ti —Matiana que le había aguantado tanto golpeteo de puerta a medianoche lo jaloneó hasta el patio donde estaba Montejo. Juancho se unió a la fiesta sin chistar que para eso son los amigos. Los amigos que valen más son los que celebran con uno cuando no tienen nadita de ganas, porque acompañar las miserias de la gente, sin ánimos de hacerlo, resulta mucho más fácil: si uno sufre, se apersonan sin encontrar excusas, que luego encuentran si la cosa es enfiestar.

Les amaneció. Tomaron café y se siguieron. Dos días seguidos. Apenas el tiempo justo para exorcizar las pesadillas que sólo se ahuyentan en comunidad.

En plena madrugada, a Juancho se le unieron Pánfilo, el doctor, y éste, y el otro, y uno más, hasta que se convirtió en jolgorio.

—Pues, ¿qué celebran? —preguntó uno.

Los demás lo miraron sin entender. Celebraban que estaban de fiesta. No hay mejor motivo ni alegría más grande. Dos días completos se echaron, dos días se les fueron en tocar la guitarra. Sólo Montejo sintió bien adentro, entre tanta alegría, que ese algo oscuro no se le

desarraigaba desentonando. Algo no lograba afinar ni tocando la guitarra.

62
Agua estancada

Un charco de agua estancada; en eso se convirtió el tiempo en la Sierra. O al menos para Montejo. Para los demás, el agua corre como en arroyo, como en cascada, como gotas de lluvia, según uno vaya calmo o ansioso; el tiempo avanza al capricho de los corazones. Así en tierra rarámuri, así en el mundo entero. Y cada quien ocupa el calendario a su manera.

Marta en Cerocahui es una mamá contenta, la visita de tanto en tanto la Rosa, que se ha convertido en abuela aún joven y regresa de esos encuentros animada, aprisa para contarle a Pánfilo que tiene unos nietos relindos, reavispados, bien risueños.

Miguel, que recién terminó de construir su casa de adobe en Papajichi, mira cómo crece la barriga de su Chelina con el niño adentro, cómo se infla su vientre con el correr de los días. Y se apura en la siembra, se empeña cortando leña para el invierno, echando semillas de chile y calabaza en los surcos, todo para recibir a un *towi* o a una niña, cuando le llegue su tiempo, eso a saber cuándo.

—¿Para qué la prisa, Miguel? —Chelina que ve pasar los días como atisbos de rocío resbalando por la ventana, tranquilos—. Cuando uno tiene prisa, más tarda en llegar.

Pedro va y viene sin tiempo para lamentarse. Con Pánfilo postrado en la cama, grande y rotundo, ahora es Pedro quien dirige el internado, y aunque no es marista, a los hermanos allá en la ciudad no les parece mala idea que tome las riendas. Prefieren desentenderse, no les importa que ni sea religioso. A él tampoco, no tiene mujer, pero sí muchos hijos, porque los quiere como si los hubieran arrancado a cada uno de sus costillas. Adora a los chamacos que ocupan esas literas que algún día él y su *norawa* Miguel calentaron por las noches. Debe ver en la carita de sus alumnos la suya, rostro del huérfano de la Cristina, abrazando su almohada por las madrugadas para que muellara los sollozos que se le escapaban entre las pesadillas. Siente

harta ternura de esos *bukes*, no levantan ni un metro del suelo y ya andan allí, tan lejos de los suyos. Solitos. Harta ternura le dan.

Necha, pase y pase hojas de libros, desde bien temprano hasta entrada la noche, y ya no sabe si es lunes o martes o domingo de tanto estudiar. Le queda poco para acabar la carrera, y por eso siente que a los días les faltan horas. En una de esas termina la mejor de su clase. Y la abuela Inés que ándale, Necha, come, que el desayuno es el alimento más importante del día, que tú deberías saberlo si ya casi eres doctora, cómo se te ocurre vivir de café y galletas, mi niña, no sé cómo no te desmayas, con tanta preocupación, por favor, ¡come algo! Y entonces Necha interrumpe su lectura y se sienta a la mesa con la abuela que parece estar a punto de llorar.

Cirilo, el más tranquilo, vive con su *nana* Rosa y habla poco pero escucha mucho a Pánfilo, su papá. Intuye que le queda poco tiempo para contar sus historias y no quiere que se pierdan. Cuando no está corriendo, el más veloz tras la bola, el de los pies alados, entonces se apresta a oír los recuerdos del exmarista e intenta memorizar lo más que pueda. Al cabo es en las historias donde vive el alma de la gente; y si se retienen, si se recuerdan, uno puede burlar a la muerte, que es cabrona y arrebata las huellas de la carne; pero no puede quitarnos los cuentos que nos comparten los viejos.

Para Cirilo, puro correr y escuchar. Ya se sabe que esos que hablan mucho se les va la vida por la boca y que si uno deja de correr los movimientos del sol y de la luna se detienen.

Cuquita, inquieta y dicharachera, igual trabaja un rato con las monjas en la cocina que con el doctor limpiando heridas, o tal vez en el internado con su hermano Pedro, o en la parroquia para atender a Juancho, o en su parcelita de tierra, la que consiguió recién, su cachito de esperanza. Algún día tendrá compañero y después hijos, quizá hasta nietos. Le gusta mucho un tal Diego, es maestro rarámuri del internado, pero no por listo, le atrae por macizo, correoso y delicioso. Cuando le da a la tierra con el azadón, se imagina cómo sería estar con el Diego por las noches, luego de trabajar juntos el campo, de beber café y comer galletas de animalitos, que son las que más le gustan, y luego… mejor me distraigo porque ya me estoy poniendo culeca, y se arranca a reír sola como si estuviera loca, pero no está loca, sólo está viva.

Juancho, como siempre, anda volando, canturreando, bromeando, allá arriba donde las nubes son camino.

Leandro y el Yoni metidos en un cuartucho lleno de aparatos, al que mientan como «el gym», no paran de levantar pesas, jalar ligas y quién sabe qué más. Los dos son buenos con los clientes, por eso les permiten estar en el espacio principal, qué le hace que sean indios cuando son tan simpáticos los chamacos. Por eso, además de barrer, trapear y hacer mandados, los dejan ejercitar, atender, aprender. Ya los dos abrieron su Instagram y ahora piensan que son más interesantes que antes. Del gimnasio salen poco, pero como son jóvenes y bien dispuestos, no la pasan tan mal.

Matiana los extraña a todos, hasta a los que no son sus hijos, y se consuela con el Pedro, el Cirilo y la Cuquita cuando puede; se hace idea de que en ellos están Miguel, Leandro o Nechita. Y eso le calma las ansias y le da fuerza para seguir echando tortillas, moliendo maíz en el petate, lavando la ropa en el río, cosiendo los botones de las camisas, sazonando los frijolitos y preparando una salsa bien repicosa, que es como le gusta al Lobo.

Sólo Montejo siente que la sangre se le espesa, que se le atasca en algún recoveco de sus venas. Y por más que se ocupa en hacer y deshacer, no puede lograr que le vuelvan los sueños, ni ahuyentar las pesadillas, ni que el tiempo corra como antes. Se ha vuelto un charco estancado.

63
Nacer dos veces

Nació el primer nieto. Nadie lo prepara a uno para semejante gozo. Es casi como ver a un hijo nacer dos veces. Mario, hijo de Miguel y de Chelina, nieto de Montejo y Matiana. Redondito y suave, aroma de leche agria en la mollera, gorgojeos de ternura, pegado al pecho de su madre, mama el bebecito.

—Míralo, Montejo, se parece tantísimo a Miguel —Matiana que empina la nariz para olerle la cabeza.

Pero el Lobo no puede decir nada. Se le enredaron las palabras en el cogote, confundiéndose con las lágrimas que desviaron el camino hacia los ojos rumbo al pecho, y sólo alcanza a sonreír, mientras un rocío salado le recorre las barbas. Ni tiempo le dio de rasurarse cuando le avisaron que su nuera Chelina estaba de parto. Salió apurado, aullando de felicidad o angustia, directito a la clínica de Norogachi. Y es que andaba retirado, en Rochéachi, arreglando sabe Dios qué asunto. La Sierra tiene ojos y oídos, y allí las buenas nuevas lo alcanzan a uno como en avalancha de dicha.

Llegó justo a tiempo. Recuperada la compostura se acercó a Miguel, ¡tanto tiempo alejados!, y se abrazaron, los dos, tan grandulones y necios, a la chille y chille.

—Mario, papá. Así lo voy a nombrar, igual que ese amigo que tuviste, al que quisiste tanto. Mario. Para que se mantenga cerca de tu corazón; que lo haga mejor de lo que yo supe hacerlo.

Montejo ya de plano en franca lloradera, Matiana igual, bueno, hasta la Chelina anda moqueando. Ahí el único que no berrea es Mario, Marito, tan chiquitito, tan calladito, y es al que por ley natural le tocaría llorar.

Así están, pasándose la manga o el rebozo por las narices para contener el escurrimiento cuando entra Reyes. El tío abuelo. Todo de verde con tamaño pistolón al cinto. El encontronazo con semejante fierro hace que las lágrimas se les sequen de sopetón. Reyes se da

cuenta, pues si no es pendejo, y la verdad le hubiera gustado haber compartido el momento, la emoción que ve en la cara de su familia, pero no, la vida lo ha puesto del otro lado de la historia y ya no le queda más remedio que chingarse con lo que le ha tocado. Pobre Reyes, de haber sabido. Lo bueno que, superado el susto, todos sueltan el cuerpo, el Marito suelta un pedo, y hasta Reyes le cambia el pañal.

Están contentos, cómo no iban a estarlo. Matiana con su consuegra, que es viuda, no para de hacer planes para cuando llegue la hora de bautizarlo, será *rarámuri pagótuame*, de los que sí se bautizan. Montejo, aunque le hubiera gustado intervenir en los planes, no puede. ¿Por qué carajos no es él, no puede ser él quien bautice a Mario? Pinche obispo.

El Lobo toma al niño en sus brazos, se inclina y le susurra al chamaquito en el oído, bien bajito para que nadie oiga, yo te nombro Mario, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Mario Montejo.

—Persígnense —Montejo, levantando la cabeza, a todos los presentes que lo miran lampareados—. Que se persignen, pues —insiste el Lobo. Cómo lo habrán visto que hasta Reyes se apresta. ¡Amén!, a coro.

Justo iba alguien a preguntar que por qué o pa qué tanta señal de la cruz, cuando entra Juancho seguido de Rosa y Pánfilo, que ya es un hilacho. Rosa, quien ya tiene la dicha de ser abuela, se le deja ir a Matiana embistiéndola con sus besos y apapachos.

—Está lindo, rechulo tu nieto.

Oronda, Matiana nomás asiente. Pánfilo, que no tiene fuerzas para ir hasta donde vive Marta con sus verdaderos nietos, besa a Marito con ganas de abuelo.

—Igualito que el Miguel de bien nuevito —a Montejo le enternece la voz de su amigo, que se ha vuelto un chisguetito de nada.

Juancho, generoso siempre con su cariño, explota en carcajadas de alegría de ver a Reyes limpiando la caca de un bebé.

—¿También eso les enseñan a los milicos? —Reyes ríe, le gusta que Juancho sea el único que no se toma a tragedia que sea soldado.

—La estoy guardando para guisártela en la noche —responde jugando, por fin, en un lugar donde no teme a las represalias.

Y todos, ahora, a la risa y risa.

—¡Shshsh!, ya lo hicieron llorar —la mamá que quisiera seguir en la carcajada, pero se recompone y le ofrece el pezón a su recién nacido

para calmarlo.

Qué bien se está uno en días como éste, cuando la vida nos regala la oportunidad de nacer dos veces.

64
Un vestido raro

Matiana corre hasta la tienda de la Guarupa. Hay llamada de la Necha. ¡Montejo, la Necha! ¡Córrele! Pero nomás no la alcanza. Las ganas de oír a su niña la hacen volar. Ocho años son más distancia de la que le hubiera gustado soportar.

—La cabina tres —dice la muchachita *chabochi* de siempre.

Por fin. Han estado ahorrando y ya hay fecha. Su niña, la doctora. Ya nomás que pase la fiesta esa de «gradación», como le dicen, y se vuelve para la Sierra, a la clínica que la vio crecer, para ayudar a otros.

Qué alegre se le ve a Matiana allí hable y hable por teléfono. Güirigüiri. Pura carcajada, pues ¿qué le andará diciendo su chamaca que la tiene tan entretenida? Segurito le cuenta de sus compañeros, de las rondas en el hospital, de las chingas, de la abuela y sus costumbres raras, de los enfermos, de los desahuciados, de los curados… se le podría ir el día entero escuchándola. Pero ahí anda Montejo, duro y dale.

Montejo, que pásame el teléfono; Matiana, que no seas necio, déjame hablar; Montejo, que apúrate; Matiana, con su mano, que hazte para allá, no oigo nada. Más risas, un par de lágrimas.

—Está bueno, Necha —Matiana afirmando cosas, una tras otra. Que sí y que sí y que sí. Todas las recomendaciones, las indicaciones que vienen de otro mundo, en el lado opuesto de la línea. Y Montejo no cede. Hace señas y gesticula. ¿Por qué no mejor se va a dar una vuelta? Pero ahí sigue y ya empezó a darle lástima. Ándale, pues, Lobo, ya no des lata.

Por fin, Montejo al auricular. Escucha y asiente. También pregunta fecha, horarios.

—Felicidades, hija. —Se le viene la carraspera.

Sí, está orgulloso y confundido.

—Pásame a tu abuela.

La conversación, los detalles; el cuándo, dónde, quiénes. Ahora que vaya se topará con su pasado. Un pasado habitado por el presente que es su hija. No sabe qué siente. Matiana, mientras, piensa en una maleta.

—Montejo, mi maleta ya está rota. Necesitamos otra.

¿Dónde si no va a empacar sus faldas nuevas, ocho metros de tela plisada cuidadosamente, y las que le hizo a Necha? Matiana no se imagina allá.

En Guadalajara, su vestido es un vestido raro. No es como el de la abuela Inés, negro, sin alegría. El suyo es de flores naranjas, fondo azul, bies rojo. Collares de chaquira. El de Necha, amarillo el fondo, las flores rosas, verde el remate de mangas, cuello y botones.

Apenas desempacándolo, se lo entrega a Necha, quien lo levanta cual estandarte de la Virgen de Guadalupe. Éste es mi cuerpo que será entregado para ustedes. Tela estampada con su infancia y su tierra. No sabe qué sentir. Gozo o miedo. Extraña sus faldas, pero esperaba volver a usarlas hasta allá. En la Sierra. Aquí, en Guadalajara, son un disfraz.

La abuela tuerce la boca cuando la ve salir. ¡Válgame, Dios! Ya le había comprado un vestido gris plata, elegante, discreto. Pero Necha decide usar las faldas que le cosió su mamá. Por fin. Y va a entrar al salón, decorado con manteles largos y centros de mesa rimbombantes, con sus faldas floreadas, de la mano del Lobo, que lleva mezclilla y huaraches. Sabían, pero no sabían.

Todas las cabezas giran. Los ojos bien abiertos, ni pestañean. Es cierto, sí se casó con una india; se volvió loco, pobre doña Inés. Y la nieta… Pero si Necha se los dijo desde el primer día, quién era, de dónde venía, su antes. Nomás que siempre se imaginaron que estar allí la había «liberado», y era al revés. Enfundada en *jeans* y camisetas estampadas, se sentía presa. A veces cerraba los ojos y se imaginaba con su vestido amplio, girando para hacerlo volar en rehilete. Y allí estaba. Ya no tenía que imaginarse nada, ni el vestido, ni la universidad, ni el título de medicina. Lo tenía todo, casi. Al menos así se sentía de la mano de su papaíto, bajo la mirada de su *nana*, y la sonrisa de su abuela, a quien, después del susto por el atuendo de la nieta, le había vuelto el alma al cuerpo junto con la resignación.

Entraron los cuatro, se hizo un silencio. Era un vestido raro.

65
La doctorcita

A Leandro le contaron de la fiesta por teléfono, desde la casa de la abuela que tenía uno de esos que no necesitaba alambre y se podía hablar bien a gusto, en lo que se daba vueltas de aquí para allá en el jardín rodeado de buganvilias. Ojalá en la tienda de Norogachi hubiera uno igual, pensaba Matiana.

—Deja que se lo diga la Necha, Montejo, no seas necio —la mamá, intercediendo siempre.

Leandro pide detalles a su hermana. Qué comieron, qué bebieron, cómo era la música, mándame una foto al celular, para guardarla, la quiere ver de doctora, ándale, hermanita.

Matiana y Montejo aprovechan para hablar con él un rato largo, que allí es gratis. ¿Cómo te va, mijo?, ¿te tratan bien?, ¿quién te guisa?, cuídate mucho, ¿cómo está el Yoni?, ¿cuándo vuelves?, te voy a cocinar tus coricos que tanto te gustan, ándale. Su mamá lo añora, cada día tiene más ganas de tenerlo cerca, poco a poco le entiende menos, no sabe de fotos, de *hashtags*, de tonterías. Pero que sea pronto mijo.

Montejo es más duro, ¿piensas hacer eso toda tu vida?, ¿a quién beneficia?, pues ¿qué hicimos mal? No sé cómo te convenció ese Juanito, ¡carajo! Piénsalo bien, nosotros te estamos esperando, siempre, como sea. Al fin y al cabo es su hijo, y aunque se equivoque un millón de veces, le va a abrir los brazos para recibirlo, mi hijo amado, en quien tengo complacencia.

La abuela, por fin, con el auricular en la oreja. Te recibo cuando quieras, me daría mucho gusto, puedes traer a tu amigo si prefieres, aquí hay tanto espacio, lo que sobra es eso, y me encantaría tenerte un rato, lo malo que un nudo se le está formando en la garganta, le traba las siguientes frases y no le queda otra que despedirse antes de lo que hubiera querido.

A Miguel le platicaron de la celebración hasta que lo vieron, de

vuelta en la Sierra. A él le hubiera gustado ir a Guadalajara, compartir, y de paso visitar a la abuela Inés, pero no pudo. La señora se había quedado requetetriste, podía imaginársela.

Su abuela, la misma tarde que su hermana Necha le relataba todo junto a la lumbre, tanta cosa metida en esos años, del 2004 al 2012, había prendido la chimenea para quemar uno a uno los calendarios con los días marcados por casi nueve años, el camino a convertirse en médico, la primera mujer de la familia con un título, ardieron enteritos, no tenía caso conservarlos, su nieta se había ido lejos llevándose consigo el propósito de su existencia.

A Miguel, que se había imaginado a doña Inés penando, le hubiera gustado verla, reconfortarla quizá, pero apenas le había nacido el segundo hijo a la Chelina, o la segunda más bien, le iban a poner Cándida, y estaba decidido que la madrina fuera Necha, la doctorcita.

—Tan linda, tan sana. ¡Felicidades, Miguel! —Necha, que no pudo atestiguar ni el nacimiento de Cándida ni el de Marito, se siente muy contenta. Por fin regresa con los suyos, aunque la abuela ya también anida en su corazón, le hubiera gustado traerla, pero no se la imagina en la Sierra sin sus cosas, menos ahora que estuvo esos años con ella y sabe que tiene tanto más de lo que necesita.

—Doctora Inés. —Qué raro se le hace que le digan así las monjas, las mismas que le decían Nechita; y también el doctor, ya con más canas, aunque aún es joven y guapo, qué guapo, piensa ella, de ése al que le debe tanto.

—¿Qué dices, Inés? —Intenta el médico platicar cuando anochece.

—Cuando estoy callada, no digo nada.

—No, pues eso sí.

Se ríen. Fue un buen día. Ayudaron a la gente. Días como esos Necha entiende que tanta añoranza no ha sido en vano. Sin embargo, no se puede engañar, ahora que regresó nota las cosas distintas, lo siente en la nuca, le eriza la espina dorsal. Hay una sombra que los acecha a todos nublando el futuro. De tan distraídos que andan, algunos no se han dado cuenta. Montejo sí. Se le ve en la mirada, en los pasos, en cómo habla, cómo evade. No quiere nombrar el horror, una vez que uno echa para afuera las palabras, éstas se imponen. Mejor callarse. El Lobo tiene miedo. Su niña Necha también.

66
Cuánto borlote

¡Ni cuando los visitó el gobernador!, que llegó desde Chihuahua arriba de tremendas camionetotas, porque eran varias y negras, para ver cómo por primera vez se encendía el alumbrado público, que nomás eran tres cables que le daban la vuelta a la seudo plaza y aluzaban la clínica, el internado, la iglesia y la parroquia; ni siquiera entonces se armó tanto borlote en Norogachi. Ni en la visita del gobernador.

Era normal, o lógico más bien, porque de normal no tenía nada. Mataron dos chivos, cocieron sabe cuántos litros de *teswino* y se juntaron de todos los alrededores para celebrar bailando en el atrio de la iglesia. Y ahora que había luz, pues hasta aguantarían más noche. Todo para recibir a la doctora Necha, que recién acababa de llegar al pueblo y pronto se aparecería en la plaza.

—¿Vendrá con la bata blanca puesta como el doctor? —Marta que no podía imaginarse la pinta que traería y había llegado desde Cerocahui con todo y chamaco a la espalda para recibir a Necha.

—No seas bruta —Cuquita que ya había estado largas horas hablando con su amiga y sabía que no, que iría con sus faldas de siempre.

Cuando se asomó de la clínica guardaron silencio. Hasta Juancho. El más contento era Miguel, sabrá Dios por qué, pero hay algo entre hermanos que vibra parejito, como si ese cableado que vinieron a poner del municipio se los hubieran instalado mero así en los años de la infancia, y ahora la chispa de uno recorriera el alambrado hasta el corazón del otro. Miguel sentía ganas de llorar de tanto contento. Pero fue el único que no se acercó a su hermana cuando salió por la puerta. Se quedó quietecito, cual si fuera liebre azorrillada por el vuelo de un gavilán, sintió que de acercarse se desmoronaría como galleta de pinole, la quería tanto, tantísimo, a su carnalita. Y ahora había vuelto para quedarse, para curar. Eulogio le tocó suavemente el hombro y se acercó tantito a ella. Nomás poquito. Ni falta hacía porque ya la

Necha, a empujón limpio, los apartaba uno a uno para llegar hasta él, para abrazarlo, tan flaco, tan alto, tan correoso y serio.

—Hermanito —lo apretujó, y Miguel, por no llorar, soltó una carcajada que acompañaron todos.

La fiesta duró la noche entera. ¡Risas, historias, harta nostalgia! El doctor, casi siempre serio, no paraba de hablar ni de bailar ni de tomar, qué gracia les hacía verlo así, andaría bien culeco. Bailaron matachines, tocaron el violín y la guitarra, hasta quebradita hubo, la celebración era para todos, que en el pueblo se enfermaban lo mismo mestizos que tarahumaras. Las dolencias y los achaques no distinguen razas ni monederos. La fiesta era de la comunidad; ya no tenían uno, sino dos doctores. ¡Ni cuando fue el gobernador del mero Chihuahua hubo tanto borlote!

67
Tan bonita Cándida

Entró como un fantasma en la clínica, quién sabe qué tendría Miguel que nomás queriendo nadie lo veía pasar, se deslizaba de aquí para allá como un espíritu, a la mera sí era uno o tal vez sólo un alma vieja.

—Chelina y yo te queremos de madrina, ¿tú quieres? —Miguel casi mata del susto a la doctora Inés, a la Necha, pues.

Y cómo no iba a querer, claro que sí, tan bonita Cándida, y ella sería su madrina, la niña tenía el pelo del Lobo y los cachetes de la Chelina. Miguel, el más huraño de los hermanos, la quería de comadre y ese gusto le alcanzaba para muchas noches y muchos días, que fueron pasando ligeros hasta que se pusieron a bailar el día del bautizo.

Decidieron hacerlo en Papajichi, donde vivían ahora Chelina y Miguel. Ya era hombre casado, ni modo de seguir viviendo con su abuelo Eulogio, y como no podía aguantar la añoranza de ver los campos donde tanto rato habían pasado juntos, tenía que mudarse. Por eso se fueron los dos enamorados. El viejo se quedó, una brasa en la lumbre, el rocío en las mañanas, en silencio, tranquilo. Su nieto, poquito más lejos, pero lo sigue honrando. Agarró camino para dar espacio en su corazón a otros quereres.

En Papajichi, la cruz ya vestida con collares y su tela blanca, la colocaron a la orilla del río. Juancho hasta sotana se puso. La Necha, sus mejores faldas. Qué orgullosos se veían los jóvenes padres de ver crecer su familia, que todavía era bien nueva, y por eso no acumulaba tristezas, ni rencores, ni agravios. Así son las familias recién nacidas, ingenuas y lozanas. Y así eran ellos.

Hasta Leandro y el Yoni los visitaron por primera vez, para no perderse, de nuevo, los bailes. Les habían dado vacaciones, ¿qué cosa es eso?, preguntó Cirilo cuando llegaron, y a ellos, pues les dio risa. Una vez más, todos juntos. Sólo faltaba doña Inés, pero sus ojos se habían cerrado y no iban nunca más a abrirse. La recordaron con pena

y contento. Apenas unos meses atrás la llamada, dormida, soñando, la encontraron con una sonrisa.

Montejo, ese día, recuperó algo del aliento que había ido perdiendo los últimos años. Allí, de pie, en medio de sus hijos, se aferró al deseo de seguir así, en paz, en medio de las montañas y el bosque, lejos de las desgracias y la rapiña, rodeado de su familia, la de los pies ligeros, arropados en comunidad. Eulogio no podía dejar de sonreír, enseñaba los dientotes, aunque ya le faltaran algunos, y así se estuvo de principio a fin.

La fiesta duró dos días completitos, no eran muchos los convidados y habían cocido harto *teswino*. Se abrazaron, se contaron secretos y penas nunca antes dichas, se pidieron perdón, jugaron, bromearon y hasta cantaron. Dos días completos, dos días de pasar la güeja de una mano a otra sin descanso, hasta acabarse la última gota del maíz fermentado, mientras los niños correteaban de un lado a otro, divirtiéndose.

Unos decían veinte litros, otros que cincuenta, los exagerados, cien. De haber sabido que el nombramiento de Cándida marcaba el fin de los días felices, habrían preparado hasta doscientos litros y tomado hasta reventar. A Montejo se le había colado una idea que aún no entendía y en la Sierra la sombra del infortunio se empezaba a acomodar. Pero ¡Cándida estaba tan bonita !, que nadie podía preocuparse de eso ahora. Además, andaban borrachos.

68
Descanse en paz

Amaneció muerto. Pobre Pánfilo. Se le acabo antes la carrera, no le dieron más los pies para seguir andando. Cirilo lo halló. La sospecha de que pronto se acabaría su papacito no alcanzó para impedir que sintiera cómo se le abría la tierra debajo de los huaraches y se le aguangaban las piernas. Cayó de rodillas. Rosa, poquito después, los encontró a los dos, uno casi tieso y el otro, hecho un ovillo, sollozando.

—Hay que imponerse, mijo —Rosa, que no logra consolarlo—. Si sigues llorando así, al rato no vas a poder mear, se te va a ir toda el agua por los ojos. Por fin pudo levantarlo y se fueron directito a la clínica.

—La cirrosis le afectó los riñones. Ya ves, madrina, que aquí no hay aparatos para la diálisis y era cosa de tiempo —la Necha tratando de explicar.

—¿La qué?

—Para limpiarle la sangre, pues. La máquina. Se le había empuercado de tanta tomadera. Pobre Pánfilo.

Montejo, impasible, se acercó a Matiana para consolarla. Pánfilo era el amor de su amiga Cristina. Y la abrazó. Como ella estaba apretujando a su amiga Rosa, se hizo una bola de apapachos. Mientras lloraban las dos mujeres, Montejo, compadecido, ten piedad de nosotros, les susurraba…

—Ya, ya. Desahóguense, pero luego se me componen, hay que dar apoyo a Cirilo, Marta, Cuquita, Pedro y el Yoni, que ya viene en camino. Ellos eran sus hijos.

Cuatro de los cinco huérfanos de padre llegaron y la bola de abrazos creció. Así se estuvieron un rato, largo o corto, porque no se dieron cuenta, hasta que Cuquita les recordó que había que envolverlo en su cobija, echarle tierra y bailarle. Al final del *nutemá* podemos poner una de esas canciones rancheras que tanto le gustaban

Pedro, ve tú. Y se arrancó a correr hasta la Rapidita, en chinga para alcanzarla, para que algún pasajero diera aviso a Juancho del fallecimiento de su papá, porque, como siempre, no estaba en Norogachi, andaría quién sabe dónde, decía la gente que en Guachochi. Mi viejo chulo, jadeando, la de consejos que me van a faltar, apretando el paso, ahora que ya no andas cerca, Pedro conteniendo el llanto.

Logró llegar a tiempo de milagro, ya el motor estaba traqueteando, que alguien le diga; uno se voluntarió, luego otro, pronto se enteraría de que se acabó su amigo.

Pedro, que había acelerado como nunca antes, no se regresó corriendo; las lágrimas y los mocos le impedían respirar bien y tuvo que caminar. ¿Con quién voy a bromear?, ¿quién me va a decir cómo hacerle con este o aquel chamaco?, ¿qué decir?, si usted era el que me daba fuerzas para hacer mi trabajo. ¡El puto pisto que embruja a algunos! ¡Chingada madre!

Era domingo. Juancho mandó decir que llegaba el martes. Un día después del Yoni, que apenas acaba de volver y ya está esperando el autobús en la terminal de camiones de Mazatlán, en compañía de Leandro.

¿Pues qué tan lejos andaría ese piloto? Lo bueno que no hacía calor y el Pánfilo no empezaría a apestar tan pronto. Ya le echarían tierra cuando se apersonara el diocesano, le bailarían matachín arrastrando sus pasos dolidos por el monte. Pero había que esperar. Sólo les quedaba adelantar los preparativos. Y mientras, escuchar las historias que Cirilo volcaba del centro de su pecho para afuera, relatos de amor, de tristeza, de alegría. Consejos y disculpas, cuentos de antaño. La vida de su papá. Las palabras que durante tantas noches el finado le había compartido.

A la Rosa, que andaba como alma en pena, la arreaba de aquí para allá Matiana, afanada en organizar todito para que estuviera listo hasta el último detalle cuando llegara el cura volador. Antes se apersonaron Leandro y Yoni, y los recibieron con los brazos lacios de pena y con decenas de indicaciones para que ocuparan la mente y distrajeran la pesadumbre.

La avioneta, mandó decir Juancho, saldría de Guachochi por ahí de las doce del día siguiente. Martes. Calcularon que llegaría cerca de las dos y, tempranito el día del sepelio, agarraron camino hacia la cima. Pánfilo siempre había querido que lo enterraran allí, en la punta del

cerro, «para poder mirar a mi pueblo durante la eternidad». Así decía. O más bien, «para contemplar mi pueblo por siempre», corregía Cirilo.

Como se sentía muy pesado, tuvieron que parar varias veces para descansar. Estaba canijo cargarlo, enjuto y flaco, pero tenía panza de chelero. Tomaron turnos, lo alzaron a ratos. Ya hasta arriba se pusieron a esperar. No faltaba mucho para que Juancho llegara y comenzara la ceremonia. El *nutemá*. Sólo que las horas fueron pasando, una a una, el sol cada vez más abajo, cada vez más colorado, el frío arreciando, hasta que se hizo de noche. Y Juancho nunca llegó.

—¿Qué hacemos, Montejo?

—Lo vamos a enterrar y de la ceremonia me encargo yo.

Nadie se inconformó, pues total era o fue padre, sólo Miguel sintió una picazón que no supo dónde acomodar en sus entrañas. Lo sepultaron y le bailaron aluzados por una fogata que habían encendido cuando el viento empezó a soplar.

¿Pues dónde andaría Juancho?

—Pinche Juancho, ¿qué estará haciendo?

A veces se le iban los días en trasladar enfermos, resolver emergencias, seguramente estaría siendo un buen samaritano, por eso nadie se preocupó. Al contrario, por Pánfilo no había nada qué hacer y por allí andaban otros tratando de aferrarse a la vida con todas sus fuerzas. Mejor que procurara a esos, que ya habría tiempo para bendecir a los muertos. Y se tenían al menos unos a otros para aguantar el dolor de perder a un hombre tan bueno. Adiós, Pánfilo, descansa en paz.

69
Aviso en la XETAR

«Nueve de la mañana con diez minutos. *Kwira bá*, buenos días. Bienvenidos a las transmisiones de este miércoles 26 de febrero del 2015 de la xetar, la voz de la Sierra Tarahumara, transmitiendo desde Guachochi, Chihuahua. Los saluda con gusto Arnulfa Bustillos Palma y a nombre de mis compañeros les damos la bienvenida hoy».

Quienes sintonizaron el 870 am en el radio esa mañana escucharon la noticia. «Una avioneta, ayer por la tarde, se estrelló contra uno de los cerros al poniente de Guachochi. Las autoridades informan que el accidente se debe probablemente a una falla en el fuselaje».

Es la avioneta del padre Juancho, dijo uno, están hablando de la avioneta del padre. Pero si el Juancho era el mejor piloto de la Sierra, cuidaba a su máquina como si fuera su hijo, no le pudo haber fallado, una vieja pensando en voz alta. Pues será el sereno, muy padre y muy piloto, pero se le descompuso y mire, no ha de quedar nadita de nada, un muchacho cabrón que no se calló lo que pensaba. La vieja que se persigna luego de limpiarse las lágrimas. Uno a uno se achicopalan, toda la gente anda cabizbaja por la tragedia. ¿Cómo pudo ser? Tan bueno que era. Tan gente, siempre ayudando, echando chistes, rescatando heridos, cuidando chamacos. Pero si era el mejor piloto… ¿Cómo pudo ser?

Estaba por despegar, ya habían espantado a los dos perros que merodeaban la pista, y Juancho, el motor ya encendido y el dolor de la pérdida de Pánfilo sumiéndole las tripas, estaba a punto de alzar el vuelo rumbo al funeral y fue entonces cuando le cayeron. Eran cuatro. Todos con sombrero, cinto piteado y ak-47. Le apuntaron. Le preguntaron que para dónde iba, como si eso les importara, porque a su destino no lo iban a dejar llegar. Pues ahora va para Guadalupe y Calvo, curita pendejo, le dijeron. Allí vamos a entregar nuestro encargo. Entonces treparon unas cajas de huevo que seguro venían rellenas de polvo blanco, qué huevos ni qué ocho cuartos, los únicos

huevos ahí eran los de los cuatro chutameros que los tenían bien azules. Órele, jálele que ya se nos hizo tarde.

De no haberse muerto Pánfilo, no agarra la avioneta, no lo agarran a él y no pasa lo que pasó… de seguir vivo su amigo.

Juancho los dejó subir a la avioneta, que era diminuta, por eso se apretujaron; dos de los cabrones estaban regordos y apenas cabían. Las barrigas se las acomodaron muy a fuerza moviéndose a un lado y al otro hasta que se estuvieron en paz. En paz, en paz, no, pero al menos quietos. El cacharro se levantó del suelo, las manos de Juancho escurrían gotas de sudor, aunque de su boca salieran bromas y palabrotas. Padre, aparta este cáliz de mí, pero no se haga mi voluntad sino la tuya. Quién sabe cómo le vino la idea, qué chingados divisó para el futuro, que así, sin darle más de dos vueltas al asunto en la cabeza, enfiló directito al monte, cerró los ojos, sintió en su cuerpo el júbilo de volar, era lo que más le gustaba en el mundo, y estrelló con precisión de piloto experto su adorada avioneta entre los pinos, para que ardieran juntos en el infierno. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Las llamas los calcinaron a todos, a Juancho lo identificaron porque siempre llevaba una cruz de plata. De no ser por eso, lo avientan a la fosa común junto con los malandros, un desaparecido más.

«Los hallazgos indican que en la avioneta viajaban cinco hombres, uno ya ha sido identificado».

Los que por allí vivían lo atestiguaron enterito. De boca en boca caminó la historia de lo que vieron hasta llegar a Montejo, a Matiana… porque lo que se oía en el radio no era igual, hablaban de fallas, vientos adversos, y nada de eso era cierto.

Pero ¿cómo? Si la pista está apenas a poquitos metros del cuartel. ¿Cómo es que Reyes no hizo nada para impedirlo? Matiana no lo comprendía, la mujer que se negaba a perder la inocencia. ¿Dónde estaban los soldados que nos cuidan?

Montejo comprendió, ahí y entonces, que la Sierra estaba herida de muerte. ¿Quién habría sido el primer hombre blanco en mancillar la montaña? ¿Llevaría la Biblia bajo el brazo y un crucifijo en el pecho? Al menos eso contaban los libros. Infectado de dolor, aulló, se desgañitó en alaridos apenas escuchar la noticia. ¡Su amigo, su *norawa,* su compadre! Y echó a correr, entre bramidos, rumbo al cerro. Pedro y Miguel quisieron detenerlo pero una fuerza descomunal surgió de sus entrañas, los empujó y aceleró sus pasos hasta perderse entre

los pinos.

—¿Dónde está ese Dios que tanto ama Montejo? ¡Dónde chingados! —Miguel perdiendo la brújula, el sentido del tiempo, desorientado de angustia, pues ya era padre de dos hijos, de dos rarámuris, ¿qué futuro tenían en ese purgatorio?

—Mijo… —Matiana lo abrazó, las palabras para expresar lo que su corazón guardaba en ese momento no existían en tarahumara, ni en español, ni en ninguna lengua humana. No hay lenguaje que pueda nombrar tanto horror, tanta zozobra. Ojalá ella también fuera Loba para aullar su agonía.

Montejo recorrió los montes tres días y tres noches sin descanso. Lo vieron pasar de pueblo en pueblo y pensaron que era un espanto lanzando gritos para exorcizar el veneno que le quemaba adentro. Hasta que por fin desfalleció. Vaciado de todo. Enjuta el alma, despojado de esperanza, solo, sin amigos, Los Tres Chiflados. El último loco del trío, loco, sí, pero de dolor y rabia. Lo encontraron unos niños y como en la Sierra todos lo conocían, mandaron llamar a su familia, pusieron aviso en la xetar para que fueran a buscarlo. Las fuerzas le habían alcanzado para llegar hasta Chinatú, donde cayó de bruces. Abatido. Miguel y Pedro fueron allá para encontrarlo. Horas de ida y de regreso, primero los dos en la troca que fuera del Juancho, pues qué más podían hacer si era la única que había en Noro, luego los tres, ya con el animal herido, en un silencio rotundo. Un silencio que se les enmarañaba en la garganta, sin llantos, sin aliento casi.

Matiana supo que venían de vuelta, se paró como pudo y se puso a cocinar. ¿Cómo crees que vamos a comer?, ¿a qué nos va a saber esa comida?, le dijo la Rosa cuando la vio echando tortillas sobre el tambo, antes de petróleo, que servía de estufa. ¡Va a saber a mierda!, pensó la Necha, nomás que mejor no dijo nada. Y Matiana, que sabía que no hay peor venganza que sobrevivir, como no podía matar a los desgraciados, pues ya estaban muertos, siguió guisando. Nunca antes le había deseado tanto mal a alguien y se dio miedo, miedo de terminar devorada por la bestia que le asomaba desde dentro.

La comida que había hecho se quedó sobre la mesa, se enfrió, y al final se la dieron al perro y a los chanchitos. Ninguno tenía hambre. Hallado Montejo, se fueron a dormir; sólo para eso les alcanzaban las fuerzas. Pero antes, desconectaron el radio, ya no querían oír más avisos de la xetar.

70
Que regresen

Casi todos lograron acostumbrarse a la ausencia. Las mujeres que se quedaron —Rosa, Matiana, Cuquita y Necha— se encargaron de acomodar las cosas y a los demás en el nuevo universo para seguir viviendo. Hasta celebraron con alegría el casamiento de Cuquita con su Diego, el maestro.

Pedro, que le había agarrado cariño al que sería su cuñado, prestó el internado para la fiesta. A ver si eso ayudaba a espantar la melancolía que recorría los salones desde la muerte de Pánfilo, y sí, funcionó por un rato. Tan bien se la pasaron que algunos de los recuerdos tristes se desgajaron de las paredes como pintura vieja y debajo comenzaron a brillar pedazos del muro con nuevas historias. A Cirilo le pidieron que compartiera, otra vez, las aventuras alegres de su padre. Y así lo hizo.

La vida, que tiene la cualidad de imponerse, siguió.

Necha, año con año, le hacía mejoras a la clínica gracias a apoyos y donativos. Ahora ya tenían ese aparato que limpia la sangre y hasta uno que toma fotos de los huesos, quién sabe cómo. Al principio la gente sentía desconfianza de que algo les atravesara la piel para espiarles los adentros. Pero los convenció y terminaron haciendo cola un día dizque para probarlo como si fuera un juego en la feria. Hasta tuvo que regañar a algunos, a los más jóvenes, porque no querían entender que no era un juguete e insistían en que les retrataran el esqueleto. Los rayos X, qué risa les daba el nombre. Tardó en explicarlo bien, pero al fin sí pudo. La doctorcita.

A Matiana a ratos le preocupaba Necha porque la veía solita, huraña, pero se le olvidaba luego luego la angustia cuando se sentaban a tomar café y la sentía contenta. Ilusionada con curar, con ayudar a los suyos; había salido a su padre. Siempre pensando mucho, sumida en su cabeza y pronta para meter las manos y arreglar los problemas, a como sea, qué importa.

Miguel, en cambio, resultó más como su abuelo Eulogio: bueno para la siembra y los animales, hombre entero de su tierra. Quién sabe cómo lo logra pero hace crecer sus matitas bien altas, la milpa se le pone muy chula, con sus mazorcas orgullosas, las plantas de frijol acomodadas por aquí y por allá en los surcos, los chiles, las calabazas, el *mecuásari*. Y sus niños correteando entre sus piernas, mientras él jala la hierba mala y la destierra para siempre. Su familia, un hombre de campo y de familia. Así se siente cuando Chelina le sirve sus frijolitos y mira a su prole comiendo la tortilla que salió de sus campos.

¿Montejo? Montejo escucha una tras otra las historias que la mayoría prefiere olvidar, relatos que estorban para vivir tranquilos y seguir adelante. Lo buscan, le cuentan al sueñero todas sus pesadillas. Lo malo es que tienen nombre y apellido y placas y hasta calibre. Y Montejo las recibe en sus manos y en sus oídos, a veces hasta las endereza, pero no sabe cómo dejarlas a un lado del camino, las va cargando todas, el bulto cada vez más grande, más pesado. Lejos de los suyos, sin sus risas, ojalá que regresaran a mi lado, piensa.

A ratos siente que se le quiebra la espalda o más bien el ánimo, pero se calla, ¿qué derecho tiene él de inquietar a todos? Además siempre debe haber uno para arrear las preocupaciones del pueblo, y ése es él.

Para eso nació, se dice, para eso lo escogieron. Y aunque ya no lleve el bastón de mando, mejor así, Montejo, para que te vuelva la luz a los ojos, si no te tienes a ti, si no encuentras primero tu camino, ¿cómo vas a guiarnos en el nuestro?, le explicaron cuando se reunieron a notificarlo. Y Montejo estuvo de acuerdo porque a veces ya no sabía para dónde andar, mejor así, no ser gobernador rarámuri. Para ser *chérame* se necesitan certezas que él ya no tiene. Lo que sí es que siguió ayudando, arreglando «problemas», así los nombra él, pero más bien son pesadillas que le lastran el alma.

Ya no dice nada, no vaya a ser que al nombrar el horror, le crezcan alas. Ya nomás mira a Matiana ir y venir, canturrear en el campo con el viejo Eulogio, a Necha afanarse cuidando enfermos, a Pedro arrear chamacos, a Cuquita en la iglesia atendiendo al nuevo párroco que sale poco, lee mucho y parece que nunca va a sentarse a compartir un *teswino*.

—Buen día, Cuca —serio el nuevo sacerdote todas las mañanas—. ¿Qué dices?

—Cuando estoy callada, no digo nada —responde la Cuca, jugando.

Pero el nuevo cura no se ríe, desconcertado.

Montejo mira como quien ve llover. Y casi nunca comparte sus pensamientos. Sólo cuando escucha a Matiana y la Rosa urdir planes para hacer regresar a sus hijos de Mazatlán, sólo entonces interrumpe.

—Mejor que no regresen, ¡que no regresen! —Miente, porque lo que más quisiera en el mundo es abrazar a Leandro, el más pequeño de sus chamacos con todas sus fuerzas.

Los días, los meses van así pasando. ¿Que no regresen? Pero si los extrañan mucho. Aunque ya fueron agarrando cada uno, poco a poco, sus nuevas costumbres, resignándose a echar de menos. En la Sierra, el corazón del mundo, se trazan casi sin pensar las nuevas veredas, las marcan los corazones rarámuris donde se guardan los secretos del universo. Se dibujan cuando sueñan juntos. Un mismo sueño, uno que espante las pesadillas que rondan los cerros. Pesadillas que ha ido guardando el sueñero en su regazo, que le queman las entrañas, esas que trajeron siglos atrás los de fuera y que ahora se enredan como hierba mala en las noches de la gente. Que regresen para soñar todos como uno solo.

Tercera parte
EL AGUA

71
Montejo

Matiana ya los quería ver a todos, pero no así. Cuando llegó Leandro, Montejo seguía en la clínica dando vueltas para acá y para allá tendido en un catre. Ya estaban ahí y había que echar palabras, encontrar caminos juntos. Se sentaron alrededor del fuego. Miguel había arrimado la leña y atizado la lumbre mientras Leandro comía algo y Necha atendía a su papaíto.

Por fin reunidos, en el patiecito de la casa que habían compartido por más de treinta años Matiana y el Lobo. A la mera, si hubieran hecho algo antes por él, por el sueñero, no pasa lo que pasó, lo que hizo. Pero no van a saberlo nunca. Sienten culpa, óxido que corroe el metal más precioso. Ya sabían que algo le pasaba, que algo pasaba, y no hicieron nada, nada. Lo dejaron en silencio. Y eso que son su familia. Pero el fuego los ha traído ahí de vuelta. Eso a Matiana le da alegría y amargura. Ahora hay que decidir juntos.

Por ser el mayor, Eulogio tiene… debe hablar primero. Lo hizo después de estarse callado un rato muy largo. Ya casi se extinguía la última brasa cuando dijo:

—Primero hay que escuchar al Lobo.

Entonces se encaminaron hasta la clínica para recibir las palabras de Montejo. Pero lo encontraron dormido, sumido bien adentro de la barranca, ensoñando. Y no quisieron despertarlo porque, por primera vez en los últimos años, sonreía. Iluminaba su cara como lo hacía cuando eran pequeños y jugaban a los animales, igual que el día que hizo por primera vez el amor con Matiana, tal como cuando lo nombraron *chérame* gobernador y le dieron el bastón de mando. Satisfecho, en paz.

—Déjenlo dormir —Matiana, enamorada de nuevo.

Los sueños son parte de la vida. Hay unos que creen que en la realidad no caben. Se equivocan. Montejo soñaba y era muy real, más verdadero que cualquier otra cosa.

Mira, ven Miguel, aquí junto a mí. Es la Sierra, son tus montañas y las mías. ¿Ves? Nos pertenecen y les pertenecemos. El Lobo, que en su corazón ahorita está junto a su hijo, tocándole el hombro, los dos al borde de la barranca mirando la cordillera que se extiende mucho más allá de su imaginación, que llega hasta el lugar de la magia. Suspiran. Mira, Miguel. En el sueño, su primogénito lo abraza antes de apuntar la mirada a ese sitio que le muestra su padre.

Hay unos que creen que todo nos pertenece, pero no es así, nosotros somos del bosque y de los ríos, somos tan de ellos como ellos nuestros. No seas de esos que busca apropiarse. Mira las garzas que merodean el lago, los venados que cruzan el cerro, el águila que surca las nubes. Cierra tus ojos y escucha el viento que mece los pinos, el arroyo que cosquillea las piedras, los trinos de tordo. ¿Puedes oler el humo de ocote prometiendo tortillas de maíz tierno, café con azúcar, tardes con amigos? Y en tus pies, ¿sientes la hierba húmeda de rocío? La brisa en tu cara, el sol calentando tus manos. Ándale, pues, pásame un poco de ese pinole para que le dé un trago, tú también toma un poquito que todavía falta camino para estar allí y hay que agarrar fuerza para la fiesta. Cuando lleguemos estarán danzando, tocando tambores, sonajas y violines, todos vestidos con camisas de colores, faldas floreadas, paliacates en la cabeza. Bebiendo y compartiendo. Y no hay que sentirnos cansados, hijo, para poder bailar muchos días, muchas noches.

Sin esa alegría nos moriríamos. Baila pues, mucho, pero nunca solo, siempre con ellos, con nosotros. Eres rarámuri, mira a tu madre. Allí la tienes. Madre, allí tienes a tu hijo.

Algo en el semblante de Montejo ha cambiado, ya no sonríe más. ¿Se le habrán colado las pesadillas de pronto? Y sí, le saltaron encima como puma del monte y asustaron el sueño para imponerse con un ruido de motor tocado, una camioneta con vidrios polarizados, ráfagas de espanto. Montejo se lamenta aún dormido, gime. ¿Qué estará pasando por su corazón ahora?

¿Qué estará pasando por su corazón ahora? Los gemidos le hacen preguntarse a Miguel. Se quedaron solos y como nadie lo mira, Miguel, por fin, luego de tantos años, toma la mano de su padre y le besa la frente. Llora, ¿qué más puede hacer? Aquí estoy, mi Lobo, agárrate fuerte de mi mano, no te voy a dejar ir, no te sueltes. Y le acaricia la cara, quisiera espantarle las pesadillas, pero no es tan fácil. Sospecha que ya se le encajaron como espinas de nopal y, aunque no se vean, le duelen.

Montejo abre los ojos y lo mira. Su mirada azul brilla una vez más, el amor hace milagros, y Miguel se reconoce. ¿Cómo pudo ser tan cruel con el pobre hombre? Pero el Lobo conoce que su hijo es bueno y no reprocha la distancia ni el juicio, con un corazón tan tierno, ¿qué más podía hacer Miguel? La dureza disfraza los dolores más profundos. Entonces Miguel comprende lo que de verdad lo lastimaba, qué cosa lo alejó de su padre, por qué huyó de su lado. No fue que lo llamaran «hijo de cura», fue la sentencia contra su papaíto que había detrás de esas burlas, y el juicio que se imponía a sí mismo, culpable de cobardía. Lo quería tanto, tantísimo. Como no supo defenderlo, le resultó más fácil culparlo y alejarse de él. Ahora lo entiende. Ahí, frente al guiñapo que aferra su mano, deja, ya sin pudor, correr las lágrimas que contienen ríos de pesares, caricias perdidas, risas desperdiciadas. Mero allí, Miguel ablanda su pecho y le da un abrazo largo, delicado, que valga por todos los siglos que estuvieron lejos. Y el Lobo, recuperando la fuerza con el cariño de su hijo, lo acuna para contener su llanto, que es el de un niño, un *towicito* perdido, un chamaco que busca alivio.

—*Kíti*, Miguel, hijo —susurra Montejo—. Eres fuerte y llevas mi sangre en tus venas. Aunque no sepas, *buke* tontiloco, no te has ido nunca de mi corazón, y ahora menos que te tengo en mis brazos.

Sollozan. Montejo pone las palabras en el regazo del joven para que

las guarde siempre. Y eso va a hacer Miguel, porque hoy recuperó a su padre por completo, sin rencores, y con su padre, la fe. Fe en el Lobo, en los sueños. El pacto que no pronuncian lo sellan con un beso en la frente. Del padre al hijo.

—Me tengo que ir, pero prontito vuelvo —a Miguel le pesa dejarlo, nomás que lo esperan. Ya se corrió la noticia y todos saben que el Lobo prendió la iglesia. Algunos lo creen loco, pero él sabe que no, sus motivos tendrá, piensa. Por fin no le importa si lo juzgan, confía en él. Y como pueda, va a agarrar valor para defenderlo. Él es Miguel, el hijo de cura. Ojalá alguien se lo diga porque le viene el orgullo, sí, yo soy Miguel, hijo de cura.

Ya con la puerta semiabierta, algo lo detiene y se vuelve. Montejo duerme de nuevo, nunca sabrá de esa caricia que le prodiga su hijo, una más antes de salir al mundo. Una caricia en la mejilla.

Una caricia en la mejilla. Ojalá eso aliviara el sufrimiento que, intuye, avasallará a sus hijos. Matiana los besa, los abraza, quizá más por consolarse ella que a su prole. Quién sabe. Puede sentir la pena, una nube en el horizonte que ha de ser de granizo, de esas que escupen pedriscos de hielo y hieren las matas de chile, acaban con las calabazas tiernas y descalabran los tomatillos.

Uno la ve venir allá lejos, sabe que echará piedras que lastiman y no agua para aplacar incendios. Lo sabe porque se ve encorajinado el cielo. Por más que rece… Recen, hijos, ya ven que eso le gusta a su *onó*, recen al Dios padre y madre que Montejo nos enseñó, recen, anden. Se persigna, aunque ni mil plegarias puedan ya detener la tormenta que se avecina, el tormento, el granizo de la venganza. Recen. No hay manera de cubrir todo el campo con maderas y plásticos para salvar la siembra de la embestida. El campo es grande, y ellos son muy poquitos. Se vienen tiempos de hambre y tristeza.

Matiana mejor se pone a preparar café. Le pone piloncillo para disfrazar la amargura, esa que siente bien adentro, que le quema haciéndole un hueco en la barriga, y ni el agua la ayuda a aplacar semejante quemazón. Cuántas ganas tiene de nomás tirarse ahí a llorar en medio de la brecha, pero se aguanta y va hasta la tienda de la Guarupa para comprar galletas, las más dulces que encuentre para sus hijos.

En la miscelánea, la atiende la mestiza que cuida los teléfonos, que de un tiempo para acá ya usa poca gente pues ya todos traen celulares, que les dicen, y aunque haya que treparse al cerro más alto para agarrar señal, aunque se les vea correteando como perros tras una mariposa de aquí para allá, la mayoría prefiere hacerle así. Quién sabe por qué.

—Son treinta y cinco pesos, doña.

Qué raro se le hace eso de «doña», pues si ella es Matiana, y qué

caras se le hubieran hecho las galletas otro día, sólo que hoy, hoy mero, daría todo lo que tiene por alegrar los corazones de Necha, de Miguel, de Leandro.

Los hijos del Lobo, en la cocina, con la lumbre brillando, atizando la imagen de un fuego que devoraba la iglesia, de un incendio que provocaba Montejo, con ese brillo en la mirada, los tres esperan a Matiana tomados de las manos, sí, tomados de las manos, y es que hay dolores que no pueden cargarse sin compañía, sin sujetarse del otro… necesitan asirse al recuerdo de su infancia, a algún momento feliz para no perderse en un bosque que ya arde en llamas.

Ketí Onó, en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Matiana reza por el camino, con la esperanza de no derrumbarse, aprovecha que nadie la ve para llorar. Se apura a sonarse, allí está su casa y debe limpiarse las lágrimas.

—Mis niños.

Sus hijos se sueltan las manos en ese instante, quién sabe por qué, pero la vulnerabilidad da vergüenza, aunque ella ya los vio, y eso le brinda un poco de consuelo. Traga. Se gira como para acomodar las galletas en una esquina, aunque en realidad busca ocultar la cochina lágrima, desobediente, que se le escapa.

—Ora sí —Matiana recompuesta.

—Ora sí, qué —Leandro, que luego de diez años se olvida a veces de la manera serrana de contestar a los mayores.

—Ora sí voy a servirles un cafecito bien rico, como el que les hacía en Murachárachi, ¿se acuerdan?

—Con mucho piloncillo —la nostalgia de Necha es una bebida dulce.

—*Mateterabá, nana* —Miguel da las gracias.

Uno a uno les pone el pocillo de peltre en las manos, para que les caliente poquito el alma. Cada vez que se los da, les acaricia la cabeza, la mejilla… No te preocupes, mi niño, qué bueno que regresaste; su mano, un poco más vieja y curtida, aún es suave, les aprieta el hombro, los abraza por la espalda… Hay que agarrar fuerza para lo que viene, tienes tres chamacos, ya eres un hombre y te toca amacizarte, mijo; les besa la frente, les palmea la espalda… Mi niña linda, ayúdale en lo que puedas, hasta donde puedas, que sólo somos de barro, y a veces acabamos rompiéndonos y no es culpa nuestra.

Luego reparte las galletas. Qué buenas están. Ninguno habla, no hace falta, en cada mordida comprenden el amor de su *nana* y lo

mastican, lo saborean, lo tragan con la esperanza de que ese cariño les alcance para lo que viene.

Matiana se pone a cantar una de las tonadas que tanto les gustaba repetir a Los Tres Chiflados. Entonces Miguel va por la guitarra y Leandro por el violín, el que le talló su abuelo Eulogio. La recomienzan, ahora juntos, la canción de antes. Sus voces viajan por el pueblo.

Poco a poco, la gente se arrima. Primero, Pedro y Cuquita, que saben cosas que nunca van a contar. Los dos, necesitados también de música para aliviar la carga de sus corazones. Al cabo de un rato son muchos, casi todos. Los vecinos de Norogachi, los amigos de vida.

Y mientras Montejo dormita en la clínica, en su casa ya andan casi a grito pelado. Se trajeron maracas y hasta un acordeón, lo mismo rarámuris que mestizos. Como no caben, adentro es chiquito, ya retacaron el patio, ya se desparramaron por la puerta, ya invadieron la calle. Bueno, hasta las monjas se arrimaron. Sólo se quedó el doctor cuidando al Lobo y el sacerdote nuevo amurallado en «su» parroquia. El primero quería ir y no podía, el segundo, nadie sabe qué estará pensando porque no platica con nadie de ahí, sólo con unos de fuera. Da sus misas y desaparece en su guarida.

Quién sabe al final cuántos se reunieron, con cada canción se sumaban más; se pusieron a repasar, una a una, cada melodía del «Cancionero de Los Tres Chiflados», más de una vez. Qué ligeras son las penas cuando las cargamos entre todos.

Leandro siente que se le regresa algo al centro del pecho, algo que no sabía haber perdido, piensa en el Yoni que lo va a alcanzar en una semana, ya se textearon, y mira a sus hermanos, tantísimo los echaba de menos y no se había dado bien cuenta, y a su mamá, que ahora se acerca y le habla despacito al oído, Te quiero, mi niño. Esto ha de ser lo que llaman contento, Leandro siente ganas de reír, llorar, abrazar, algo se está enraizando en su corazón, en su pecho, sus entrañas. No es contento, mijo querido, le diría el Lobo de saber lo que está pensando. Tiene otro nombre. Eso que sientes, Leandro, es mucho más grande. Es el corazón de todos en el tuyo. Está conmovido.

Está conmovido. Le tunde el corazón, se siente feliz y no sabe cómo acomodarlo. Entonces toca el violín con más enjundia. Aquí es Leandro, no el *towí,* ni el indio pata rajada, ni el gato, bueno, ni siquiera Leo. Se acuerda de las ganas que tenía, antes de irse, de ser *chapilloco*, para gritar en las fiestas mientras los demás bailan los matachines. Aquí sí que puede tocar su violín a gusto, con la música de su pueblo, con su gente.

Llevan la noche completa en el cante y cante, y aunque se siente cansado, la comunidad da fuerza, es invencible, parece que todos, al unísono de la música, lo han ido comprendiendo, en algún lugar del cuerpo. Que así, juntos, con un mismo sueño, no hay derrotas. Y brindan por Montejo Lobo. Por el sueñero.

—Pero si Montejo quemó la iglesia —una monja, que siempre resultan las más despistadas.

Los demás ríen, que digo ríen, se carcajean. Hay cosas que no pueden explicarse con palabras, que nomás se entienden en el corazón de uno, como le pasa ahí mero a Leandro, que se arrima a su *nana*, y la vive tan chiquita, tan niña, tan buena. ¿Qué va a ser de mi mamacita sin su Lobo? Y sigue tocando para ahuyentar al pensamiento. Bromeando con Miguel, correteando a la Necha, que es la más feliz de tenerlo cerca, por eso lo molesta, lo reta, lo carrillea, mi hermanito chulo, cómo te he extrañado, parece decir en cada chiste, en cada palmada, en cada abrazo.

Leandro entiende, bien que entiende. Puede sentir el amor de su hermana. Cómo es que antes no se daba cuenta, ¿será porque somos esquivos para el cariño y nos distraemos en pendejadas?

Hashtag #Siseréanimal, y él pensando que si Leo, que si la foto de no sé qué, para no sé cuánto. Se le andan escapando las ganas de seguir posteando.

—¿A poco a ti no te gusta? —Tal vez Necha lo comprenda, al cabo

estuvo en Guadalajara.

—Yo no necesito esas cosas, Leandrito. Además me pesa traerlo encima, me siento que voy menos ligera.

—No, pues eso sí —Leandro, que también ha sentido el peso del celular en el corazón y en el bolsillo.

Matiana se acerca para abrazarlo y Miguel se suma. Los tres ya están un poquito borrachos. Está empezando a clarear y saben que cuando amanezca, tendrán que decidir algo. Entonces sienten el repentino impulso de juntarse, de arrimarse unos a otros como si así, entrelazando sus manos, lograran formar una balsa que los mantendrá a flote. Al menos eso siente Leandro, que pegaditos son un bote capaz de surcar las olas más bravas, piensa él que ha visto el mar. Sujeta entonces el brazo de su mamacita, ¿qué va a ser de ella sin su Lobo?, se pregunta de nuevo. Pero en realidad quiere saber qué será de él si vuelve a Mazatlán, una vez más tan lejos de los suyos.

Cómo le gusta la arena entre sus dedos, la espuma en sus pies, el pelo escurriendo agua salada tras los chapuzones. Cerrar los ojos y escuchar el murmullo de las olas, o cuando rugen o truenan, cómo lo llenan de júbilo, de silencio, pero nunca lo han hecho sentir como se siente hoy. Conmovido. Su familia no es el mar, pero sí el horizonte. Por eso, su corazón decide quedarse. Está seguro. Aparta entonces a Matiana del grupo y se lo confiesa. De sobra sabe que siempre hay lugar para él en esa casa, de sobra lo sabe.

Tiene la certeza de que convencerá al Yoni de quedarse, cuando lo alcance en unos días, porque son más que hermanos y, sin duda, sus corazones latirán a la par. Lo llevará a ese lugar en el arroyo que era su escondite secreto, donde contemplaban durante horas a los animales, las ranas que brincaban en la orilla, las liebres que se acercaban a beber, las cascabeles que se arremolinaban agazapadas debajo de las piedras. Sentían gozo, miedo, expectativa. Entonces eran parte del monte y de los pinos. Un solo latido con la Sierra. Le gustaría sentirse así en el mar, pero no lo ha conseguido. Y sabe que su amigo tampoco. Seguro lo convence.

Ya no más Yoni, ni Yei, ni compa. No más Leo. Dejarán de ser lo que nunca fueron para nacer de nuevo, una vez más, a su raza. Juan y Leandro. Juanito, la adoración del padre Juancho; Leandro, el más pequeño de los hijos. La Sierra es su hogar y su corazón está con su familia. Está decidido. Siente alivio, por fin soltó algo que traía atorado desde hace doce años y apenas hoy se libera. Sangre rarámuri.

Ésta es mi casa. Se siente cobijado. Ya está bien.

Ya está bien, mucho mejor, eso parecen indicar los estudios, les dice el doctor que lo cuidó por la noche, cuando se aparecen los cuatro, ojerosos y con nervios, a verlo. Necha, la más preocupada. A veces entender las cosas hace crecer la angustia.

La doctorcita, como la llaman de cariño, aparta al médico tomándolo del brazo. Nomás rozándose, ya le vienen otra vez las cosquillas esas que se le pasean por el cuerpo cada que lo toca; a él igual. Un día, borracho, le confesó a una monja, siento mariposas en el estómago, así de raro le dijo. Pero lo que en realidad siente son ganas de apretarla fuerte y pasarse las horas besándole la boca, el cuello, la espalda, las nalgas, hasta que acaben los dos marcando un solo ritmo. Qué le hace que vengan de dos planetas distintos; en el corazón de la magia, en medio de las montañas, todo es posible. Alejándolo de los demás, Necha le pregunta:

—¿Cuál es hoy el pronóstico?

Pero el doctor está como sordo en quién sabe dónde, y tiene que repetirle la pregunta.

—Bueno, ¿hay algún cambio? ¿Qué se espera a partir de ahorita, Luis? —Necha que tutea al señor doctor.

—Se va a recuperar, a sus sesenta y dos años, es un hombre fuerte —qué voz tan ronca y profunda, advierte Necha—. Pero las quemaduras son serias, por dentro es más grave, le cuesta respirar, aunque puede hacerlo solo, pasarán muchos años antes de que…

—Sí, sí, entiendo, entiendo —lo interrumpe mientras se imagina un futuro de dolor, la saliva ardiendo, los suspiros de fuego, la tortura.

Necha cierra los ojos, encaja sus uñas en la palma de las manos y aprieta los dientes. Si suelta lo que le raspa la garganta, no va a poder frenar nunca los alaridos que amenazan con escapársele del cuerpo. Su papaíto lindo, su adoración. Por un segundo piensa, desea, imagina, ojalá ya no hubiera despertado. Y es que no quiere que sufra, no

quiere que se sienta solo, no quiere que deje de ser su Lobo, el sueñero, el cura, el de la Matiana. Los gases calientes le quemaron la boca y la garganta, ella ha visto ese dolor, el de las quemaduras, va a tener que explicarles, pero cómo va a juntar las palabras para decir que las llagas que traía en el alma terminaron arrastrándose por dentro del cuello, las narices, la boca. Y que eso duele. Un montón.

—Va a tener que tomar muchas medicinas para curarse —explica.

—Pero si se ve bien, tantito tiznado, pero fuerte —duda Eulogio.

Fue el humo. Se le metió por las narices y aunque no se ve, lo llenó de cenizas, de chispas que le siguen quemando. Se lo imaginan. Ennegrecido por adentro, como se ponen los muros de adobe cuando se pican los tiros de las chimeneas, y a veces, hasta se mueren los que estaban dentro, sumidos en sueños, sin darse cuenta del humo…

Una monja se acerca a avisarles que Montejo está despierto. Uno a uno esperan su turno para entrar a echar palabras con el Lobo.

Primero entra Matiana. No se van a decir nada, no quieren que las frases les estorben el cariño y mejor se abrazan, ella acaricia su pelo, él besa sus labios, apenas puede, ella lo arropa, él le sonríe, quién sabe cuánto tiempo pasa, pero cuando sale de la habitación encuentra a los demás almorzando unos burritos que les regalaron las hermanas.

Miguel se pone de pie, es el más grande y le corresponde, puras recomendaciones, es el mayor, le toca; Necha entra pensando en su *brandy* Don Pedro, recitando oraciones en silencio, no sabe cómo soportarlo, y Montejo, que la conoce, le extiende la mano, ven, ya no busques la botella, mi niña, reza en la punta de la montaña y busca a tu doctorcito, tienes mi bendición; ¿te duele mucho?, ella que no sabe cómo aliviarlo; ya no me duele nada; y es verdad, extrañamente. Leandro le cuenta que se queda y su padre lo abraza, los dos se sienten contentos. Se puede ser feliz en medio de las cenizas, de pie sobre las ruinas.

El último en pasar es Eulogio. Ya decidieron qué hacer con el Lobo y él es quien debe darle razones, escucharlo. Nunca había sentido tanta zozobra como ahora. Ser justo a veces no es fácil cuando hay cariño. Pero es lo que toca, el amor no es menos por eso. Entra despacio. Montejo se incorpora con dificultad. La figura del viejo a un lado de su lecho le brinda paz. Eulogio inclina la cabeza a modo de saludo y el Lobo corresponde. Sin decir más, el enfermo se hace un lado y el *chérame* se sienta sobre la cama y le toma la mano suavemente. Un gesto que no se usa pero que ese día se necesita. Y le

explica, lo harán como se ha hecho por siglos y siglos. En comunidad. Un juicio rarámuri. Montejo queda de acuerdo. Antes de salir, Eulogio le toca el hombro, se toca el corazón y le roza la mano. Un saludo rarámuri.

Un saludo rarámuri. Eulogio recibe a los que van llegando así. Les toca el hombro con suavidad; luego pone su mano sobre su corazón, para al final rozarla con la del otro, otra. Los dedos apenas acariciándose. *Kwira bá*, el saludo, *kwira, kwira*, *kwira*.

Uno por uno han ido llegando al atrio que hasta hace dos días lo era de una iglesia del siglo xviii, el Templo de Nuestra Señora del Pilar. La postal del recuerdo. Las cenizas de la fe.

Son muchos, caminaron desde las rancherías más lejanas para reunirse al clarear el día; el viento, la voz de los caminos, les avisó. Van a juzgar al padre Montejo, al que quieren y respetan tanto. Procesarán al Lobo como se hacía antes, en comunidad, buscando ser justos. Aunque se arriesguen al castigo de las autoridades, las oficiales quesque. El jueves.

Soplaron el secreto de casa en casa, de Norogachi a Papajichi, Rochéachi, Murachárachi, Tónachi, Yokibo, Creel… Por valles y cimas, la noticia cruzó arroyos y barrancas, sorteando las ramas de los pinos y las espinas de los matorrales para no enredarse en ellas y seguir avanzando; esquivó las mordidas de la cascabel, se escondió de esos que matan, corrió, voló hasta alcanzar el último rincón del mundo, si falta uno no están todos. Y llegaron, por fin.

Los de Norogachi abrieron sus casas para recibir a los andantes. Las monjas improvisaron dormitorios con cobijas en los pasillos de la clínica; los padres durmieron abrazados de sus hijos en las literas del internado; sólo la parroquia no se abrió. Muerto Juancho, perdido Montejo en sueños, la casa de los curas permanecía cerrada con el padrecito nuevo adentro, convento de clausura.

Jueves. Un jolgorio sigiloso recorre los caminos y la diminuta plaza, la gente toma café con mucha azúcar y guarda su itacate para el almuerzo. El juicio comenzará tempranito y podría durar el día entero. No se acostumbra, pero están convidados a asistir las hermanas y el

doctor, aunque sean blancos; también los vecinos mestizos, al cabo viven ahí, son serranos y cuentan. Hasta el párroco nuevo está invitado, pero no irá y ya lo sabían desde antes.

Juntos en la plaza. Hombro a hombro, como pinos de un bosque milenario, guardan silencio. El ritmo de sus corazones se alinea, late al mismo tiempo, tambor clamando justicia, pidiendo a gritos paz, pum-pum, se incendian como el templo lo hacía hace unos días. Un solo corazón para todos, el mismo sueño, redobles, paz, pum-pum.

A Eulogio le toca marcar el ritmo. Se para al mero centro del grupo, que es grande, gigantesco en proporciones de la Sierra; está cansado, desgastado de tanto mover el brazo indicando a unos que para acá, a otros que para allá, acomodándolos. Ya está poniéndose más viejo y le rechina el engranaje del hombro, le arde. Así que mejor se concentra en agarrar fuerza para seguir adelante, él es el *chérame* gobernador, también el suegro, y no le queda más remedio que dirigir la tonada.

Junto a él, muy derechito y con el ceño fruncido, el *mayora*, encargado de hacer cumplir la ley rarámuri, aun por la fuerza, para eso tiene permiso y ni modo. Es tío de Diego, el maestro que le gusta a Cuquita, viene desde Sawichí.

Al fin se aquieta el último de los rezagados en el semicírculo. Bien pegaditos unos a otros, mujeres y niños al frente, los hombres detrás; menos los chaparritos, a esos les hacen hueco en la primera fila para que no se pierdan de nada. El cuchicheo incesante hasta ahora sucumbe de tajo cuando Eulogio alza la mano. Ha sido el primero en avistar a Montejo saliendo de la clínica. Silencio.

Las cabezas giran en su dirección. El Lobo, apoyado, casi colgando de los hombros de Necha y el doctor Luis, camina despacio, cabizbajo, compungido.

—¡Una silla! —grita alguien entre la multitud—. ¡Arrímenle una silla!

Dos chiquillos salen pitando y vuelven, cada quien, con una.

Eulogio escoge la más cómoda. Lo usual es que el acusado esté de pie, pero la comunidad entiende que Montejo no puede, no alcanza a sostenerse solo y lo mínimo que pueden ofrecerle es donde reposar. Con cuidado, los doctores lo ayudan a sentarse. Él respinga, quiere estar parado, forcejean. Ah, qué terco.

—¡No sea necio, Lobo! —La voz de una anciana se levanta entre la multitud. Y es que no puede verlo sufrir, lo ha querido siempre, y

todavía más, cuando la ayudó a encontrar a su nieto que le habían robado para enseñarlo a matar. Montejo, entonces, se desploma como aliviado de que alguien con edad y rango le dé permiso.

—*Mateterabá* —masculla su agradecimiento en voz baja.

Todos se sienten aliviados. A aquél le recuperó sus tierras, a ése lo enseñó a leer, a una le salvó a su niña, y al de allá… y a ésta… y…

El silencio recorre los corazones presentes. Quién sabe por qué, pero sienten al unísono ganas de llorar y se las aguantan. Eulogio espanta con una carraspera el hueso de durazno que siente atorado en su garganta y habla.

—¿Por qué quemaste la Iglesia, Montejo? El pueblo quiere conocer.

El Lobo no sabe cómo poner en palabras sus razones. Hay cosas que se entienden en el centro de uno mismo, en cada latido, pero no hallan el camino para afuera en frases. A veces, el amor arde con tanta fuerza que se materializa. Y nomás encoge los hombros, agacha la cabeza. ¿Cómo explica eso, pues?

77
El juicio

¿Cómo explica eso, pues? Podría relatar los hechos que algunos confunden con lo verdadero, pero no son lo mismo. ¿Para qué gastar saliva con eso? La verdad es huidiza y no siempre se deja nombrar, casi nunca, más bien se siente o no se siente. Además, ¿qué se gana contando lo que pasó y cómo pasó? Cómplices, imputables, conspiración, él entiende esas palabras, sabe que la gente lo quiere y no piensa decir nada que pueda dañarlos.

—Dinos, pues, tus razones.

—¡No te quedes callado! ¡Contesta! —el *mayora* que es poco paciente y debe desempeñar su rol, aunque no le den ganas.

—Andaba borracho —por fin, Montejo, mintiendo.

—¿Y cuándo se emborracha, incendia casas? —Eulogio incrédulo.

—No, pues no.

—¡Diga, entonces! ¡Por qué! —el *mayora* insiste.

Montejo lo mira fijamente, no me preguntes más, parecen suplicar sus ojos, no sé qué decirte. Manto púrpura, corona de espinas, ésta es mi cruz.

Eulogio suspira. Quiere comprender por qué.

Pedro codea a Cuquita. Ellos entienden más que cualquiera… los trozos chamuscados de la estatua esa que sólo vieron los dos. Cuquita le aprieta la mano, él asiente, jamás, nunca, un secreto de tres, la santísima trinidad. Un hombre, una mujer y el Lobo.

Un silencio cuaja el instante, Montejo los contempla a todos, son suyos. Las lágrimas le brotan una vez más, ahora en cascada, a él, que por años no podía llorar. Y reza, *Sucristo, tamí natemá*, ten piedad de nosotros. Reza en silencio. Antes no quería saber más de oraciones pero hoy recupera la fe arropado por su comunidad, dichosos los invitados a la cena del Señor.

—Necesitaba hacerse —medita Montejo en voz alta.

El que tenga oídos que escuche. Se lo dictaron el águila, el puma, la

cabra, el ratoncito de campo. Hasta los pinos y el sabino. La Sierra entera. Que arda el santo que sólo veneran esos que matan, el tal Malverde, un Jesús que no es hijo de Dios, engendro del narcodemonio. ¡Purifíquense con fuego! ¡Sean uno para que el mundo crea!

—Me lo pediste por años —se dirige a cada hombre, a cada mujer, a cada niño. Rarámuris y mestizos.

Cualquiera diría que está loco, que ya se le enredaron las ideas para siempre, que da miedo. Pero nadie siente temor. Algo intuyen. A veces tiene que llover fuego para arrasar la ponzoña. La certeza es para Cuca y Pedro; saben que no amenaza más lo que yace enterrado, ídolo falso bajo tierra, sepultado, figura de yeso junto a cadenas de oro, anillos, reloj y lo otro. Cosas que nunca nombrarán, ninguno de los tres, no se dice porque no se entiende, muchos no van a comprenderlo. Los restos de la pesadilla, enterrada esa madrugada para acallarla eternamente. En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Yugo suave, carga ligera. El arcano de la trinidad.

—Pero… —el *chérame* necesita agregar algo— tú eres cura, Montejo, el templo era tuyo, era nuestro —Eulogio compasivo.

—No, Eulogio, mi templo y el de ustedes son las montañas. Las paredes nos distraen, nos aíslan ¿Para qué encerrar nuestra fe en un edificio como esos otros?

Los niños son los primeros en levantar la vista y mirar la cordillera, contemplar el monte, como si fuera la primera vez. Su grandeza. Poco a poco todos hacen lo mismo. La Sierra, sus barrancas, su bosque, arroyos, cascadas. ¡Aleluya, aleluya! Éste es el templo de Dios que será entregado para vosotros, es su casa, la que adoptaron siglos atrás al ser despojados de las llanuras, al dejar Parral, al huir de Chihuahua.

Un águila cruza encima de sus cabezas, ¡gloria a Dios en las alturas!, y alguien suelta una carcajada que contagia a la multitud. Se habrán acordado de los «señores secretarios» que llegaron de la ciudad a retratarse frente a la iglesia, que ya no está para echarse fotos, cómo les hacían gracia. Han comenzado a reírse y ahora ya no pueden parar. La alegría del vínculo. El último en unirse al coro es el Lobo, irrumpiendo con aullidos que, entre risa y risa, le arden. Están risoteando juntos como hace mucho no lo hacían; exorcizando al demonio que creía haberlos poseído para siempre, exiliándolo con música del alma. Vivos en el centro de la magia, hecha de pinos, arroyos, barrancas, valles, animales, trinos y tambores. Lágrimas,

suspiros, los mocos que se sorben marcan el final de la carcajada.

Nuevamente, la callada quietud del principio.

Montejo se levanta, parece que no va a lograrlo, pero se aferra. Un pequeño tambaleo del Lobo le arranca un grito a una de las mujeres de Yokibo. Los ojos del exjesuita se pasean por el círculo de gente. Se detienen un poco más en las sonrisas cómplices de los niños que entienden mucho mejor lo de la quemazón, los corazones nuevos saben cosas, y el Lobo les guiña un ojo a los chamacos. Las mujeres, que lo quieren como si fuera su hijo, su padre, su compañero, rezan en silencio. Los hombres, que quisieran palmearle la espalda, andan lampareados, como venaditos a la mitad de la brecha, como cegados por las luces de una troca último modelo.

—Por fin estamos todos, todos, todos —lo repite tres veces el Lobo. Estaba muerto y resucitó al tercer día.

En la Sierra siempre se llega al borde del precipicio. Sólo que nadie piensa lanzarse al vacío sin tener alas. Que Montejo cuente lo que quiera, ahora les toca escucharlo.

—El fuego nos trajo para soñar juntos —el Lobo mientras mira a Leandro—. Sueño de rarámuri, no cada uno el suyo como *chabochis*.

Un mestizo asiente, parece entenderlo también. No es tarahumara, pero está ahí, ¿no? Y su corazón lleva el ritmo de todos. Teme las mismas penas, se alegra igual con la primavera. El *mayora* también mueve su cabeza afirmando. Se miran unos a otros. Saben muy bien de qué habla Montejo.

A lo lejos, el trino de los tordos es interrumpido por un motor que se aleja y un estruendo fugaz que vienen a sellar la certeza de haber comprendido sus motivos. Mientras soñemos juntos, mientras haya esperanza… Callan.

Sólo se escucha el roce de los pies contra la tierra, ligeras las pisadas, mientras se acercan, uno a uno, a tocar el hombro del Lobo. Los niños tienen que ponerse de puntitas, a algunos hasta los alzan sus papás para que alcancen. No faltará nadie, ni rarámuris ni mestizos. El amor borra las diferencias. Están casi bailando. Danzar o morir.

Pasado un largo rato, Eulogio rasga el silencio.

—No hay nada que perdonarte, Montejo, pero sí has de enmendar el daño. Aunque del fuego nazca la vida, cuando uno hace algo sin encargo de la comunidad, tiene que responder por ello —le explica.

El Lobo entiende. Es lo justo. Pero ¿qué hacer con él?

Tendrán que discutirlo para ponerse de acuerdo. Mañana se

reunirán todos, con la decisión tomada, en el mismo lugar. Entonces se despiden. Ya está cayendo la noche y hay que irse a soñar. Un mismo sueño.

Un mismo sueño. Igual para todos. Eso necesitaban, ponerse de acuerdo para poder seguir. Tener futuro. Se juntaron en pequeños grupos para hablarlo primero con los de sus rancherías. Luego mandaban a uno donde estaban otros reunidos y así y así. No fue difícil coincidir, sobre todo lo querían.

Las conversaciones habían transcurrido hasta bien entrada la madrugada. Los niños opinaban que al atrio no tenían que hacerle nada, como estaba se veía bien, y hasta podían poner una canasta de básquet o una portería en lugar de construcciones; pero los adultos les tenían especial cariño a las paredes, quién sabe por qué, y no se tomó esa idea. Se decidieron por algo más.

Entre tanto ir y venir terminaron acostándose retetarde, acomodaron la decisión en sus lechos y cerraron los ojos. Habían estado entretenidos alrededor del fuego que invoca historias, por eso se desvelaron más. Dormidos soñaron con un mismo corazón. Y despertaron en paz, sonrientes, esperanzados. Sin pesadillas a cuestas.

Esa noche también Matiana, Necha, Miguel y Leandro se recostaron, lo hicieron a un lado de Montejo para abrazarlo, para abrazarse. La doctorcita se había comprometido a cuidarlo en la casita que años atrás habían compartido tres hijos y sus padres. Juntos, en el mismo cuartito, susurraron secretos, deseos, planes, palabras de cariño. Se prodigaron amores como lo hace uno con las semillas que esparce en los surcos para que luego den fruto y crezcan mazorcas fuertes y generosas, que serán tortillas o pinole o tamal. Palabras para alimentar los días que vengan. Lloraron, rieron, cantaron.

Fuera, en el patio, los más cercanos hicieron guardia a un lado de la guitarra, entonaron las canciones que alegraban a Juancho, a Pánfilo, al padre Montejo; a Los Tres Chiflados. Pedro se las sabía completitas. Y esperaron el amanecer.

Nomás clareando, como lo había acordado la comunidad, se

reunieron en el mismo lugar. No faltó nadie. Luego de hablar, pero sobre todo de escucharse, lo habían confirmado. El *mayora* fue el que sentenció. Y lo mandaron llamar.

—Montejo, vas a hacernos refugio nuevo. Que sea casa-comunidad, de nosotros, pues. ¿Quieres?

¿Quién era él para contradecir el deseo de un pueblo? Conforme, asintió.

—Vas a alzar con tierra y agua lo que se chingó el fuego, Montejo —le explica Eulogio por si no había entendido qué o cómo—. Pisando la tierra, amasándola con agua del arroyo, que salgan parejitos los bloques de adobe, ya unos dijeron que te aprenden cómo se hace.

Bloques de fuego, tierra y agua. De barro el espacio nuevo para estar juntos, al cabo de barro somos. Un lugar para bailar, para cubrirse de las cuchilladas heladas que sopla el cerro en invierno; aliviarse con el fresco adobe de los mediodías que sofocan en verano; protegerse de las ráfagas de viento y odio. Un templo para soñar.

—Pero no te achicopales —luego luego el Pedro que es bueno hasta el tuétano.

—Te vamos a ayudar —Miguel que ama a su padre.

—¡Todos queremos! —Su nieto Mario, que salió muy parlanchín.

Y así, uno tras otro. Yo pongo los tambos; el que vive en el cerro de al lado y los ha ido guardando para hacer unas estufas; yo la pala, la mujer que la heredó de su sobrino que era albañil; otro más dice que para zapatear sobre el lodo es muy bueno y hasta le gusta; los niños levantando la mano para ofrecerse a trabajar los domingos que no hay internado; las monjas se arrebatan la palabra, nosotros les arrimamos café y galletas, y fruta y… Tan concentrados están en sumarse que no ven que los ojos del Lobo han hecho agua una vez más, sólo lo mira Matiana y le besa la mollera. La justicia es cosa curiosa.

Arruinado el edificio de la religión, el espíritu del pueblo vibra. Se expande en libertad más allá de los muros, corre como un venado cola blanca por las montañas, vuela águila, llueve. Así es. Ahora que están todos reunidos, cuando se miran a los ojos, mientras Montejo asiente, la gente lo perdona, comprende. Cuando son uno y sueñan, la esperanza se impone. Cuando el grano muere, da fruto. Éste es el sacramento de nuestra fe.

79
Resurrección

Éste es el sacramento de nuestra fe. Estaba muerto y ha resucitado. Y junto con él, todos. La vida se halla más en los sueños que en la realidad. Ellos moldean el mundo para transformarlo en templo. Tal como Montejo amasa el barro bajo sus pies con la ayuda de su familia, de su comunidad, de la Sierra entera.

Apenas llevan una cuaresma de trabajo e ilusiones, y el nuevo edificio ya toma forma. Se lo pueden imaginar. Es de y gracias a un pueblo. Se sienten contentos. Allá anda el Lobo, paleando y tosiendo, el humo no perdona lo que la comunidad sí. De vez en cuando silba y los domingos imita el sonido de muchos animales, a petición de los chamacos que se afanan trayendo agua del río, batiendo el lodo, acarreando más tierra. Qué júbilo hacer juntos.

Matiana es la primera en escuchar, a lo lejos, el ronroneo de un motor que no conoce. Levanta la vista y mira a Eulogio. Sin decir palabra, se pone de pie y sale en búsqueda de Montejo. Lo encuentra sudando, alegre, bailando sobre el lodo. A Leandro, tocando el violín a su lado para acompañarlo.

La troca, que antes andaría lejos, llega más rápido de lo que creía Matiana; ha de tener una máquina de hartos caballos. La estacionan sobre los adobes que estaban secándose al sol y los hacen añicos. La música a tope de volumen, la torreta girando. El escándalo lanza una advertencia que sirve para convocar a todos, y poco a poco, se arriman hasta la plaza. Una vez más, juntos. Casi puede escucharse el latir emparejado de sus corazones; se oiría si no fuera por el narcocorrido que retumba en las bocinas. Destruir el patrimonio de la nación, un monumento histórico, no pueden permitirlo, dicen que por eso lo buscan, pero hay razones que se callan, como siempre.

Fue el cura nuevo el que les dio el pitazo, les fue con el chisme de que el incendio no había sido un accidente, y ahora los cuatro hombres vienen por el que llaman culpable. No estuvo de acuerdo

nunca, tenía sus propios motivos, de esos que brillan y tintinean, y no le importó ser el único. Cuando acordaron todos nomás no dijo nada, y en nombre de Dios llamó a las autoridades, a las oficiales, no a las que se inventan aquí, las de los sin razón, pensó el prelado. Ya se lo imaginaban, en la Sierra no hay secretos, aunque tenían la esperanza de que fuera diferente.

Montejo, cuando lo supo, perdónalo, Padre, no sabe lo que hace. No necesita escuchar su confesión para absolverlo. Pobre curita, no sabe de reconciliaciones ni de justicia. Tampoco le sorprende ver a esos federales ni que vengan por él. Los había estado esperando, y aun así no se arrepiente del fuego que lo purificó todo, ya vendrá el agua después a lavarle sus pecados; todo comienzo nuevo lleva su penitencia. No le importa. Ha recobrado la esperanza.

Las botas, macizas sobre el suelo, acaban desmoronando lo poco que quedaba del trabajo de dos días; las llevan los soldados, los municipales, los federales, son las mismas sin importar de dónde vengan. Reyes también las usa y eso que es rarámuri, o era.

—¿Señor Montejo? ¿Quién es el tal Montejo? —vocifera uno de los policías.

Montejo da un paso al frente.

—Soy yo, sí, Montejo, señor, no. Sólo Montejo.

—¿A poco éste es el destructor de monumentos históricos?

Se burlan. Pero al gobernador no le hizo gracia, nomás de pensar en el desarrollo turístico, según dice.

—¿Conque es usted el pirómano? —pregunta el del bigote tupido.

Pero ¿qué clase de palabra es esa tan difícil de mentar y que suena tan feo?, piensa Pedro, que ya está contemplando la escena junto con Matiana, Eulogio, Necha y el doctor Luis. Leandro se ha interpuesto entre su papaíto y el guacho. Lo reta, en chiringo.

—*Fuck you!*

Montejo comprende que no hay nada que hacer y lo aparta con suavidad, no sin antes susurrarle algo al oído.

—Hay que terminar la casa del pueblo, trabajen juntos…

—Soñemos, sí —Leandro termina la frase.

El Lobo muestra sus dientes en una carcajada y la risa lo hace toser, duele. No debería sentirse feliz, pero qué le hace, aunque no empate la sensación con el momento, él la disfruta. La felicidad es diferente a la calma y muchas veces se confunden. Matiana lo abraza, sólo que ella llora.

—¡Venga con nosotros!

Eulogio entonces interviene, explica que es el *chérame*, gobernador rarámuri, pero los oficiales se burlan. La gente sacude sus cabezas, cómo son necios los que portan uniforme, pobrecitos, con sus vocezotas y sus rifles, tienen nublados sus pensamientos, qué poquito entienden de la vida. El curita, que es más cobarde que pendejo, asoma su nariz para olfatear lo que está sucediendo. Carroñero él. Y pensar que siente satisfacción o alivio o algo que no se sabrá nunca porque no comparte nada con nadie. Mejor así.

Miguel llega jadeando. Le fueron a avisar y corrió como nunca. Sólo para abrazar a su padre, él también comprende que donde se impone la ley no hay lugar para la justicia. Sabe que ni su abuelo ni su hermano podrán detener los designios firmados tras algún escritorio. Sin embargo, en su corazón siente como su Lobo es la esperanza y eso es lo que importa.

Montejo pide un abrazo más y se hace una madeja de cariño y carne que dura unos segundos nomás porque lo agarran, lo jalonean, lo esposan. Lo llevarán a Guachochi para enjuiciarlo, ahí está el Cereso. Seguramente lo declararán culpable sin comprender, creerán que lo despojan de algo, pero ni la libertad, ni los sueños, ni la justicia pueden encerrarse entre cuatro paredes, tienen pies ligeros.

Lo suben a la patrulla, lo acomodan en la caja de la *pick up*, irá flanqueado por dos con fierros, Dimas y Gestas, el de la izquierda se burla, pero algo ve el de la derecha en la mirada del Lobo que le perturba. Terminaron de llegar los que andaban más lejos y ahora sí están completos. Los corazones, pum-pum, pum-pum, laten juntos frente a la esperanza de un templo-comunidad, ven cómo se aleja la figura alta, orgullosa, maciza del sueñero.

Montejo sonríe. Lleva consigo la magia, un corazón que sueña y late al ritmo de los tambores. Impulsado por las miradas de amor que lo inundan, aúlla. Un aullido largo, sonoro, poderoso. Es una plegaria.

La comunidad reunida en el atrio responde aullando. Aúlla Matiana, aúlla Leandro, Necha, Eulogio, Pedro, Miguel, las monjas, el doctor, la de la tienda, todos son Lobos elevando sus rezos, soñando juntos, un solo aullido, una misma plegaria. ¡Auuuuuuuuuuuu!

agradecimientos

A Julia y Lucio, mis verbos, mis adjetivos, todas mis palabras.

A Santana, porque sin él sólo habría silencio.

A Beatriz Rivas, porque gracias a su generosidad se gestó esta novela.

A Tamara Trottner, por resguardarme en su balcón para escribir frente al mar.

A Arantxa Tellería y Jessica Raijman, por desafiar conmigo a la soledad del acto creativo.

A Olivia Aldrete, por regalarme la magia de su espacio para soñar.

A Eloina Gaxiola, Federico Traeger, Claudia Martín Moreno, Beatriz Graf, Sofía Carrandi y Beatriz del Villar, mis cómplices de los jueves.

A Ismael Bárcenas «Mayo», por prestarme su navaja suiza.

A Paulina Vieitez, por señalarme la dirección correcta.

A Aurora Proal y Malena Viniegra, que me prestaron sus ojos.

A Ana López Mestre, por el puente que me ayudó a cruzar.

Y, sobre todo, a tantos hombres y mujeres de la Sierra Tarahumara que, con sus historias, su vida, su cosmovisión, alimentaron *Lo demás es silencio*. A ellos les debo estas páginas. Esta novela no sería posible sin una comunidad atrás, como nada lo es.

Acerca del autor

CAMILA VILLEGAS es narradora, dramaturga, investigadora teatral y productora. Premio International Reading Festival de Columbia University (Nueva York) y del Certamen Conmemorativo del Bicentenario (Sogem-Conaculta), sus obras de teatro —que abordan temas sociales contemporáneos como la trata de mujeres, la violencia y la injusticia— han sido montadas en México, Canadá, Chile, Colombia, Estados Unidos (Nueva York y Los Ángeles) y Portugal. Es cofundadora de la compañía Tepalcate Producciones y miembro de El Arce Colectivo Escénico.
Lo demás es silencio es su primera novela.

© 2024, Camila Villegas

Estrofas de canciones: pp. 41 y 202. Los Tucanes de Tijuana, «Temporada en la sierra», *Clave Nueva* (1995).
p. 118: Mercedes Sosa, «Todo cambia», *¿Será posible el sur?* (1984).
pp. 208 y 217: Miguel y Miguel, «Sonora y sus ojos negros», *Cruz de madera* (1995).
p. 216: Los Tigres del Norte, «Jefe de jefes», *Jefe de jefes* (1997).
p. 216: Los Tucanes de Tijuana, «Mis tres animales», *14 tucanazos bien pesados* (1995).
p. 217: Los Tigres del Norte, «Contrabando y traición», *Contrabando y traición* (1974).

Fotoarte de portada: Erik Pérez Carcaño
Con imágenes de © iStock

Derechos reservados
© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: abril de 2024
ISBN: 978-607-39-1228-0

Primera edición en formato epub: abril de 2024
ISBN: 978-607-39-1270-9

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares, diálogos y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).
Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).
Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

TUSQUETS EDITORES

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE